
HARLEQUIN
Jazmin
MIS TRES AMORES
TERESA CARPENTER



MIS TRES AMORES

Teresa Carpenter



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Mis tres amores, n.º 2153 - agosto 2018
Título original: Baby Twins: Parents Needed
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.:978-84-9188-629-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Rachel Adams estaba en guerra. Y el enemigo la doblaba en número. Con las manos apoyadas en la cadera, observaba a los dos querubines de mejillas regordetas y ojos color avellana que estaban cubiertos de crema para bebés.

–Cody Anthony Adams –reprendió Rachel al niño de diez meses, que no parecía arrepentido–, si no eres capaz de tener las manos quietas, te las voy a atar al pañal durante las siestas.

Rachel, que ya estaba cansada de antemano, se puso todavía más nerviosa al ver aquel desastre. Respiró hondo para tranquilizarse y se recordó que en esos momentos era madre. Había prometido darles un hogar a su sobrino y a su sobrina, que eran huérfanos.

Pero todavía tenía mucho que aprender.

Ya había descubierto que los niños, como los animales, sentían el miedo.

Apenas había tenido tiempo de llorar la muerte de una hermana a la que casi no había conocido. Pero enseguida había aprendido que aquellos desastres ocurrían. Y repetidamente. Y que si no mantenía las cosas lo suficientemente apartadas del alcance de Cody, ocurrían además de un modo muy creativo. A menudo con comida: gelatina, plátanos, patatas, cualquier cosa que cayese en sus manos cuando ella se daba la vuelta. Al niño le gustaba pintar con los dedos. Y su objetivo favorito era su hermana.

Qué asco.

Armada con guantes de goma y una caja de toallitas húmedas, Rachel decidió atacar. Les limpió el cuerpo, los dedos de las manos y de los pies. Y el pelo. Para terminar el trabajo, tendría que bañar a los dos bebés. Y apartar la cuna un poco más del cambiador.

De pronto se dio cuenta de algo: aquello debía de ser amor. Cuando la tolerancia eclipsaba al asco y a la exasperación, dejando que el afecto dominase, no había otra explicación.

En algún momento de los últimos seis días, se había enamorado.

Y nunca antes había experimentado algo así.

Era un sentimiento que la aterraba.

Había una cosa que estaba clara, si la persona con la que compartía la tutela se pasaba por allí, ella lucharía con uñas y dientes para quedarse con sus sobrinos.

–Está bien, niños, vais a tener que aguantarme, y estoy en las últimas. Pero me quedaré con vosotros. Y os prometo que siempre sabréis que se os quiere. No tendréis que preocuparos porque alguien se sienta obligado a toleraros. Ahora somos una familia –susurró con un nudo en la garganta.

Se quitó los guantes de goma y pasó la mano por el pelo moreno de Cody. Seguía buscando el parecido de los mellizos con su hermana, y de vez en cuando captaba alguna expresión. Pero en el pelo y en los ojos tan oscuros debían de parecerse a su padre, porque Crystal había tenido los ojos marrones y el pelo castaño claro.

Crystal se había parecido a su padre y ella, a su madre. Rachel tenía el pelo muy rubio, y lo llevaba siempre corto, y unos ojos entre azules y verdes.

Un inesperado golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

Rachel se puso tensa.

–¿Quién puede ser?

Se apartó un mechón de pelo de los ojos, miró a los dos niños desnudos y consideró ignorar la puerta. Fuese quien fuese no podía haber llegado en peor momento.

Jolie empezó a llorar. Durante la semana que los mellizos habían estado a su cuidado, Rachel había aprendido que a Cody le gustaba estar desnudo, pero a Jolie no.

Rachel era una mujer solitaria, que prefería los animales y las plantas a la mayoría de las personas, y que no solía recibir visitas, ni siquiera de sus vecinos. Pero la persona que llamaba a la puerta quería que le abriesen, porque insistió.

Dejó a los mellizos en la cuna, se aseguró de que no había nada más al alcance de Cody y fue hacia la puerta diciéndose que ya no era una solitaria. A través de la mirilla vio a un hombre que llevaba las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta negra que vestía.

Umm. ¿Sería Ford Sullivan, la persona con la que compartía la tutela de los niños? Era miembro de las Fuerzas Especiales de la Armada y su oficial al mando le había dicho a Rachel que Sullivan, alias Mustang, estaba fuera del país cuando los mellizos se habían quedado huérfanos, pero que estaría disponible en cuanto volviese de su misión.

A ella le daba igual si no volvía.

Abrió la puerta sólo unos centímetros.

El hombre era más alto y ancho de espaldas de lo que le había parecido por la mirilla. Mucho más grande. Iba vestido con vaqueros y cazadora de cuero, y llevaba gafas oscuras, botas de motorista y barba de tres días. El cielo estaba gris y nevaba, los copos de nieve caían sobre sus anchos hombros y su pelo oscuro.

Le pareció un hombre peligroso.

Rachel, que sentía debilidad por las películas de acción, sintió un escalofrío al verlo.

Cruzó los dedos para que fuese un motorista que se había quedado sin gasolina.

–¿Sí? –dijo. No le preguntó si podía ayudarlo. Ni tampoco sonrió. Pensaba que, si sonreía, la gente se entretenía más, y la mayor parte del tiempo prefería estar a solas.

–¿Rachel Adams? –preguntó él. Tenía una profunda voz de barítono.

Ella volvió a sentir otro escalofrío.

–Sí –cambió de postura, inquieta, y pensó que tenía que haber metido el todoterreno en el granero.

–¿Hermana de Crystal Adams?

No podía ser un motorista. Rachel echó la cabeza hacia atrás y lo observó con más detenimiento.

–Supongo que es Ford Sullivan.

Él asintió.

–Sí, he venido a recoger a los mellizos.

Furiosa, Rachel le puso la mano en el centro del pecho cuando el hombre intentó atravesar el umbral de la puerta.

–Espere, tipo duro. No lo conozco. Y, por el momento, no me ha gustado lo que he oído.

Sullivan no retrocedió ni un centímetro, pero Rachel sintió cómo se ponía tenso y entrecerraba los ojos, como advertencias de su fuerza y determinación. Se metió la mano en la chaqueta y sacó la cartera. Le enseñó su tarjeta de identificación militar.

Ella sabía que las Fuerzas Especiales de la Armada era un cuerpo de élite que trabajaba en los lugares más complicados del mundo. Lo sabía por películas y libros, pero era evidente que estaba considerado un trabajo de alta seguridad.

Después de un momento, él retiró la tarjeta de entre los dedos helados de Rachel.

–Señora, he venido desde muy lejos, y hace mucho frío aquí fuera.

Ella no quería dejarlo pasar, sobre todo porque le había dicho que había ido a llevarse a los mellizos. Y porque quería quedárselos, pero aquel hombre tenía unos derechos legales que Rachel no podía ignorar.

A regañadientes, se echó a un lado y lo dejó entrar. El oficial al mando con el que había hablado le había dicho que Sullivan era un hombre honesto. Muy bien.

Rachel suspiró y cerró la puerta. Luego apretó los dientes al verlo delante de la chimenea. Su enorme cuerpo hacía que su salón, pintado de azul y gris, pareciese demasiado pequeño.

Y más desordenado de lo que ella había pensado. Los bebés habían llegado con muchas necesidades. Recoger la casa era un lujo que iba después de dormir y ducharse.

Los gritos de Jolie desde el dormitorio le recordaron a Rachel lo que había estado haciendo antes de abrir la puerta. Sonrió divertida. Había estado pensando que estaba en la guerra, y allí estaba uno de sus enemigos.

¿Aquel hombre quería a los niños? Pues la iba a ayudar.

–Me alegro de que esté aquí –comentó intentando ignorar el desprecio con el que Sullivan miraba a su alrededor y tomándolo por el brazo para llevarlo al dormitorio–. Porque los mellizos necesitan un baño.

Sullivan no se resistió. Se quitó las gafas de sol, dejando a la vista unos ojos azules e inexpresivos, y las dejó encima de la cama junto con su cazadora.

Jolie dejó de llorar inmediatamente para mirarlo. Rachel no la culpaba. La camiseta de algodón que llevaba puesta le marcaba los duros pectorales, y los hombros. Tenía los brazos fuertes y bronceados. Calentaba la habitación mejor que una chimenea.

Rachel no debería haberse fijado en aquello, pero no pudo evitarlo, sobre todo cuando Sullivan se acercó a limpiarle la barbilla a Jolie.

–¿Qué ha pasado? –quiso saber.

Rachel se deleitó en explicarle las costumbres de Cody.

Sullivan levantó una de sus cejas oscuras.

–Tal vez debería vigilarlos más.

–Vaya, ¿cómo no se me habrá ocurrido antes? –estúpido. Rachel tomó a Jolie en sus brazos–. Sostenga a Cody. El baño está allí.

Rachel se estremeció al darse cuenta de que había toallas y ropa sucia por todas partes. La mitad de su botiquín estaba tirado en el lavabo. Y también había… ¿un tenedor?

Trató de ignorar el caos y la vergüenza que estaba pasando y se

dobló para abrir el grifo de la bañera. Cuando el agua empezó a salir caliente, se arrodilló sobre una toalla que tenía al lado de la bañera desde la última vez que había bañado a los niños. Luego puso a Jolie en el agua.

–Vigile a los bebés –le pidió a Sullivan poniéndose en pie–. Voy a buscar toallas limpias.

–Eso estaría bien –contestó él, sin molestarse en ocultar su desdén.

Sorprendida, Rachel se volvió para hacerle frente, pero él estaba concentrado en los niños. Dudó durante unos segundos si tranquilizarse o retarlo.

Por un lado, tenía que admitir que la casa estaba hecha un asco; por otro, llevaba seis días sola con los niños. ¿Cómo se atrevía aquel tipo a juzgarla?

Le hubiese gustado ver si él era capaz de hacerlo mejor.

No, se dio la vuelta y fue a por las toallas. Era mejor no retarlo, porque entonces se llevaría a los mellizos y ella necesitaba cuidarlos, estar ahí para ellos, ya que no había estado ahí para su hermana.

Si Sullivan pensaba que iba a dejar que se los llevase tan fácilmente, estaba equivocado.

–¿Cómo conoció a Crystal? –preguntó Rachel cuando volvió al baño.

Se arrodilló a su lado dejando bastante espacio en medio. Lo miró e intentó hacer como si no viese que los niños le habían mojado la camiseta, que se pegaba a su impresionante pecho.

–¡Eeeeey! –gritó Cody, contento, y salpicó agua con las dos manos, mojando a todo el mundo. Jolie se apartó, cayéndose hacia un lado. Rachel fue a sujetarla, pero Sullivan llegó antes con sus grandes y competentes manos.

La sujetó con tanto cuidado que la hizo reír. Parecía muy tranquilo a pesar de que, evidentemente, la situación lo frustraba.

–No conocía a Crystal –respondió él por fin mientras le rascaba la tripita a Jolie–. Al menos, no la conocía bien. Tony Valenti era mi amigo. Trabajábamos juntos.

–¿El padre de los mellizos?

–Sí.

–¿También era militar?

–Sí –hizo una breve pausa–. Me salvó la vida.

–Ya veo –sí. Y la cosa no pintaba nada bien. Sullivan era un hombre honrado y se sentía obligado a cuidar de los mellizos porque se lo debía a su amigo.

Una hora más tarde, los bebés estaban bañados, vestidos y cenados. Rachel dejó a Jolie en el parque y le dio un par de bloques de plástico. Tenía que admitir que un par de manos más había hecho las cosas mucho más fáciles. Y más rápidas. Ella sola habría tardado casi el doble de tiempo en hacerlo todo.

Se volvió hacia el sofá, donde Sullivan estaba sentado, con Cody. El niño lo miró y sonrió, enseñando dos dientes. El hombre le pasó un dedo por la mejilla y lo puso de rodillas.

Cody le agarró un mechón de pelo.

Sullivan se soltó con cuidado.

Enseguida se llevarían bien.

Rachel se cruzó de brazos, no quería admitir que la imagen le parecía enternecedora. Fue hacia el lado opuesto del sofá y empezó a doblar la ropa limpia que había en el rincón.

–¿Cuáles son sus planes con los mellizos? –preguntó.

Él levantó una ceja, sorprendido por lo directa que había sido.

–Tengo planeado cumplir con lo que me pidió mi amigo y llevármelos a San Diego para que crezcan allí.

A Rachel se le encogió el corazón al ver confirmados sus peores temores.

–Bien. ¿Y qué pasa conmigo?

–Muy sencillo. Espero que renuncie a la custodia.

–¿Sencillo? –Rachel casi se atasca al repetir la palabra–. ¿Cómo puede decir que es sencillo teniendo a ese bebé en sus brazos?

Él frunció el ceño y cambió al bebé de postura. Cody echó la cabeza hacia atrás y lo miró a la cara. Los dos volvieron a comunicarse en silencio.

Luego, Sullivan miró a Rachel.

–Entiendo que no es fácil para usted. Pero es lo mejor.

–No entiende nada. Le fallé una vez a mi hermana. No volveré a fallarle. Cuando murió, su último deseo fue que yo criase a estos niños. Y eso es lo que voy a hacer.

Él siguió mirándola y luego ladeó la cabeza.

–Su hermana nunca pretendió que usted los criase.

Rachel echó la cabeza hacia atrás y luego hacia delante, como si le hubiesen dado un puñetazo en la barbilla. Si Sullivan la hubiese golpeado, no le habría hecho más daño.

Rachel sintió una culpabilidad que tenía su origen en el pasado, pero se obligó a apartarla de su mente. Crystal y ella habían dejado el pasado atrás cuando sus padres habían fallecido, tres años antes,

y Crystal había ido a vivir con Rachel. Y cuando Crystal se había marchado a estudiar a la Universidad de San Diego, habían seguido estando en contacto por teléfono y correo electrónico.

Rachel era la única familia que tenía Crystal. A pesar del cansancio de la semana anterior, Rachel siempre se había aferrado al hecho de que su hermana hubiese confiado en ella para ocuparse de Jolie y Cody.

Se frotó los brazos, como si tuviese frío, pero cuando se dio cuenta de que Sullivan la observaba, cerró los puños y los puso a ambos lados del cuerpo.

–¿Cómo puede decir algo tan horrible? –preguntó.

–Yo sólo sé lo que me contaba Tony. Crystal no quería que él nombrase a un tutor sin consultarle, por eso la nombró a usted.

–Lo que demuestra que quería que yo criase a sus hijos –replicó ella, quedándose más tranquila.

–No. No se ofenda, pero Tony no quería que cuidase a sus hijos alguien que huyese de la vida y de las responsabilidades, que no fuese capaz de mantener una relación.

Rachel quiso desmentir aquello. No podía creer que le estuviese pasando algo así. Pero era real. Él estaba allí, en su salón, y no iba a hacerlo cambiar de opinión.

–No lo creo. Y si es una broma, me parece de muy mal gusto.

–No es ninguna broma –él dudó. Era evidente que tenía información que no quería compartir con ella–. Eso sería cruel. Escuche, yo pertenezco a una familia muy numerosa y unida, y Tony formaba parte de ella. Él quería que los mellizos también tuviesen esos lazos de unión con ella.

Sullivan se agachó para recuperar su chaqueta y sacar unos papeles de la misma. Se los tendió a Rachel.

–He traído unos documentos para que los firme, para que me ceda la custodia.

A regañadientes, Rachel miró los papeles que le ofrecía. No quería tomarlos, no quería pensar que tenía razón acerca de los motivos de su hermana para nombrarla tutora a ella, pero hacía tiempo que había aprendido que no servía de nada engañarse.

Ni intentar evitar la realidad.

Él miró a su alrededor y luego la miró a los ojos.

–Es evidente que la situación se le escapa de las manos –comentó.

–Eso es ridículo –se defendió ella ignorando los papeles y tomando varios petos de los niños–. No estoy desbordada. Sólo necesito algo de tiempo para acostumbrarme.

Él se levantó y dejó a Cody al lado de Jolie, en el parque.

–Y mientras se acostumbra, los niños sufren.

Rachel sintió que la ira que estaba conteniendo desde que había abierto la puerta empezaba a bullir en su interior. Se puso las manos en la cadera y lo miró indignada.

–¿Cómo se atreve? No han sufrido. Llevo algo de retraso en las labores de la casa. ¿Y qué? Me ha pillado en un mal día. Suelo recoger cuando están durmiendo, pero anoche tenía que escribir. Tenía que hacer una entrega.

Él señaló la habitación desordenada, los ojos azules le brillaban de impaciencia.

–Esto está aquí acumulado desde hace más de un día. Pónganos las cosas fáciles a los dos. Renuncie a la custodia y no tendrá que acostumbrarse, no tendrá que ir detrás de ellos recogiendo lo que tiren.

–¡Basta! –Rachel no podía más.

Entró en su habitación y tomó la bolsa de los pañales. Fue al cambiador y metió algunos más, dos pijamas, un paquete de toallitas y la leche en polvo para el biberón.

–¿Cree que puede hacerlo mejor que yo? –dijo pasando al lado de Sullivan, de camino a la cocina.

–Creo que es mejor que se tranquilice –dijo él con tanta calma que Rachel se puso todavía más nerviosa.

Ella abrió la puerta de la nevera y bufó al notar que la uña del dedo pulgar se le enganchaba con el tirador y se le rompía. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero las contuvo. No quería mostrar ningún signo de debilidad delante de aquel hombre frío que la observaba y que juzgaba todos sus movimientos.

–Estoy tranquila –dijo arrancándose la uña rota y metiéndose el dedo en la boca mientras sujetaba la puerta de la nevera con la cadera, sacaba dos biberones y los metía en la bolsa de los pañales.

Fue hacia donde estaba él y le dejó la bolsa en los brazos.

–Estoy estupendamente.

Fue hasta el parque, tomó a Jolie en brazos. Agarró dos mantas que había en el borde y la tapó con una de ellas. Luego le tiró la otra a Sullivan, que la miraba con recelo.

–Traiga a Cody.

–¿Qué está pasando aquí, Rachel?

–Le estoy haciendo un favor –respondió ella buscando su abrigo y sacando de él las llaves del coche. Luego fue hacia la puerta.

–¿Va a firmar los papeles?

Ella rió.

–Todavía mejor. No voy a firmarlos.

Él la siguió hasta el Toyota, y la hizo volverse, con Jolie en brazos.

–¿Adónde cree que va?

–Yo no voy a ninguna parte. Es usted el que se marcha –le quitó la bolsa con las cosas de los bebés, abrió la puerta y la echó dentro–. ¿Quería a los mellizos? Aquí los tiene. Para las próximas veinticuatro horas.

–¿Perdone? No estoy acostumbrado a recibir órdenes.

–Claro que sí, está en el ejército.

Eso no podía discutírselo.

La expresión de él no cambió, no iba a ceder tan fácilmente. Pero se irguió, como si se preparase para pelear. Y eso indicaba que Rachel había conseguido darle donde más le dolía.

Ella debería haberse sentido avergonzada por la satisfacción que sentía, pero aquel tipo la estaba amenazando a demasiados niveles.

–Parece que piensa que es fácil ocuparse de dos bebés –continuó Rachel abriendo la puerta de atrás, sentando a Jolie y atándola a su silla–. Muy bien. Va a tener una oportunidad.

Sullivan había dejado la puerta abierta. A Cody no le gustaba quedarse solo en la casa, y lo hizo saber gritando. Rachel miró a Sullivan con desdén.

–Tal vez quiera empezar por ir a buscar a Cody –sugirió.

–No hasta que no entienda qué está pasando aquí.

Ella cerró la puerta del coche y mantuvo las distancias, permaneciendo alejada de su atracción. ¿Cómo era posible que aquel extraño tuviese ese efecto en ella?

–Lo primero que tiene que saber es que no tiene que marcharse cuando un bebé llora.

Él se pasó una mano por el pelo oscuro.

–Tiene razón.

Volvió a la casa y regresó unos segundos después con la chaqueta debajo de un brazo y Cody enrollado en una manta.

De acuerdo, Sullivan estaba empezando a actuar con sentido común.

Rachel intentó tomar a Cody, pero Sullivan lo tenía sujeto con fuerza. Ella levantó una ceja y esperó.

–Antes tenemos que hablar –dijo él.

–No, ya hablaremos después. Después de que haya intentado dar de comer y cambiar a dos bebés. Después de que haya pasado la

noche sin dormir intentando dormirlos a ellos. Después de que no haya podido lavarse los dientes y le hayan manchado su mejor camisa. Entonces, hablaremos.

Él apretó los dientes y sacudió la cabeza.

–¿Cómo sabe que no me los voy a llevar a San Diego?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y agarró a Cody con fuerza.

–Porque sé que es un hombre de honor. Íntegro. He hablado con su oficial al mando –dio la vuelta al todoterreno e instaló a Cody en su silla. Le dio un beso en la cabeza y lo tapó con la manta.

Luego se agachó, recogió un par de juguetes del suelo y se los dio a los bebés. Ambos se los llevaron inmediatamente a la boca. Eran muy confiados. La vida de un bebé de diez meses no era nada complicada.

–Lo hago por vosotros, chicos –les dijo–. No tengáis piedad.

Luego volvió al otro lado del coche.

–Además, no he firmado los papeles –luego extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba–. Las llaves.

–Pensé que me iba a llevar yo a los niños –dijo con los hombros todavía en tensión.

–Quiero las llaves de su jeep. Se lleva mi coche. Yo necesitaré el suyo.

Él frunció el ceño todavía más, era evidente que no le gustaba la situación.

–Mire, no voy a renunciar a los bebés sin luchar por ellos, pero estoy cansada, sucia y hambrienta. No estoy preparada para discutir el tema. Y usted tampoco lo estará hasta que no haya pasado algo de tiempo con los mellizos. Así que intercambiemos las llaves y nos vemos mañana.

Él dudó un instante.

Finalmente, le dio las llaves de su coche y tomó las de ella.

–Espero que se dé cuenta de lo que está haciendo –dijo Sullivan subiendo al todoterreno y abrochándose el cinturón–. El honor y la integridad no me convierten en un caballero –cerró la puerta y puso el vehículo en marcha; luego bajó la ventanilla–. Soy un soldado. Los soldados nunca abandonamos a nuestros hombres.

Rachel observó cómo desaparecía el coche por el camino y rezó por que no hubiese cometido el mayor error de toda su vida.

Capítulo 2

Ford aparcó delante de la habitación de su hotel, detuvo el motor, apoyó la espalda en el asiento y cerró los ojos. Hacía veinte horas que se había marchado de casa de Rachel Adams y ya estaba dispuesto a volver allí con la cabeza agachada y el rabo entre las piernas.

Qué humillante.

Utilizando todo el sigilo que había aprendido en los ochos años que llevaba en el ejército, se arriesgó a moverse para mirar a los bebés, que estaban en el asiento de atrás. Jolie, tan limpia como la había sentado, dormía con el gorro puesto y abrazada al biberón. Cody, que había perdido hacía tiempo el gorro y los zapatos, tenía la mejilla manchada de salsa de tomate y una patata frita en la mano.

Había conseguido dormirlos una hora antes.

Se acomodó en el asiento. Pensaba quedarse allí, sin moverse, mientras estuviesen dormidos.

Sólo su testarudez le había impedido volver a casa de Rachel varias horas antes. ¿Cómo había podido ella arreglárselas sola durante seis días?

Había llamado a casa para que la abuela y otros miembros de la familia, y amigos, le diesen algún consejo, pero nada parecía funcionar con los mellizos. Nada de lo que había hecho, dicho, o cantado, sí, también les había cantado, había funcionado.

Era evidente que los niños querían volver con Rachel.

Y él también quería volver con ella, y eso no tenía nada que ver con las dulces curvas que se escondían debajo de su camiseta llena de manchas. De acuerdo, mentía. Ningún hombre habría podido permanecer ajeno a su cuerpo esbelto, pero su trasero y su pecho no tenían nada que ver con aquello. Se había equivocado con ella. Tenía que admitir que se había ocupado de los niños durante seis días con paciencia y devoción.

No había podido dormir más de dos horas esa noche. Y ella había estado así seis noches. No le extrañaba que sus bonitos ojos azules verdosos estuviesen ensombrecidos por las ojeras.

Era una mujer luchadora. Una fiera rubia, decidida a interponerse entre él y sus crías. Pero, aun así, un peso pluma.

Evidentemente, se había descuidado ella para cuidar de los bebés. Ford sintió el instinto protector, en vez de pensar en cómo convencerla de que los niños estarían mejor con él.

Le había dicho que un soldado nunca abandonaba a un hombre, y era la verdad. No podía dejar a los mellizos de Tony al cuidado de otra persona que no fuese él.

Se puso tenso y miró por la venta justo cuando el sheriff local aparecía delante de él. Ford levantó una mano y salió del coche.

–Agente –dijo Ford saludando al hombre, que parecía Don Limpio vestido de uniforme. Según su placa, era el Sheriff Mitchell–. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Señor –respondió el sheriff cruzándose de brazos y señalando el todoterreno de Rachel–. ¿Algún problema?

–No –contestó Ford dejando las manos a la vista para que el otro hombre no se sintiese amenazado. ¿Lo habría llamado el dueño del hotel? Había ido dos veces a su habitación para decir que otros clientes se estaban quejando de los llantos de los niños–. Ningún problema.

Lo último que quería era meterse en líos con los agentes locales.

–Este vehículo pertenece a Rachel Adams –comentó el sheriff Mitchell mirando por la ventanilla de atrás–. Y ésos son sus pupilos.

–Sí –¿a qué estaba jugando Rachel? ¿Se habría arrepentido de haberle dado a los niños?–. ¿Acaso lo ha llamado para quejarse?

–No necesitamos que nadie nos llame para preocuparnos por los ciudadanos de Scobey.

–Estoy seguro de que aprecian su diligencia –dijo Ford, que había crecido en una ciudad pequeña y sabía la autoridad que tenía el sheriff en ellas.

–¿Qué está haciendo en nuestra ciudad?

–Eso queda entre la señora Adams y yo –contestó él, que no pretendía contarle nada.

–He oído que ha habido quejas debido a los llantos de los bebés.

A Ford se le estaba empezando a acabar la paciencia. Abrió la puerta del lado de Cody y señaló dentro.

–Juzgue usted mismo, están bien. Todavía están acostumbrándose a la pérdida de sus padres. Tienen derecho a llorar.

–Supongo que sí –comentó el sheriff subiéndose los pantalones y asomándose a mirar a los niños. Satisfecho, volvió a ponerse recto–. ¿Qué están haciendo aquí afuera?

Ford frunció el ceño al ver que Cody empezaba a moverse. Cerró la puerta con cuidado.

–No han dormido bien. He dado un paseo para tranquilizarlos.

–Está bien. Le dejo que se marche –anunció Mitchell, que parecía decepcionado por no haber podido detener a Ford–. Pero tenga cuidado, Rachel Adams no está sola en Scobey.

–Lleva aproximadamente una hora sin dejar de nevar –dijo Rachel frunciendo el ceño mientras miraba por la ventana. El cielo estaba cubierto y el viento soplaba con fuerza. Esperaba que el mal tiempo no impidiese a Sullivan devolverle a los mellizos. Tal vez debiera llamarlo y decirle que fuese cuanto antes.

–Puedo parar allí de camino a casa –se ofreció Sam Mitchell–. Para asegurarme de que estás bien –la había llamado para advertirle que un frente frío estaba avanzando rápidamente.

Ya le había mencionado que había visto a Ford Sullivan en la ciudad. Seguro que había ido al hotel en su busca.

–Mitch, estoy bien. No hace falta que te molestes en venir.

Había roto con él casi dos años antes, pero el sheriff seguía metiéndose en sus asuntos con la esperanza de que volviese a surgir la pasión entre ambos.

–Creo que te están echando mucho de menos en la clínica.

–Ummm.

–El perro de la señora Regent, Poopsy, mordió a un par de chicos.

–Vaya.

–Sí. Poopsy te echa de menos. Dicen que la señora Regent no volverá a llevar a Poopsy a la clínica hasta que tú no hayas vuelto.

–Qué alegría.

Rachel abrió otro correo electrónico y se preguntó cómo podía aquel hombre ser capaz de mantener una conversación solo durante tanto tiempo.

Escuchándolo a medias, mandó su último artículo y luego apagó el ordenador. Al levantar la vista, vio su todoterreno por la ventana.

Luego miró el reloj. Sullivan llegaba pronto. Casi tres horas antes de tiempo.

¡Sí!

–Mitch, tengo que dejarte. Sullivan acaba de llegar con los bebés.

–Sigue sin gustarme que estés a solas con él. Llámame si tienes algún problema.

–Es militar, Mitch. O estoy en buenas manos, o nunca encontrarás mi cadáver.

–No eres nada graciosa.

–Ya lo sé.

Aunque Rachel no temía por su vida, sino por su tranquilidad moral. No sólo porque aquel hombre la había amenazado con llevarse a los mellizos, sino porque había soñado con sus enormes manos acariciándola.

Llamaron a la puerta.

–Mitch, estaré bien. Tengo que irme –colgó el teléfono y fue hacia la puerta abanicándose. No quería que Sullivan se diese cuenta de que estaba acalorada y molesta.

Abrió la puerta y se asomó. Sullivan estaba solo en el porche.

–Sullivan. Ha llegado muy pronto.

Él se pasó una mano por el pelo. Era el primer signo de vulnerabilidad que se le escapaba. Detrás de él nevaba todavía con más fuerza que unos minutos antes. Los copos blancos caían sobre sus anchos hombros y el pelo oscuro. Rachel se alegró de verlo despeinado.

Él se ruborizó. Rachel parpadeó, sorprendida. ¿Era la ira o la vergüenza lo que lo hacía enrojecer?

–Llámame Ford, o Mustang, si prefieres. Permíteme que se sea directo –dijo mirándola a los ojos–. Lo siento. Saqué conclusiones precipitadas. Has hecho un trabajo estupendo ocupándote de Cody y Jolie sola durante la última semana. Gracias por haber estado ahí para ellos.

Qué injusto. Ella había esperado verlo en un momento de debilidad y, en su lugar, él mostraba toda su fuerza disculpándose con sinceridad. ¿Y quería que lo llamase Mustang? Se imaginó los bonitos caballos de carreras, orgullosos y salvajes, libres y temerarios, podía imaginarse por qué le habían puesto aquel apodo.

No, seguiría llamándolo Sullivan, que era mucho menos íntimo.

–Ya vale. O me harás llorar –salió afuera–. Vamos a meter a los niños en casa, está nevando.

Abrió la puerta que le quedaba más cerca, sacó a Jolie y volvió a casa. Le castañeteaban los dientes del frío, ya que no se había puesto chaqueta, así que fue directa al fuego.

Extendió una manta en el suelo y dejó a Jolie en ella con un par

de coches de juguete. Luego retrocedió y observó cómo Sullivan dejaba a Cody también en la manta.

Luego se hizo un ovillo en un lado del sofá, mientras Sullivan iba y venía por la habitación.

En esa ocasión, Rachel no tenía nada de lo que avergonzarse. Había estado muy ocupada durante las últimas veintiuna horas. Bueno, la primera parte del tiempo la había pasado durmiendo, pero después había limpiado la casa y había recogido la ropa. Además, había escrito un par de artículos acerca de las costumbres de los animales.

–La casa tiene una pinta estupenda.

–Tú no –Jolie dejó de jugar con los coches y fue a gatas hasta Rachel, que la tomó en brazos–. ¿Cuánto tiempo has dormido?

–He dormido menos otras veces –respondió él–. El problema no ha sido la falta de sueño, sino la impotencia. Soy un hombre de acción, pero nada de lo que he hecho parecía estar bien.

–Eso me ocurrió a mí también durante los tres primeros días, hasta que empezaron a tranquilizarse –la conversación no iba tan mal.

Hasta la hizo reír cuando le contó que había encontrado los cereales en la bolsa, y que, dado que no tenía dónde sentar a los niños, los había puesto en las sillas del coche.

–Al menos dejaron de llorar mientras comían –comentó Sullivan recogiendo a Cody, que estaba intentando treparle por la pierna.

–Se consuelan el uno al otro –dijo Rachel pasando la mano por el suave pelo de Jolie.

La mirada de Sullivan lo dijo todo.

–Quieres decir que se alimentan de las emociones del otro. Uno empieza a llorar, y el otro intenta superarlo.

–Tienes que recordar que están traumatizados –Rachel salió en defensa de sus sobrinos–. Han perdido a sus padres. Les va a costar recuperarse.

–Sí. Y cuanto antes lo hagan, mejor. ¿Has considerado firmar los papeles?

Rachel se sintió decepcionada. Pero no iba a firmar. Ni entonces, ni nunca.

–Creo que deberías ser tú quien los firmase –lo desafió.

Antes de que a él le diese tiempo a contestar, temblaron las luces. Una vez. Dos. Luego volvieron.

–¡Vaya!

Sujetando a Jolie con fuerza, Rachel se acercó a la ventana. El

viento era tan fuerte que nevaba en horizontal, y mucho. Lo que confirmaba sus temores.

Era una tormenta de nieve.

–Tiene mala pinta –comentó Sullivan desde detrás de ella.

Rachel olió el perfume que desprendía. A almizcle, almidón y a hombre, una mezcla embriagadora, que casi consiguió distraerla de la tormenta.

Pero aquello habría sido un terrible error.

–Sí. Una tormenta de nieve. No han dicho nada en las noticias –era evidente que tenía que haberle prestado atención a Mitch.

–No sería la primera vez que se equivocasen.

Rachel rió.

–Tienes razón.

Su todoterreno estaba ya enterrado debajo de una capa de nieve y hielo. Tenía que llevarlo al garaje si no quería que se congelase el motor.

Las luces volvieron a temblar. Luego se restablecieron.

Aunque eso no duraría.

–¿Tienes un generador? –preguntó él.

–El combustible está en el granero.

Rachel esperaba tener suficiente para pasar la tormenta. Dado que vivía sola, había aprendido a estar preparado, pero una tormenta eléctrica había destrozado una torre a finales de septiembre y la había dejado sin electricidad. No le había dado tiempo a reponer el combustible antes de recibir las terribles noticias de la muerte de Crystal. Y luego había estado tan ocupada con los mellizos que tampoco había pensado en ello.

–Debería marcharme. Supongo que me dejarán quedarme en el hotel si vuelvo sin los niños.

–No puedes conducir así –Rachel le tendió a Jolie y fue al armario a ponerse una chaqueta y unas botas–. Dame mis llaves.

–He conducido en situaciones peores.

–¿Así que quieres volver a dejarme sola con los bebés? –llevaba una bota puesta y la otra no, y se detuvo a apoyarse las manos en las caderas–. Mira, a mí tampoco me apetece que te quedes, pero no dejaría que mi peor enemigo se marchase con semejante tormenta. Espera, tú eres mi peor enemigo.

Él levantó una ceja mientras acunaba a los bebés, pero se limitó a decir:

–Estamos sólo a nueve kilómetros de la ciudad.

–¿Sólo? –Rachel se puso la otra bota. Que Dios ayudase a los

turistas ignorantes–. ¿De dónde eres?

–Del sur de California. Pero he sido entrenado en todo tipo de situaciones climáticas extremas.

–Eso no lo dudo. Pero no hace falta que te pongas así. Ahora, dame las llaves.

Él frunció el ceño y miró por la ventana.

–Tú tampoco deberías salir.

–Tengo que salir. Si no muevo el todoterreno, se estropeará el motor.

–Yo lo haré.

Ella sacudió la cabeza mientras se ponía una bufanda para taparse la garganta y las orejas.

–También necesito combustible para el generador. Y traeré algo de leña.

Él se interpuso en su camino.

–Yo lo haré.

–Mira, ya me ayudas bastante quedándote con los mellizos –Rachel se puso los guantes y esperó a que él se apartase–. Sé lo que estoy haciendo.

Él cedió y se metió la mano en el bolsillo del pantalón para darle las llaves.

–Ten cuidado.

–Siempre lo tengo. Hay velas y cerillas en la cocina, en el armario que hay a la izquierda del fregadero. Por si se va la luz antes de que vuelva.

Metió la mano en el armario y sacó un rollo de cuerda, que se echó al hombro.

–¿Para qué es eso? –quiso saber Sullivan.

–Para guiarme en la nieve. Ato una punta al porche y la otra, a mi cintura; así no tengo problemas para volver a casa.

–Esto es ridículo. No puedo dejarte marchar sola.

–¿No hemos tenido ya esa conversación? Vivo sola, Sullivan. Hago lo necesario para sobrevivir. Independientemente de que tener conmigo a todo un machote –sacó un segundo par de guantes y se los puso sobre el primero–. Y no tengo tiempo para discutir.

Sin esperar una respuesta, abrió la puerta, salió y la cerró tras de ella.

Ford miró a los dos bebés, que estaban en sus brazos. Su seguridad tenía que ser la prioridad, pero no le gustaba que Rachel tuviese que luchar sola contra los elementos.

Llevó a los niños al parque. Los dos se acercaron inmediatamente al borde y se levantaron. Él les dejó unos bloques de plástico para que se entretuviesen. Ni Cody ni Jolie prestaron atención a los bloques, sino que protestaron.

Él se moría por ir a la ventana y comprobar los progresos de Rachel, pero, en su lugar, se acercó a la chimenea. Ya sólo quedaba el rescoldo. Echó otro tronco y luego empezó a caminar de un lado a otro.

–Tú qué dices, Cody, nosotros somos los hombres. Es nuestro deber proteger a las mujeres. No deberíamos estar aquí, y ella afuera.

–¿Mamama? –Jolie se metió un dedo en la boca.

Ford se detuvo y miró a Jolie. Era extraño oírla llamar mamá, o algo parecido, a Rachel. Y le hizo pensar en lo mucho que le había cambiado la vida en un periodo de tiempo tan corto.

Tony y Crystal ya no estaban, habían fallecido en un terremoto en México.

Al volver de su misión, le había sorprendido saber que era el tutor de los hijos de Tony. Sí, era cierto que había aceptado la responsabilidad, pero nunca había creído que fuese a ser necesario asumirla. Y mucho menos tan pronto. Pero, estuviese preparado o no, se lo debía a Tony. Él le había salvado la vida, y el honor y la amistad lo obligaban a cumplir su último deseo.

Tony siempre había envidiado la familia tan unida que tenía Ford, por eso había querido que fuese él quien criase a sus hijos. Lo que significaba que tenía que llevarse a los niños a casa. Iría a vivir con su abuela, que había accedido a cuidarlos. Y también contrataría a una niñera.

Ford no quería herir a Rachel, pero las cosas tendrían que ser así.

La tormenta, no obstante, iba a retrasar lo inevitable.

Rachel lo había sorprendido mucho. Sus ojos color aguamarina y ese pelo rubio, corto y atrevido escondían una pasión interior que seguramente no conocía casi nadie.

A pesar de que su manera de protegerse le frustraba, respetaba su espíritu, su deseo de ser capaz de cuidar de los niños.

Sólo tenía que convencerla de que éstos estarían mejor con él.

Después de haberla salvado de congelarse ahí afuera.

A pesar de su testarudez y su fuerza, casi no debía de pesar nada. Atada al extremo de la cuerda, tendría que batirse como un gato contra un huracán.

Sólo habían pasado cinco minutos desde que se había marchado,

pero Ford no podía soportarlo más. Su abuela no le había enseñado a sentarse mientras una mujer hacía el trabajo duro. Y mucho menos mientras arriesgaba su vida en una tormenta como aquélla.

Se acercó a ver a los bebés y se dio cuenta de que estaban dormidos, abrazados el uno al otro.

–Eso es lo que yo llamo jugar en equipo –comentó echándoles una manta por encima–. Quedaos ahí. Yo voy a ayudar a Rachel.

El frío atacaba a Rachel por todos los costados, congelando las partes de su cuerpo que no estaban cubiertas, frenándola, haciendo que cada respiración la cortase como el hielo. La nieve y la lluvia golpeaban el parabrisas, dificultando la visión.

El motor no arrancó en los primeros intentos. Rachel se temió que fuese demasiado tarde. Cruzando los dedos, lo intentó una última vez y respiró con más tranquilidad al ver que por fin arrancaba.

Gracias a Dios. No quería que Sullivan se quedase allí atrapado más tiempo del necesario. Desgraciadamente, lo necesario sería al menos un par de días.

Y, lo peor, cuando el tiempo mejorase, Sullivan pretendía llevarse a los mellizos. Ni siquiera podía pensarlo.

Así que no lo pensaría.

Como si eso fuese posible.

Mientras esperaba a que el motor se calentase, Rachel apoyó la cabeza en el volante y se preguntó qué iba a hacer si Sullivan luchaba por quedarse con la custodia de los niños.

Ella vivía en una casa de un solo dormitorio en Scobey, Montana, una localidad de poco más de mil habitantes. Y trabajaba como ayudante de veterinaria en una clínica porque le gustaba más tratar con animales que con personas.

El viento golpeó el coche mientras ella se preguntaba qué podía ofrecerles a los mellizos, además de una casa pequeña y un inexistente don de gentes.

Un hogar. Una caricia en mitad de la noche. Una familia a la que pertenecer. Las respuestas provenían de lo más hondo de su alma, donde escondía sus esperanzas más secretas, sus sueños.

Una familia. No era cualquier cosa. Rachel se prometió que lucharía porque Cody y Jolie supiesen lo que era formar parte de una familia.

Porque ella nunca habría creído que se podía querer a alguien tanto, ni en tan poco tiempo.

Y nadie, ni Sullivan, ni ninguna otra persona, iba a quitarle aquello.

Levantó la cabeza y agarró la palanca de cambio.

De pronto, se abrió la puerta del coche. Ella dio un salto y gritó.

Capítulo 3

Sullivan apareció en la puerta del todoterreno.

–Idiota –gritó Rachel–. Me has asustado. ¿Qué estás haciendo aquí?

–He venido… ayudar.

La tormenta se llevó parte de su respuesta, pero Rachel captó lo esencial.

–¿Los niños? –gritó preocupada.

Él se acercó para hablarle directamente al oído.

–En el parque. Dormidos. Date prisa para que podamos acabar esto y volver adentro.

Ella sacudió la cabeza. No iba a pasar por encima de la palanca de cambios con aquella enorme chaqueta y las botas.

–Da la vuelta.

Sorprendentemente, él lo hizo sin discutir.

Rachel condujo muy despacio hasta el viejo granero que hacía las veces de garaje. Dejó el todoterreno con el motor en marcha mientras Sullivan luchaba por abrir las enormes puertas. Una vez dentro, Rachel buscó una manta vieja y taparon el vehículo.

–Podía haberlo hecho sola –le dijo con resentimiento.

–Guarda las uñas, gatita. Esto no tiene nada que ver con tus capacidades –dijo él sin dejar de sujetar su lado de la manta–. Soy demasiado educado para dejarte sola.

–Pero los niños no están bien solos.

–Por eso es mejor que trabajemos juntos para poder volver con ellos lo antes posible –argumentó él dando la vuelta al coche. Se había puesto el impermeable amarillo de Rachel, que le quedaba justo.

Parecía fuerte, tranquilo, confiado y un tanto divertido mientras sacaba su talego del asiento trasero.

Ella fue hacia donde guardaba el combustible para el generador. Se le encogió el corazón al ver que sólo tendrían suficiente para un par de días.

Sullivan se acercó a tomar el combustible.

–¿Esto es todo?

Rachel se sintió irritada.

–No suelo quedarme sin combustible, pero he estado un poco distraída desde que los mellizos han venido a vivir conmigo.

Todo su mundo había cambiado con la llegada de Cody y Jolie. Afortunadamente, la clínica veterinaria le había dado una baja por maternidad para que se acostumbrase a su presencia y horario, pero todo lo demás había cambiado, incluso sus artículos habían sufrido las consecuencias.

No se había ocupado de sus tareas habituales, y, en ese caso, podía costarle muy caro.

–Es normal. Has tenido que hacer un gran esfuerzo –asintió él sacudiendo la lata–. ¿Para cuántos días tendremos con esto?

Su comprensión la dejó sin saber qué decir.

–Para un par de días. Algo más si tenemos cuidado. Es probable que nos quedemos sin electricidad, pero hay mucha leña y propano. Y un congelador bien surtido.

Si tenían suerte, la tormenta de nieve habría pasado antes de que se quedasen sin combustible.

Aunque después, las carreteras tardarían otro día o dos en estar limpias. Demasiado tiempo para estar con un hombre que no tenía nada que envidiar a Brad Pitt y que tenía la mala costumbre de reaccionar como menos lo esperaba. Y con dos bebés que todavía estaban inquietos después de haber sufrido la mayor tragedia de sus cortas vidas.

Qué suerte.

–Entonces, tendremos cuidado –dijo él con una seguridad que indicaba que estaba acostumbrado a vivir situaciones difíciles–. ¿Necesitamos algo más de aquí?

–Sí –Rachel abrió un armario y sacó una enorme linterna–. Esto.

Él tomó la linterna y salió afuera delante de ella, que esperó tiritando a que cerrase las puertas del granero.

Para ir hacia la casa, tenía que luchar contra un muro de nieve.

Con los dientes castañeteándole y manos temblorosas, Rachel estiró de la cuerda que llevaba atada a la cintura hasta que ésta se puso tensa, una tarea que le resultó muy dura porque no podía sentir los dedos de las manos.

Sullivan también agarró la cuerda. Rodeó a Rachel con su fuerza y su calor, ayudándola a avanzar.

Era difícil andar, el esfuerzo era agotador y el frío, debilitador. Cada paso era una batalla contra la naturaleza. El cuerpo de

Sullivan la protegió de lo peor de la tormenta y la ayudó a continuar. Cuando vio que llegaban a la esquina del porche, se sintió realmente agradecida por su ayuda.

Se había ido la luz. Rachel se preocupó por los bebés, que estaban solos en la casa. Esperaba que el fuego diese suficiente luz para que no estuviesen asustados.

Se detuvo y señaló la leñera que había a un lado de la casa.

–Tenemos que llenar el depósito de leña –gritó–. Tal vez no podamos salir de casa durante varios días.

Él le habló al oído.

–Yo lo haré. Tú tienes que entrar en la casa.

–Te ayudaré.

–Ahórrate las heroicidades. Se te van a caer los dientes de lo mucho que te castañetean.

La ayudó a llegar al porche y le dio el combustible y la linterna. Ella se acercó para decirle dónde estaba la puerta del depósito de leña.

Él asintió.

–Entra en casa. Cuida de los bebés –y se volvió.

Rachel lo agarró del brazo.

–La cuerda –dijo intentando deshacer el nudo que llevaba a la cintura.

–No la necesitaré. Estaré cerca de la casa.

Intentó marcharse, pero ella lo agarró del abrigo.

–No. Llévate la cuerda.

En vez de discutir, Sullivan se ató la cuerda. Luego se acercó a ella y le subió la bufanda para taparle las orejas.

–Entra al calor de la casa. Ahora voy yo.

Medio congelada, agotada, y más preocupada por él de lo que quería admitir, Rachel entró en casa con el combustible y la linterna.

No podía dejar de temblar.

Además del frío y de la preocupación de estar aislada del resto del mundo, le molestaba que le inquietase la seguridad del hombre que quería destruirle la vida.

De todos modos, ¿por qué iba la vida a empezar a ser justa de repente?

Después de quitarse la ropa que se había puesto para salir fuera, Rachel intentó calentarse las manos con el aliento y fue dando

tumbos al lavadero, que estaba justo al lado de la cocina. Tenía una linterna y una vela en una estantería, justo detrás de la puerta. Enseguida puso el generador en marcha y fue a ver cómo estaban los bebés.

Se le ablandó el corazón al verlos abrazados y dormidos. Se balanceó aliviada. Agarró la barandilla del parque con fuerza. Se sintió sobrecogida ante su inocencia y sus recursos.

Después de un rato, oyó la puerta y sintió una corriente de aire frío.

–¿Cómo están? –preguntó Sullivan poniéndose a su lado.

Con sentimientos encontrados, Rachel lo miró y vio que tenía el pelo mojado y la piel roja del frío. A pesar de que nunca se lo diría, había sido un alivio verlo aparecer ahí afuera.

–Bien. Siguen dormidos.

–Parecen tan tranquilos.

–Sí –Rachel se volvió para que él no viese que tenía los ojos llenos de lágrimas–. Es una pena que no vaya a durar mucho tiempo.

–¿Qué quieres decir?

–Que si te sales con la tuya, las personas en las que se supone que deberían confiar les estarán quitando la poca normalidad que han encontrado desde que perdieron a sus padres.

–Eso no es así.

–Claro que sí, pero no olvides que yo no los voy a abandonar.

–Eh, eh –él tomó su rostro y le limpió una lágrima que se le había escapado con el dedo pulgar–. Sé que es duro. Pero mi amigo y tu hermana nos confiaron el cuidado de sus hijos porque sabían que lo haríamos bien. Aunque sea duro.

–No es justo –dijo ella apartándose de él.

Sullivan la siguió y la tomó entre sus brazos.

–No –admitió–. No lo es. Pero no estás sola. Lo superaremos juntos.

Rachel quería luchar contra él, apartarlo de su lado y llevarle la contraria. Pero era demasiado bueno poder apoyarse en alguien por fin. En alguien con un pecho fuerte y unos brazos musculosos, que olía de ensueño y la calentaba con su cuerpo. Se rindió y apoyó la cabeza en su hombro. Cerró los ojos para que él no pudiese ver su angustia.

–No quiero que me gustes.

Él rió y le acarició el pelo como lo había hecho con Cody. Aquello la tranquilizó.

–Bueno, pues sigue pensando así, mañana será otro día. Escucha,

tienes frío, estás cansada y hambrienta. Ya hablaremos de la custodia de los niños en otro momento. ¿Por qué no te das una ducha mientras yo preparo algo para cenar?

Tanto la tregua como la ducha le sonaron estupendamente a Rachel.

–Deberíamos guardar el agua caliente.

–Esta noche no. Necesitamos descongelarnos. Ve tú primero mientras yo voy a ver qué hay en la cocina.

–¿Y los mellizos?

Sullivan suspiró con fuerza.

–Déjalos dormir. No han pegado ojo esta noche.

–Llevan toda la semana sin dormir bien.

Tal vez fuese ésa la razón por la que a Rachel le daba la sensación de que podría haberse quedado dormida así, con la cabeza apoyada en su hombro, escuchando los latidos de su corazón.

–Han sufrido mucho –añadió.

–Lo superarán con el tiempo –dijo él apretándole el brazo.

Sullivan desprendía calor como una estufa y le calentaba no sólo el cuerpo, sino también el corazón. ¿Cuánto tiempo hacía que un hombre así no la reconfortaba?

En realidad, nunca. Y mucho menos su padre.

Aquel pensamiento hizo que se apartase de él y retrocediese. No tenía por qué apoyarse en ningún hombre. No obstante, él tenía razón en que los padres de los niños se los habían confiado para que hiciesen lo que fuese mejor para ellos. Pero eso no significaba que pudiese confiar en él.

En lo que a los mellizos se refería, por el momento no estaban de acuerdo.

Rachel se preguntó si debía dejarlo a solas con ellos, aunque no tuviese mucho que hacer. La tormenta impedía que se marchase y ya le había demostrado que sabía tratarlos con cariño.

–Iré a darme una ducha –dijo por fin yendo hacia el dormitorio. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta–. Gracias.

Él la estaba observando. En realidad, había estado observando su trasero. Levantó la vista para mirarla a los ojos, no se disculpó por haber estado disfrutando de las vistas, sólo demostró su aprobación masculina. Levantó la barbilla e hizo un gesto de reconocimiento.

Ella se estremeció y sintió ese instinto femenino que con tanto empeño intentaba reprimir.

Cerró la puerta, colocando una barrera entre ella y ese hombre

tan peligroso que despertaba en ella sentimientos que prefería mantener enterrados.

Era el momento de darse un respiro. ¿Cómo podía haber pasado ni un segundo en brazos del enemigo? Y no exageraba. Cualquiera que quisiera arrebatarle a los niños era su enemigo.

No entendía por qué quería él llevarse a los mellizos. Era militar y soltero, su oficial también le había dado esa información, y los mellizos sólo le darían quebraderos de cabeza, aunque lo ayudase su familia.

Tal vez pretendiese que fuese su familia quien cargase con ellos.

Sin duda, la familia era el punto débil de Rachel.

Una vez en el baño, se desnudó y se metió a la ducha, dejando que la cascada de agua caliente le quitase el frío.

Se puso a pensar en Crystal. Cuando Rachel se había ido de casa, lo que más le había dolido era dejar allí a su hermana pequeña, de tan sólo diez años. Pero no había podido quedarse en un lugar donde no la querían.

El día de su diecisiete cumpleaños, se había enterado de que el hombre al que siempre había llamado papá no era su padre biológico. La noticia la había destrozado, aunque gracias a ella había entendido muchas cosas, como por qué se había sentido siempre como una extraña en su propia casa.

Por fin empezaba a descongelarse y tomó su jabón favorito, que olía a melocotón.

Rachel comprendía que las cosas hubiesen sido muy difíciles para Dan. Le habían mentido, engañado para que criase a la hija de otro hombre. No obstante, él le había dado de comer, la había vestido, nunca le había pegado. Había niños que lo habían pasado mucho peor que ella.

Rachel le echaba la culpa de todo a su madre. Era ella la que había mentido, la que había preferido su bien al de su hija. Stella Adams podía haberle dado a Rachel las cosas que Dan le había negado: tiempo, atención, cariño. Pero Stella había preferido no hacerlo.

Y Rachel nunca la había perdonado por ello.

Se aclaró, cerró el grifo y salió de la bañera. Enrollada en una enorme toalla, fue al dormitorio.

Rachel había aprendido bien la lección durante su niñez como para cambiar de adulta. Antes de que le rompiesen el corazón, prefería estar sola. Tenía relaciones, pero ninguna prosperaba. Por su culpa. Ella no quería arriesgarse a que alguien a quien quisiese la rechazase.

Otra vez.

Desgraciadamente, su relación con su hermana también había sufrido a causa de aquello. Pero, al contrario de lo que había dicho Sullivan, sí habían forjado una nueva relación después de la muerte de sus padres.

Rachel se negaba a creer que Crystal hubiese fingido que no tenían esa relación.

Entró al salón vestida con unos calcetines gordos y una sudadera vieja, y se detuvo a comprobar que los bebés seguían durmiendo antes de ir a la cocina. Había imaginado que Sullivan habría abierto un par de latas de sopa, pero lo había infravalorado. El olor a cebolla y tomate hizo que le rugiese el estómago.

–Huele bien.

Él levantó la mirada, estaba untando pan con mantequilla.

–Sí –respondió con seguridad–. Son espaguetis, he pensado que necesitábamos algo consistente.

Mientras ella se duchaba, él se había cambiado de ropa. Los pantalones vaqueros y la camiseta gris resaltaban su masculinidad. Aquella ropa informal marcaba todavía más sus anchos hombros, sus muslos musculosos, el trasero firme.

Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente. Rachel luchó contra el incontenible deseo de retirárselo y sentir su suave tacto en los dedos.

Todavía recordaba lo bien que se había sentido en sus brazos, así que fue hacia la nevera y sacó una lechuga. Necesitaba ocupar sus manos con algo, y también sus pensamientos.

–¿Por qué no te das tú una ducha mientras se tuesta el pan? –preguntó Rachel. Mientras se vestía, había tomado una decisión. Cuanto menos tiempo pasase con él, mejor. No sería una tarea fácil, teniendo en cuenta que estaban atrapados en una casa de un solo dormitorio, pero tenía que intentarlo–. Yo prepararé la ensalada.

Él se lavó y se secó las manos.

–Me parece bien.

Sullivan abrió el horno y se agachó a meter el pan con ajo.

Las hormonas de Rachel, que solían estar siempre bajo control, se revolucionaron. Lo único que le apetecía era acercarse a él, meter las manos en los bolsillos de sus pantalones y apretar.

Afortunadamente, él se irguió antes de que le diese tiempo.

Ella se aclaró la garganta.

–Te buscaré una toalla.

–Gracias –él agarró su petate y desapareció en el baño.

Rachel suspiró aliviada. Aquel hombre ocupaba demasiado

espacio en una habitación. Sólo su presencia cargaba el ambiente. El reciente viaje mental de Rachel al pasado le recordaba exactamente por qué tenía que mantenerse alejada de él. Tenía mucho que perder y nada que ganar.

Él procedía de un mundo distinto, y sólo estaría allí el suficiente tiempo para echar abajo su vida.

Oyó un quejido y fue al salón. Jolie se estaba moviendo en el parque. Rachel la enrolló en una manta y le dio palmaditas en la espalda hasta que volvió a quedarse dormida. Cody no se movió.

¿Estarían mejor con Sullivan que con ella? Él había mencionado que tenía una gran familia, muy unida. Justo lo que ella había soñado cuando era niña.

Aun así, sólo planteárselo le parecía traicionar a aquellos niños a los que tanto quería.

Oyó que cerraban la ducha y se puso en acción. Sacó el pan cuando todavía estaba dorado y enseguida preparó la ensalada de lechuga, cebolletas y tomates.

Cuando Sullivan salió del baño, una vez más vestido con los vaqueros y la camiseta, ya había puesto la mesa.

–La cena está lista.

–Estupendo –Ford se pasó los dedos por el pelo mojado antes de retirar una silla para que se sentase Rachel.

Ella frunció el ceño al ver su gesto y lo miró con cautela.

–¿A quién estás intentando impresionar? –le preguntó–. Esto no es una cita.

¿Por qué le resultaba a él tan atractiva cuando se quejaba?

–Es culpa de mi educación. Mi abuela todavía cree en las gentilezas de antaño.

–Gracias. ¿Te educó tu abuela?

Él asintió mientras se sentaba también.

–Desde que tenía ocho años.

–Umm.

–Y crió a mis cinco hermanos desde que mis padres murieron en un accidente de tráfico.

Ella lo miró a los ojos, y después volvió a apartar la mirada.

–Lo siento.

De acuerdo, Rachel parecía menos quisquillosa pero seguía poniendo fin a las conversaciones. A Ford le dio la sensación de que se le daba bien eludir las discusiones.

Observó cómo se llevaba el tenedor a los labios e intentó no pensar en lo bien que se había sentido teniéndola entre sus brazos.

Si la situación hubiese sido distinta, ya habría empezado a cortejarla. Pero en aquel contexto, cualquier avance no llevaría nada más que sufrimiento. No tenía sentido complicar la situación dejándose llevar por la atracción que sentía por ella.

Lo que no significaba que fuese a permitir que Rachel hiciese como si él no estuviese allí.

–Si te aburro, me lo dices –comentó.

Y entonces ocurrió algo maravilloso. ¡A ella se le pusieron rojos los lóbulos de las orejas! Y aunque vio la agitación en sus ojos, Rachel se esforzó por continuar con la conversación.

–Debió de ser una infancia muy dura.

–Fue duro perder a mis padres, pero la abuela nos quería y pudimos estar juntos. Eso era muy importante –apoyó los codos en la mesa–. No eres muy habladora, ¿verdad?

Ella tragó un bocado de espaguetis.

–No.

–¿Por qué no?

Ella guardó silencio. Era evidente que no quería responder a la pregunta, pero él esperó.

Rachel acabó suspirando y decidiéndose a contestar.

–En general, porque prefiero estar sola.

–¿Y en este caso en particular?

–Porque no sé mucho del tema –como si aquello hubiese sido demasiado revelador, añadió–: y porque no quiero que nos hagamos amiguitos.

Él ignoró su rechazo.

–¿A qué te referías cuando dijiste que le habías fallado a tu hermana?

–No pienso hablarte de mi hermana –contestó ella con la mirada encendida–. Te equivocas acerca de ella.

Rachel era una impostora. A pesar de su fachada fría, era todo corazón y pasión en su interior. También era increíblemente vulnerable. Hubiese pasado lo que hubiese pasado en su familia, había sufrido mucho.

–Crystal dijo que te habías ido de casa. ¿Por qué? La familia es importante.

–Sí. Y yo soy la única familia que tienen los mellizos.

Era una testaruda. No obstante, su implacabilidad demostraba que quería proteger a los niños. A pesar de que él quería explotar sus debilidades, no podía culparla por aquello.

–Cuéntame por qué te fuiste de casa –insistió Ford.

Ella inclinó la cabeza y una mecha de pelo rubio le cayó sobre

los ojos. Con un rápido movimiento de mano, volvió a colocárselo.

–Sé lo que estás intentando hacer.

Él dudó un instante.

–¿El qué?

–La información es poder –contestó Rachel trazando círculos en la mesa con el vaso de agua, con el ceño fruncido, concentrada–. Quieres que te hable de mi pasado para poder utilizarlo contra mí.

Tenía razón.

–Yo te he contado mi historia.

–Con una finalidad –dijo ella mirándolo mal–. Sin duda se supone que debo creer que los mellizos se beneficiarían de la influencia de un hombre atenuada por la dulzura de una abuela.

–Tal vez sólo estuviese dándote conversación.

–Por favor. Todo vale en el amor y en la guerra. Y tú eres un guerrero hasta la médula.

–Muy lista –reconoció él, levantando el vaso de agua.

–¿Y por qué me da la sensación de que eso te sorprende?

–Todo en ti me sorprende –contestó Ford, imperturbable.

–Gracias –dijo ella chocando su vaso con el de él y bebiendo después–. Teniendo en cuenta que me consideras una vaga incapaz de mantener una relación, me lo tomaré como un cumplido.

Él rió, le había divertido la mezcla de humor y censura.

–Tengo que admitir que tenía un par de ideas falsas. No esperaba tu valentía, paciencia y dedicación. En mi trabajo, ponemos a un lado las emociones para cumplir con el trabajo.

En ese momento había sido él el que había hablado demasiado. Los ojos inteligentes de Rachel lo hacían hablar con facilidad. Algo peligroso. Para evitar su mirada curiosa, Ford se levantó y llevó los platos al fregadero.

Ella parecía querer seguir hablando del tema; pero, afortunadamente, su reticencia habitual salió a flote.

–Estoy muerto –dijo Ford pensando que acababa de esquivar una bala–. ¿Qué te parece si fregamos y nos vamos a la cama?

Capítulo 4

A la cama. A la cama. A la cama. Las palabras retumbaban en la habitación, llevando a la mente imágenes de piel desnuda, piernas entrelazadas, bocas unidas.

Eran palabras, al menos, desconcertantes. Sobre todo porque a Rachel le molestaba menos imaginárselo desnudo de lo que debería.

Avergonzada por su reacción, porque era evidente que él no había querido decir que fuesen a dormir juntos, Rachel evitó su mirada mientras recogía la mesa. No obstante, sintió cómo le subía el color a las mejillas y las teñía de rojo. Su ira también aumentó, porque el rubor se debía sólo en parte a la vergüenza.

El resto era deseo, puro y simple deseo.

Que prefiriese estar sola habitualmente no quería decir que no supiese qué hacer con un hombre.

Al acercarse a la encimera, vio el reloj del horno: las siete y tres minutos.

–Sólo son las siete –comentó. Habían pasado tantas cosas en las últimas horas que parecía mucho más tarde–. Es un poco pronto para irse a la cama.

Él se miró el reloj y sonrió irónicamente.

–¿Sólo las siete? Debo de estar sintiendo los efectos de la noche de ayer. ¿No te he dicho que casi no durmieron?

–Sí –Rachel abrió el grifo del fregadero. Ella había dormido bien la noche anterior gracias a él–. ¿Por qué no…? Oh.

Dio un salto al volverse y encontrárselo frente a frente. Retrocedió instintivamente, pero se escurrió con algo de agua que había en el suelo y casi se cae.

–Cuidado –dijo Sullivan agarrándola justo a tiempo–. Ya te tengo.

Sorprendida al volver a encontrarse en sus brazos, Rachel levantó la mirada y se dio cuenta de que estaba a muy pocos centímetros de unos ojos azules que la miraban con deseo.

Parpadeó y volvió a mirarlo a los ojos, que entonces la miraban de modo inexpresivo.

La mirada de Sullivan había cambiado tan deprisa que Rachel se preguntó si realmente habría sentido algo. O si había sido ella quien había proyectado su deseo sobre él.

–Lo siento –se disculpó, apartándose. Él la dejó marchar con demasiada facilidad. Reprendiéndose en silencio, Rachel se remangó la sudadera y metió las manos en el agua.

–¿Has venido hasta aquí conduciendo o en avión? –preguntó, decidida a mantener una conversación para evitar una situación violenta.

–Conduciendo –Sullivan empezó a secar los platos.

Ella lo miró con el rabillo del ojo. Según su experiencia, los hombres evitaban las tareas del hogar. Probablemente tuviese que darle las gracias a la abuela de Sullivan por su amabilidad.

Rachel apreció su ayuda, aunque no su proximidad.

–Así sería más fácil meter a los dos niños en el coche y llevártelos a casa.

Él levantó un hombro y luego lo dejó caer.

–Ése es el plan.

Había contestado en presente, así que no había cambiado de idea acerca de los mellizos a pesar de que pensase mejor de ella. Desanimada, Rachel guardó silencio.

Un gemido proveniente del salón interrumpió aquel momento. Los bebés se estaban despertando.

–Yo iré.

Sullivan pasó por su lado para dirigirse al salón y fue directo al parque.

–Eh, Cody –dijo levantando al niño–. ¿Qué tal estás? ¿Tienes hambre? Es hora de cenar.

Cody dejó de llorar y apoyó la cabeza en su hombro.

Jolie levantó los brazos para que Rachel la tomase también. Ella le dio un abrazo a la niña. Y descubrió que necesitaba urgentemente que le cambiasen el pañal.

Pasaron la siguiente hora resolviendo ese problema, dando de cenar a los niños y preparándolos para irse a la cama.

–Sólo hay un dormitorio. Que es donde está la cuna –comentó Rachel. Luego señaló el sofá azul pizarra de ante–. Tú puedes dormir en el sofá. Te buscaré unas sábanas.

–Está bien –dijo él mirando los cojines, dubitativo. Y con razón, él era mucho más grande que el sofá.

Rachel lo dejó ocupándose de la logística y fue a por la ropa de cama.

Cuando volvió al salón, los niños jugaban en el parque y Sullivan había abierto el depósito de la leña y estaba rellenando la cesta que había al lado de la chimenea, en la que ardía un buen fuego.

Las luces de la cocina estaban apagadas y él había encendido velas que hacían que el ambiente del salón fuese acogedor.

La escena olía a tranquilidad doméstica. Demasiado hogar y chimenea para Rachel, a la que no le gustó el ambiente. Porque, en el fondo, le gustaba demasiado. Sullivan era un extraño, un intruso. No deberían estar a gusto juntos.

Era la hora de una retirada táctica.

–Aquí tienes –dijo Rachel dejando la ropa de cama a un lado del sofá. Ya era un chico grande, podía hacerse la cama solo–. Estoy rendida. Y es hora de que los niños se acuesten. Nos vamos a la cama.

Él cerró la puerta del depósito de leña y se quitó el polvo de las manos.

–Gracias. ¿Crees que la tormenta habrá pasado mañana?

–Es difícil de saber –¿significaba aquella pregunta que él se sentía tan incómodo como ella?–. Se suponía que no iba a nevar, sino sólo a llover durante los próximos días.

–¿Cuánto tardan en limpiar las carreteras después de una tormenta como ésta?

–¿Por qué? ¿De repente tienes que ir a algún sitio?

–¿Además de irme a casa con los mellizos? No –se pasó una mano por el pelo–. Estaba pensando en el combustible que tenemos.

–Vale. Habría que apagar el generador. La calefacción es de gas propano, de eso andamos bien.

–Y también hay mucha madera.

Divertida, Rachel se llevó las manos a las caderas.

–Nadie diría que eres Mister California.

Él fue hacia el sofá y empezó a hacer la cama.

–En California también nieva, por si no lo sabías –dijo él apartando los cojines con sus poderosos brazos.

Manteniendo las distancias porque se sentía tentada a probar la dureza de aquellos músculos, Rachel tardó un segundo en procesar lo que Sullivan acababa de decir.

La había distraído. No estaba acostumbrada a tener extraños en casa, mucho menos hombres altos y musculosos que le hacían bajar la guardia.

–¿Y cuánto dura, un día y medio? –rió ella por fin–. Por favor. La nevera se desconectará con el generador, voy a meter algo de nieve en bolsas para mantener las cosas frías.

–De acuerdo. Tú ve a por la nieve. Yo me ocuparé del generador.

Sorprendida y contenta porque él aceptase su opinión, Rachel agarró una linterna y fue hacia el armario a buscar bolsas de plástico.

Aquel hombre era todo un misterio. Como también lo era el modo en que la hacía sentir.

Como no quería pensar más en aquello, se apresuró a llenar las bolsas de nieve que recogió de la puerta trasera y las colocó estratégicamente en la nevera.

Al volver al salón vio cómo Sullivan quitaba su petate del final del sofá y lo ponía en la cabecera. Luego se desató los zapatos y los puso al lado del petate. Finalmente, señaló con la cabeza hacia el parque.

–Esos dos están fuera de combate.

Rachel miró a los mellizos. Cody y Jolie estaban otra vez dormidos y abrazados. Parecían muy tranquilos.

–Vaya. No me gusta molestarlos. Sé por experiencia que si los despierto al meterlos en la cuna, luego luchan por no volver a dormirse.

–Pues déjalos dormir. Yo estaré aquí si se despiertan.

–No estoy segura de que sea una buena idea –no, darle el control a aquel hombre no era buena idea. ¿Y si se llevaba a los mellizos durante la noche?

Él debió de sentir su agitación, porque levantó la mano derecha como si estuviese haciendo un juramento y le dijo:

–Te prometo que están a salvo conmigo. Venga, Rachel, todos necesitamos dormir.

–De acuerdo, pero dejaré mi puerta abierta para oírlos.

–No me voy a marchar con ellos, Rachel.

–Perdona que sea precavida. Acabo de conocerte. Podrías decir una cosa y hacer otra.

–No, soy un hombre de palabra. Mi oficial al mando ya te lo dijo, ¿recuerdas? –dijo él. Por su expresión, no le gustaba que dudasen de él.

¿Acaso le importaba lo que pensase de su persona?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

–Ah, sí. Un hombre de palabra. Se me había olvidado –dijo Rachel dándole la espalda, a él, y a la estimulante sensación.

Al llegar a la puerta de su habitación se volvió a mirarlo, pero se lo olvidó lo que iba a decirle.

Sullivan estaba doblando su camiseta, con el torso desnudo. Era increíble. Una fina capa de pelo cubría su pecho y bajaba hasta la cinturilla de los pantalones vaqueros.

Cuando se llevó las manos a la bragueta, Rachel dio un grito ahogado y tomó por fin aire.

–Buenas noches –dijo dándose media vuelta de golpe y metiéndose en el dormitorio.

Si tenía algo claro era que estaba en serio peligro de desearlo locamente.

Cuando Rachel se despertó la habitación estaba a oscuras y olía a café. Dadas las circunstancias, se había temido que no podría dormir, pero lo último que recordaba era haber planeado trabajar en el libro.

Un par de meses antes un editor, enamorado de sus artículos acerca de los animales, le había pedido que escribiese un libro sobre el mismo tema.

Eso había sido antes de que la llamasen para decirle que era la tutora de los niños.

Miró la hora, eran las ocho y media, y se levantó de la cama. Nunca dormía tanto. Ni los niños tampoco.

Se pasó los dedos por el pelo, y fue al salón vestida con la sudadera y los calcetines. Encontró a los bebés donde los había dejado la noche anterior, durmiendo en el parque. La ropa que llevaban puesta era distinta, así que Rachel dio por hecho que se habían despertado en algún momento.

Ford estaba haciendo horas extras. Intentaba ablandarla dejándola dormir. No tenía por qué ser tan considerado. De todos modos, ella no cambiaría de opinión.

De pronto, sintió una punzada de amor en el corazón. Se dobló y pasó la mano por el sedoso pelo castaño de Jolie. Lo que más quería era hacer lo que fuese mejor para Jolie y Cody. Y esperaba que eso no significase tener que abandonarlos.

Antes de erguirse, pasó un dedo por el moflete rosado de Cody. Pasase lo que pasase. Los mellizos eran inocentes.

Oyó un ruido en la cocina y fue hacia allá.

Ford estaba de pie, con los brazos apoyados en la encimera de granito y la cabeza metida entre aquellos impresionantes bíceps. Detrás de él, por la ventana, se veía la violencia de la tormenta, que

plasmaba su lucha interna.

Era evidente que aquél era un momento íntimo.

Rachel retrocedió para dejarlo solo. Hasta que él se incorporó y golpeó con el puño cerrado la encimera, haciéndose sangre en los nudillos.

Sorprendida, ella se quedó donde estaba. Aquel gesto evidenciaba que estaba enfadado y que sufría. Rachel se preguntó si debía acercarse a él o dejarlo solo.

Él echó el brazo hacia atrás para dar otro golpe.

–Para –dijo Rachel agarrándole el brazo con las dos manos.

No fue un movimiento demasiado inteligente.

Antes de que se diese cuenta, Ford le había puesto un pie detrás de la rodilla y la había tumbado en el suelo. Sus ojos azules la miraban con fiereza, su cuerpo la cubría y le había puesto el antebrazo en la traquea.

Aquel hombre tenía un punto muy peligroso.

En esos momentos, Rachel debería haber sentido miedo, pero no era exactamente ése el sentimiento que hacía que varios escalofríos le recorriesen el cuerpo.

Él parpadeó y relajó el brazo inmediatamente.

–Dios mío –dijo apoyando la frente en la de ella–. Lo siento.

–Disculpas aceptadas –respondió ella, que estaba completamente quieta–. Ya puedes dejarme marchar.

Él no se movió.

–Normalmente me controlo más.

–Me alegra saberlo.

–No debiste agarrarme.

–Lo recordaré –Rachel intentó mover la parte superior de su cuerpo, pero él siguió aprisionándola. El movimiento hizo que sus pechos rozasen el de él. Sus pezones respondieron al contacto.

El cuerpo de Ford también.

Rachel se quedó helada. Y lo miró a la cara. Él la miraba con deseo. Tenía los ojos clavados en sus labios. Ford empezó a bajar la cabeza.

El llanto de un bebé rompió la tensión del momento.

Les recordó que no estaban solos. ¿Cómo podía Rachel haber olvidado lo que ese hombre estaba haciendo allí? Lo empujó hasta que él se quitó de encima.

–No vuelvas a hacer algo así –le advirtió. Se estiró la sudadera, se sacudió el polvo. Y evitó mirarlo a los ojos.

Era evidente que ella sentía la atracción que había entre ambos, veía el deseo en sus ojos. En cualquier otro momento o lugar, tal

vez hubiese tenido una aventura con él. Pero, dada la situación, tenía mucho que perder.

Por muy tentada que estuviese.

Él la obligó a mirarlo invadiendo su espacio. Se cernió sobre ella, con la mirada clavada en sus labios, antes de subirla hasta sus ojos.

–Tienes mi palabra de que no volveré a atacarte.

–No me refería a eso –respondió ella frunciendo el ceño.

Él se acercó y le metió un rizo detrás de la oreja.

–Pues es lo máximo que puedo garantizarte.

Ella lo empujó para ir a ver a los bebés. Como de costumbre, estaban despiertos y con ganas de jugar. Para mantenerlos ocupados mientras se vestía, Rachel les dejó un montón de juguetes en el parque.

Luego se escapó a su habitación a lavarse los dientes y a ponerse unos vaqueros y una camiseta. Se sentía confusa. Era un lujo poder arreglarse sin tener que darse prisa ni preocuparse por los mellizos y, no obstante, se sentía mal por estar dedicándose tiempo a ella misma porque quería a Jolie y a Cody, y ellos dependían completamente de ella.

Le molestaba la ayuda de Ford y, al mismo tiempo, la apreciaba. Gracias a él podía tener algunos momentos de libertad. Había dormido toda la noche.

De vuelta al salón, echó una manta en la moqueta, delante de la chimenea, y dejó que los bebés gateasen libremente. Cuando parecía que empezaban a cansarse, tomó uno de sus cuentos favoritos y los colocó a su lado en el sofá. Pasó la mayor parte de la siguiente hora leyéndoles.

Ford pasó el tiempo vagando por la habitación. Rachel intentó no pensar en sus grandes manos tocándola. Oyó que las puertas del aparador se abrían y se cerraban e imaginó que había encontrado el trozo que se había roto. Ella no había podido pararse a arreglarlo.

Mientras Rachel continuaba leyendo, él fue a por la caja de herramientas que estaba al lado del generador.

Cuando terminó el cuento, dejó libres a los niños. Los dos fueron a ver qué estaba haciendo Ford. Rachel se movió para vigilarlos, para que no se cayesen del sofá.

La nueva posición le proporcionaba una vista privilegiada del trasero de Ford.

¿Ford? ¿Desde cuándo había empezado a pensar en el enemigo por su nombre? Tal vez desde que él le había demostrado que no

era el enemigo al ayudarla en la nieve, haciéndole la cena y dejándola dormir.

Era evidente que era un buen tipo.

O muy listo y quería confundirla. Si a eso añadía su afición a tocarla siempre que tenía la oportunidad y a dedicarle ardientes miradas, la estrategia estaba funcionando.

Rachel se recordó que tenía planeado mantener las distancias con él.

–No hace falta que hagas eso –le dijo.

Él se sentó, se encogió de hombros y siguió con la atención puesta en el destornillador que tenía en la mano.

–No pasa nada.

–No hace falta que hagas nada por mí –insistió ella con tono frío.

–Me gusta mantenerme ocupado –comentó él mirándola por encima del hombro–. No creo que sea un crimen aceptar algo de ayuda de vez en cuando.

–Cuando una vive sola, la autosuficiencia es algo importante.

–También lo es hacerse amigo de los vecinos.

–Baa da ja –dijo Cody clavando los pies en un cojín y levantándose.

–¿Oh? –Rachel agarró a Cody por el tobillo y lo hizo bajar–. Eso nunca me ha ocurrido.

–Ja da ca –dijo Jolie saltando.

Ford retó a Rachel con la mirada.

–¿Acaso lo has intentado?

Ella se puso tensa. Seguro que las vecinas de Ford eran jovencitas que le llevaban guisos y pasteles de manzana.

–¿Por qué no me dices cuáles serían las ventajas?

–Bueno –empezó él fijando la parte delantera del cajón a los laterales–. Tener vecinos es como jugar en equipo. Se ayudan los unos a los otros con las tareas, recogen el correo de los otros o cuidan de sus animales de compañía cuando tienen que ir a algún sitio.

–Esto es Montana –replicó Rachel mientras agarraba a Jolie, que también intentaba trepar por el sofá–. La seguridad no es tan importante. Puedo contratar a alguien para que me ayude con las tareas domésticas. Y no tengo animales. Y no voy a ninguna parte, no necesito que nadie me recoja el correo. No necesito un equipo. En mi opinión, los equipos están sobrevalorados.

–¿Sobrevalorados? –repitió él incrédulo, casi como si se sintiese insultado–. Estás hablando con un soldado. En el trabajo en equipo

está la diferencia entre la vida y la muerte para mí.

–Eso es diferente. Sois militares. Tenéis que trabajar juntos.

–Somos un equipo de élite bien entrenado que va a los lugares más peligrosos del mundo para salvar a extraños, ayudar a gobiernos, conseguir información.

–Estás tergiversando mis palabras –dijo ella dejando de luchar con los mellizos y poniéndolos en el suelo para que jugasen. Luego, empezó a ir y venir delante del fuego–. Respeto lo que haces. Pero yo no soy tú. Depender de otras personas es arriesgarse a que te hagan daño.

Luego, se dio la vuelta para que Ford no se diese cuenta de que lo que acababa de decir le afectaba, hablaba demasiado de ella.

Oyó cómo él ponía el cajón en su sitio y guardaba las herramientas.

–¿Es eso lo que quieres para tus sobrinos? ¿Una vida solitaria y aislada?

–Esto no tiene nada que ver con ellos. Ellos me tienen a mí. Nunca estarán solos.

–Rachel –Ford se puso al lado del sofá.

–No –lo rechazó ella con la palma de la mano levantada–. ¿Quieres ayudar? Está bien. Vigila a los niños. Voy a preparar la comida.

Y se escapó a la cocina, que no estaba demasiado lejos, pero por lo menos no tenía por qué ver a Ford. Ni continuar con aquella desastrosa conversación.

Lo maldijo por haberla obligado a defender su estilo de vida.

Tomó de la nevera lo necesario para preparar unos sándwiches y llevó la lechuga a la pila para lavarla.

¿Quién era él para ponerla a la defensiva? ¿Qué había de malo en que le gustase estar sola? No hacía daño a nadie, y así, nadie le hacía daño a ella.

Jolie y Cody tendrían amigos, por supuesto. Ella sabía demasiado bien lo que era sentirse un extraño cuando uno deseaba pertenecer a un lugar.

Metió las manos debajo del grifo y se estremeció al notar el frío. Frunció el ceño al darse cuenta de que, lejos del fuego, la casa estaba helada.

El propano alimentaba la calefacción y el calentador de agua, era independiente de la electricidad. El aire tenía que estar más templado. Tuvo un mal presentimiento y fue a comprobar el termostato, intentó activar el calentador.

Pero no pasó nada.

Se le hizo un nudo en el estómago. Si se quedaban sin propano, y sin el calor que éste les proporcionaba, su plan de mantenerse alejada de Ford se iría al traste.

Capítulo 5

Maldita sea –dijo irritada.

Al notar que Rachel tocaba el termostato con nerviosismo, Ford preguntó:

–¿Qué pasa?

Ella esperó con las manos apoyadas en la cadera, con la esperanza de que se encendiese el calentador.

–Parece que ha pasado algo con el propano –tuvo que admitir al final.

Ford entendió su preocupación. Sin la calefacción, la chimenea sería la única fuente de calor. Una fuerte ráfaga de aire golpeó las ventanas, recordándoles que la tormenta seguía en el exterior.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Hace frío en la cocina, y hace tiempo que no oigo el calentador encenderse.

–El propano se convierte en vapor cuando se congela –dijo Ford poniéndose a su lado frente al termostato–. Tal vez sea eso. ¿Dónde está el tanque, bajo tierra o en la superficie?

–En la superficie, pero nunca había oído que el propano se congelase y llevó viviendo en esta zona trece años.

–Tiene que hacer mucho frío.

Ella miró por la ventana y lo miró de nuevo a él.

–Sullivan, ha habido épocas de mucho frío, y nunca me he quedado sin propano.

–Entonces tal vez se haya estropeado la conexión. Iré a mirar –Ford se dirigió hacia el armario donde estaba la ropa de abrigo. Tomó el impermeable amarillo–. ¿Dónde está el tanque?

–¿Cómo es que eres un experto en propano? –quiso saber Rachel.

Ford buscó en el armario. Encontró unos guantes que tal vez le quedasen bien y una bufanda de lana, afortunadamente de color azul marino.

–Si algo puede ser utilizado como explosivo, o puede mezclarse

con algo para convertirlo en un explosivo, entonces es mi trabajo conocerlo.

Ella se interpuso en su camino con el ceño fruncido, pero se guardó para sí misma lo que le estuviese dando vueltas en la cabeza.

–El tanque está detrás de la casa –dijo respondiendo a su pregunta–. Se ve desde la ventana de mi habitación.

Desde allí también se veía la tormenta, una cortina blanca. El tiempo no había mejorado, tal vez incluso hubiese empeorado durante la noche.

–Vamos a ver –a Ford no le hubiese preocupado quedarse con propano si no hubiesen estado allí los niños.

En el dormitorio, apartó las cortinas y levantó las persianas.

Rachel se puso a su lado y utilizó un trapo para limpiar la condensación que había en el cristal. Señaló hacia la izquierda.

–Está ahí.

Los dos miraron, todo lo que se veía era blanco.

–Está enterrado debajo de la nieve –dijo Rachel.

Él tomó nota de dónde estaba el tanque, de la proximidad de la casa, de la profundidad de la nieve, de las plantas visibles, de la dirección del viento y de su velocidad.

–Veo ramas entre la casa y el tanque. ¿Tienes algo plantado ahí?

–No, está limpio –contestó ella temblando–. Si hace tanto frío, tal vez no deberías salir. No tienes la ropa adecuada. Ese impermeable no te protegerá del frío y mis abrigos no te valen.

–Estaré bien. No debería tardar más de un par de minutos en ver qué pasa y decidir si puedo hacer algo.

Ella se abrazó y se frotó los brazos inconscientemente.

–Tampoco tarda uno mucho en congelarse. Si te pasa algo ahí afuera, no estoy segura de ser capaz de traerte a la casa sola. Tal vez no merezca la pena hacer el esfuerzo.

Él le retiró un mechón de pelo de la cara.

–Te estás preocupando por mí.

Ella apartó la cabeza de él. Retrocedió y se sentó en la cama cuando las corvas de sus rodillas dieron con ella. Se puso de pie inmediatamente y fue hacia la puerta, para escapar de la intimidad del dormitorio.

–Tal vez sea una persona solitaria, pero no soy un monstruo. Sí, estoy preocupada, en especial si no es necesario correr el riesgo.

Él la siguió hasta la entrada, apoyó un hombro contra la pared y la vio ir y venir por el salón.

–¿A pesar de que yo sea el enemigo?

Rachel lo miró. Le molestó que él le tomase el pelo. Y a Ford le gustó ver que demostraba sus emociones.

–Sí –respondió ella indignada–. Y no me gusta sentirme preocupada por ti, estoy intentando que no me gustes.

–Pues tal vez debas abandonar tu proyecto. Suelo gustar a casi todo el mundo.

–Eres mandón, entrometido y quieres destruir a mi familia. Creo que podré resistirme a tu cuestionable encanto.

Oh. Aquello dolía más de lo que debería. Era el momento de volver a ponerse serio.

–Ya andamos cortos de combustible para la electricidad; si nos quedamos también sin propano, las cosas se van a poner feas enseguida –Ford señaló con la cabeza el parque en el que jugaban los niños–. Ya sería muy duro si estuviésemos sólo tú y yo, pero con los niños…

Cody estornudó como para darle la razón a Ford.

Rachel levantó una mano.

–Ya veo. Iré contigo.

Él sacudió la cabeza antes de que Rachel hubiese terminado de hablar.

–Ni lo pienses. Estaré de vuelta antes de que te hayas dado cuenta de que he salido.

–Las tormentas son impredecibles. ¿Y si te pasa algo ahí afuera? Es mejor que lo hagamos en equipo, como ayer.

–No. Ayer los niños estaban dormidos. Se asustarían si viesen que los dejabas solos.

Ford sabía que con eso la había convencido, pero ella no se quedó conforme hasta que no decidieron comunicarse mediante un sistema de señales. Cada diez minutos Rachel tiraría dos veces de la cuerda que Ford llevaría atada a la cintura, y él respondería del mismo modo. Si no respondía, Rachel iría a buscarlo. Luego ella insistió en dejarle una de sus sudaderas más grandes, pero seguía quedándole pequeña y tuvieron que cortar las mangas para que le sirviese. No obstante, era una capa más de calor. Aunque el calor no se debiese sólo a la sudadera.

Cuando Ford salió por la puerta, el tiempo empezó a pasar muy despacio y cada minuto le pareció a Rachel una eternidad.

Intentó convencerse de que habría estado igual de preocupada por cualquier otra persona. Pero desgraciadamente, no sabía mentirse a sí misma. Hacía mucho tiempo que había dejado de

hacerlo.

¿Qué le había pasado para que, de repente, amase al mundo entero? De acuerdo, eso era una exageración.

Había permitido a Sullivan acercarse demasiado. Había sido como si, al permitir que los mellizos le llegasen al corazón, hubiese dejado abierta una brecha por la que pudiesen colarse también otras personas.

De pie al lado del fregadero, miró por la ventana hacia el camino que debería recorrer Ford para volver a casa, preparó unos sándwiches y se convenció de que tenía que apuntalar sus defensas.

Lo haría en cuanto él estuviese de vuelta sano y salvo.

Por fin lo vio y, suspirando aliviada, fue al porche a recibirlo. Ford entró por la puerta junto con una nube de nieve. Rachel le limpió la cabeza y los hombros y él golpeó los pies contra el suelo.

–Buenas noticias. La conexión está bien. Había caído una rama enorme, pero el tanque ha parado el golpe –dijo temblando.

–He puesto una toalla y unas mantas ahí. Quítate esta ropa húmeda –Rachel intentó quitarle el impermeable, pero él sacudió la cabeza.

–Voy a salir otra vez. La aguja apuntaba que queda algo más de un cuarto de tanque. Supongo que ésa es la razón por la que se está congelando el propano. Hay menos masa y la rama, al caer, ha echado un montón de nieve y hielo encima y debajo del tanque. Cavaré un poco, haré un cortavientos para proteger el tanque del resto de la tormenta. ¿Dónde tienes la pala?

–Estás medio congelado –protestó Rachel–. No puedes volver a salir.

–El ejercicio me hará entrar en calor –Ford vio la pala en un rincón del porche.

Mientras iba a buscarla y miraba qué otras herramientas tenía Rachel, ella corrió a buscar el café que había estado calentando en la chimenea. Sirvió una taza y llenó un termo, al que le echó mucho azúcar.

Los dos llegaron a la puerta a la vez. Él llevaba la pala en una mano y un hacha en la otra.

–Toma –le dijo Rachel–, bébete esto antes de irte.

Él no protestó. Se bebió el café de un trago mientras Rachel le metía el termo en el bolsillo interior del impermeable.

–Ten cuidado –le pidió.

–Lo tendré –puso las manos encima de las de ella en la taza y se las apretó–. Gracias.

La miró de tal modo que Rachel se dio cuenta de que su

determinación volvía a verse amenazada. Retrocedió y señaló la puerta con la cabeza.

–Cada diez minutos –le recordó.

–Dos tirones –confirmó él antes de marcharse.

Rachel miró inmediatamente el reloj. Tenía que hacer algo para ocupar sus pensamientos o se volvería loca mientras esperaba. Lo primero, iría a ver cómo estaban los bebés. Luego, haría más café.

Echó otro leño al fuego antes de acercarse al parque. Jolie dormía de lado con un osito de peluche como almohada y tenía un juguete en la mano.

Cody empezó a llorar al verla. Tenía mocos y los ojos vidriosos. Levantó los brazos y Rachel lo tomó.

–Pobrecito. No te encuentras bien, ¿verdad? –le dio un beso en la frente y sintió que tenía fiebre–. Estás caliente. Voy a darte algo para que te sientas mejor.

Le limpió la nariz con un pañuelo de papel, tapó a Jolie con una manta, miró la hora y fue hacia el botiquín.

Pasó la siguiente hora abrazando a Cody, tirando de la cuerda y mirando a ver si veía a Ford por la ventana del dormitorio. El calentador se puso en marcha después de cuarenta y cinco minutos. Rachel no sabía qué había hecho Ford ahí afuera, pero había funcionado.

Gracias a Dios. Sin la caldera, la chimenea habría sido la única fuente de calor y habrían tenido que estar todos en el salón, un lugar demasiado pequeño para cuatro personas, sobre todo teniendo en cuenta que dos de ellas estaban enfrentadas.

Ford volvió a dejar las herramientas en un rincón del porche y luego se quitó los guantes. Cuando fue hacia la puerta de la cocina, Rachel estaba allí. Sin decir una palabra, lo ayudó a quitarse la ropa mojada.

Los dedos de Ford estaban entumecidos por el frío y no podía desabrocharse el impermeable. Agradeció la ayuda y tomó la toalla que Rachel le ofrecía para secarse el cuello y el pelo.

–He conseguido hervir suficiente agua para que te des un baño caliente –sacó el termo del bolsillo, lo dejó en el fregadero y luego lo ayudó a quitarse el impermeable.

Después del ruido de la tormenta en el exterior, a Ford la tranquilidad de la casa le resultó extraña. De pronto oyó un pequeño gemido. Por fin se dio cuenta de que el sonido provenía de la misma casa. Uno de los bebés estaba llorando.

–¿Qué le pasa a Cody? –preguntó.

–Tiene un poco de fiebre. Está resfriado. Iré a ocuparme de él cuando tú te hayas metido en la bañera. Siéntate –dijo Rachel empujándolo hacia una silla de la cocina.

Le puso una taza de café en la mano, que le temblaba tanto que tuvo que agarrarla también con la otra. Rachel le había puesto un chorrito de brandy, que le calentó el cuerpo.

–Oh, Dios mío –dijo saboreando la bebida–. Creo que te quiero.

Ella levantó la mirada mientras le desataba los cordones de las botas.

–Ten cuidado, Sullivan. Cualquiera podría pensar que eres un chico fácil.

–Pide lo que quieras –dijo él tartamudeando–. Lo que quieras, a cambio de otra taza de café.

–¿De verdad? –preguntó Rachel con mirada nostálgica–. Tal vez sea el momento de hablar de la custodia.

–Esto… Estamos en tregua, ¿recuerdas? No íbamos a hablar de eso mientras estuviésemos congelados.

–De acuerdo –Rachel agachó la cabeza para que Ford no pudiese verle los ojos y terminó de quitarle las botas y los calcetines. Luego le rellenó la taza, a la que le puso otro chorro de brandy–. Pondremos esto en tu cuenta.

Lo ayudó a levantarse y lo condujo hasta el baño.

–Venga, puedes bebértelo en la bañera, tienes que entrar en calor. Te he dejado ahí ropa limpia. El agua está tibia ahora, pero puedo hervir más y añadirla cuando empieces a descongelarte. Al menos hasta que volvamos a tener agua caliente.

–Gracias –dijo él deteniéndose en la puerta del baño–. A partir de aquí me las puedo arreglar solo.

–Está bien. Lo siento –Rachel se ruborizó. Se dio la vuelta y fue a buscar a Cody.

Un momento después Ford se metía en la bañera. Le picaba la piel y sentía escalofríos.

Bebió el café y empezó a sentirse mejor. Oyó encenderse el calentador y suspiró aliviado.

Al menos sus esfuerzos habían dado su fruto. Bueno, aunque el calentador no se hubiese puesto en marcha, habría merecido la pena. No le gustaba estar sin hacer nada. Y dado que cualquier momento libre lo hacía sentirse culpable por la muerte de Tony y Crystal, esperaba que la tormenta pasase lo antes posible.

Sabía que no podía haber sabido que habría un terremoto cuando había comprado los billetes para que sus amigos se fuesen de vacaciones. Pero lo cierto era que ellos seguirían vivos si él no les hubiese regalado esos billetes.

Y tampoco habría conocido a Rachel Adams.

Lo cierto era que no habían acordado no hablar de la custodia mientras estuviesen atrapados por la tormenta, pero no le apetecía sacar el tema estando encerrados en un lugar tan pequeño.

Suponía que ambos se acalorarían con la conversación y necesitarían espacio.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, menos ganas tenía de hacerle daño, pero tenía que hacer lo mejor para los bebés.

Ford quería a sus cinco hermanos y, dado que era el más joven, se había pasado la vida imitándolos o compitiendo por hacerse un lugar entre ellos. No obstante, no había sido lo suficientemente bueno, tenía que hacerlo mejor. Se había ganado su respeto haciéndose un militar de elite. Tony había sido como su hermano. Habían trabajado juntos, se habían salvado la vida.

Le debía muchas cosas a su amigo.

Tony había dejado claro que quería que los mellizos creciesen en el seno de la familia de Ford, y él estaba de acuerdo en que una familia llena de tías, tíos, primos y una abuela era un mayor apoyo que una tía sola.

Por no mencionar que San Diego ofrecía unas oportunidades culturales, educativas y laborales que no existían en Scobey.

Además, con los ingresos que recibía Ford de su participación en la joyería de la familia, además de su paga, tenía el dinero necesario para dar a los niños unas cosas que Rachel nunca podría darles. Al menos, no si no era con el seguro de vida de Tony y Crystal.

Lo mirase como lo mirase, seguía pensando que lo mejor era que los niños se fuesen con él. Si Rachel quería llevárselos de vez en cuando de vacaciones, podían llegar a un acuerdo.

Sólo tenía que convencerla.

Se puso unos vaqueros y una camiseta azul marino y abrió la puerta. Lo primero que vio fue el trasero de Rachel, que estaba agachada dejando algo en el cajón de la mesita de noche.

Todavía con el calor de la bañera, la visión hizo que le ardiese la sangre. Por encima de los pantalones de Rachel asomaba un tanga de satén y encaje color fucsia que hizo que entrase en ebullición.

Se acercó a ella tanto que, cuando se volvió, fue a parar directa a sus brazos. Sorprendida, lo miró a los ojos. Él le acarició la mejilla con la mano izquierda y le dio el tiempo suficiente para apartarse.

–Tengo que hacer esto –susurró Ford–. Tengo que probarte.

Y, bajando la cabeza, tomó sus labios entre los de él.

Rachel estaba dulce y caliente. Él profundizó el beso.

Gimiendo ligeramente, ella se fundió en el beso y rodeó su cuello con los brazos, anclándose a su cuerpo. Abrió la boca y lo invitó, uniendo sus lenguas.

Los embriagadores olores a jabón, polvos de talco y mujer lo rodearon. Rachel lo abrazó con más fuerza y se puso de puntillas, alineando su cuerpo con el de él.

Ford pasó la mano por su espalda, y la metió por debajo de la camiseta, tocando su piel de terciopelo. Rachel gimió, así que había encontrado uno de sus puntos débiles. La acarició una y otra vez hasta hacerla arder de pasión.

Rachel estuvo un momento perdida en el placer y, de repente, lo apartó.

–No puedo hacer esto –dijo con voz temblorosa. Dio un paso atrás–. Contigo no.

–Rachel –él levantó una mano. Necesitaba tocarla, necesitaba calmar el tormento que veía en sus ojos, en esos momentos más azules que verdes.

–No. No puedo. Si te sales con la tuya, te llevarás a los mellizos. Y eso me destrozará. No puedo entregarme a ti también.

Él dejó caer la mano y la vio alejarse.

A la mañana siguiente, el silencio despertó a Rachel. Se acurrucó un momento entre las mantas y pensó en el día que tenía por delante. A las cuatro habría terminado en la clínica. Tal vez pudiese salir a cenar, ahorrar tiempo y energía para trabajar en su libro cuando volviese a casa.

Oyó un gemido y eso la hizo volver a la realidad.

Los mellizos.

La tormenta.

El lobo con piel de cordero.

Pensó en Ford y en el tiempo que había pasado entre sus brazos el día anterior, gruñó y metió la cabeza debajo de la almohada. ¿En qué había estado pensando?

El problema era precisamente que no había estado pensando. Lo que había hecho era probar, tocar, sentir.

Su encuentro había sido intenso, alucinante, maravillosamente físico.

Y una locura.

De verdad. Aquel hombre olía de ensueño, pero no podía ceder a la tentación de entregarse a él o iría directa al infierno.

Nunca se lo perdonaría si permitía que su libido se interpusiese entre ella y la custodia de los niños. Porque no debía confundirse, él era un guerrero, y utilizaría todas las armas que tuviese en su mano para conseguir su objetivo. Rachel habría sido una tonta si no hubiese pensado que eso incluía manipular el afecto que sentía por él.

Ya se había traicionado suficientemente dejándole ver que podía herirla.

La noche anterior el ambiente había sido muy tenso. La inquietud de Cody los había mantenido ocupados a los dos, pero sólo había hecho que la situación fuese más difícil. El pobre niño no se encontraba bien. Y ella lo sentía, pero, al mismo tiempo, se alegraba de tener algo que hacer.

El silencio que había en el exterior significaba que no podrían aplazar durante mucho tiempo más la conversación que tenían pendiente.

Era el momento de hablar. Rachel deseaba haberlo hecho antes de conocerlo, de que le gustase, de desearlo. Pero tenía que enfrentarse a ello.

Y no habría mejor momento. Echó a un lado la almohada, retiró las mantas y salió de la cama. Fue a ver a Cody. Dado que la noche anterior había estado muy inquieto, Jolie había dormido en el parque, en el salón, con Ford.

A pesar de haber estado muy agitado toda la noche, Cody dormía tranquilamente en la cuna. Rachel se alegró de ver que parecía estar bien, lo tapó con una manta y fue a darse una ducha.

Veinte minutos más tarde salió de la habitación y se encontró con que Ford y Jolie seguían dormidos. Jolie parecía un ángel. Con el pecho descubierto, barba de tres días y el ceño fruncido, Ford parecía un pirata de dudosa reputación. Incluso dormido tenía ese punto peligroso que tanto la atraía.

El día anterior él la había dejado dormir, así que esa mañana Rachel haría lo mismo por él.

Fue a la cocina y preparó café y crêpes. Jolie se despertó primero y Rachel la sacó del parque antes de que despertase a Ford. Cuando oyó a Cody por el intercomunicador, los cambió a los dos, los vistió y los sentó en sus tronas con un plato con crêpe cortada en minúsculos trozos salpicados de azúcar en polvo.

Echó un vistazo al salón y se sorprendió de que Ford no se hubiese despertado todavía. Lo había oído toser un par de veces,

pero nada más. Y le había demostrado que era madrugador.

Dejó a los mellizos comiéndose las crêpes con las manos y fue al salón. Se acercó al sofá.

Ford seguía dormido y en algún momento debía de haberse bajado las mantas hasta la cintura. También tenía los pies fuera. Eso le preocupó porque, a pesar de que la calefacción estaba encendida, la habitación estaba fría. ¿Tendría fiebre? Tal vez le hubiese pegado Cody el resfriado.

No obstante, después del combate cuerpo a cuerpo que habían tenido la mañana anterior, Rachel no quería sobresaltarlo.

–Estoy despierto –dijo él con voz ronca.

–Bien, así no me tirarás al suelo cuando haga esto –le puso el dorso de la mano en la frente y en la mejilla, sintiendo el calor y el roce de la barba.

–Sin promesas –dijo él agarrándole la mano y apretándola contra su mejilla–. Me gusta la sensación.

–Estás ardiendo. ¿Cómo te encuentras?

–Bien. Nunca me pongo enfermo.

–Esto… Pues yo voy a buscarte unas aspirinas, vitamina C y una taza de té.

–No te molestes. Sólo necesito una ducha –se sentó y las mantas se quedaron en su regazo.

–No discutas. Será como un tratamiento preventivo. No puedo dejar que te pongas enfermo con dos niños a los que cuidar.

–Te he dicho que estoy bien.

Rachel apoyó las manos en la cadera.

–Tienes fiebre y estás gruñón. O te tomas lo que te dé, o tendrás que vértelas conmigo. He preparado crêpes, si tienes hambre.

–Nos hemos quedado sin fuego –comentó él clavando sus ojos azules en la chimenea.

–Sí. Eché el último tronco hace aproximadamente una hora. La buena noticia es que ha dejado de nevar durante la noche.

–Y no hace aire –se puso en pie con la manta enrollada a la cintura y se pasó la mano por el pelo–. Saldré luego y rellenaré el depósito de leña.

–Uno de los dos lo hará.

Él levantó una ceja y se acercó a ella. De pronto, ya no parecía estar débil ni enfermo. Su mirada era dura, su cuerpo también.

Ella hizo un esfuerzo y se quedó donde estaba.

–No te atrevas a mimarme, dinamita –le susurró al oído cuando pasó por su lado–. Ninguno de los dos queremos una relación así.

–Guau –dijo ella articulando con los labios cuando Ford hubo desaparecido en el cuarto de baño. Era una pena que fuese el hombre equivocado quien desprendiese tanta virilidad. Cuanto antes se fundiese la nieve y se marchase de allí, mejor.

Los bebés tenían que quedarse con ella, su familia. Ella los cuidaría y les daría amor.

Sólo tenía que convencer a Ford.

Capítulo 6

Ford colocó un trozo de madera en el bloque y lo cortó en dos con el hacha. Luego dividió cada trozo en cuatro y lo echó al montón.

Después de haberse pasado la mañana tomándose los remedios caseros de Rachel se sentía lo suficientemente bien, y lo suficientemente desesperado, para escapar afuera. Le venía bien cortar leña.

Estar aislado dejaba demasiado tiempo para pensar, demasiado tiempo para admirar las largas y suaves curvas de su anfitriona. Para admirar su fuerza y lealtad, su perseverancia ante la incertidumbre y su infinita paciencia con los mellizos. Su tolerancia de un extraño que quería destrozar su mundo.

Ford desahogó su culpabilidad y su frustración con el hacha.

Sólo de imaginarse a Rachel ahí afuera, blandiendo el hacha, se ponía enfermo. No porque no fuese capaz de hacerlo. No era por eso.

No obstante, no era asunto suyo. Lo único que debía importarle era que las carreteras volviesen a estar limpias para poder volver a San Diego con los mellizos.

Puso otro tronco en el bloque.

Tenía que hacer algunas gestiones. Contratar una niñera, comprar cosas para los niños.

Siempre había pensado que esperaría a retirarse del ejército para formar una familia. Pero habían tomado la decisión por él.

No obstante, no estaba preparado para retirarse.

Hacía dos meses que Tony había firmado otro contrato de cuatro años. Ford tenía pensado hacer lo mismo cuando terminase su misión.

Si el padre de los mellizos podía ser un soldado, él también.

Pero lo cierto era que dos meses antes era Crystal la que estaba con los niños. Ella se había opuesto a que Tony siguiese con su trabajo. En opinión de Ford, ésa era la razón por la que Tony había firmado el contrato sin pensárselo dos veces.

Pero él no podía mentirse a sí mismo. Nunca había aprobado su decisión.

Ford pensaba que si se tenía una familia, era para estar cerca de ella. Cualquier puesto militar suponía ciertos riesgos. Evidentemente, unos más que otros. Y su puesto era de los más arriesgados. Por eso él había preferido esperar a formar una familia.

Sintió culpabilidad, resentimiento, incertidumbre y determinación. Estaba confuso. Al final llegó sólo a una conclusión. Tenía una deuda con su amigo, no sólo por su solidaridad en el campo de batalla, sino también porque Tony seguiría vivo si él no se hubiese metido en sus asuntos.

Ford tenía fama de seguir siempre adelante. Y con el futuro de los mellizos en el punto de mira, no podría ser de otro modo.

Apoyó el hacha en su muslo y se pasó la muñeca por la sudorosa frente. Oyó romperse varias ramas, lo que le indicó que se acercaba alguien.

Rachel iba hacia él. Vestida con vaqueros y una cazadora marrón, se movía con gracia atlética. Bajo el sol, sus ojos eran más azules que verdes y el frío encendía sus mejillas. El pelo rubio contrastaba con el forro de la chaqueta, que enmarcaba su rostro como una aureola.

–Eh, cuánta leña –dijo ella a modo de saludo–. No tendré que cortar más hasta dentro de un mes.

–Ésa es la idea –contestó él dejando otro tronco en el bloque–. ¿Y los niños?

Ella se sacó el intercomunicador del bolsillo del abrigo.

–Están durmiendo.

Él señaló el aparato, que Rachel había vuelto a guardarse.

–Es muy útil –comentó.

–Sí, me ha ayudado mucho. Me lo dio la recepcionista de la clínica. Todo el mundo ha sido muy amable conmigo. Cuando fui a recoger a los mellizos a San Diego, me dieron una bolsa de pañales y todo lo esencial. El resto de cosas tuve que ir adquiriéndolas poco a poco. De mis compañeros del trabajo, de mis vecinos… Me dieron muchas cosas.

–Eso tuvo que ser muy duro para ti.

Ella bajó la cabeza y lo miró con los párpados bajados.

–Un poco sí. No puedo evitar ser quien soy.

–No. Cada uno es como es. Por muy buenas intenciones que tenga.

Rachel miró la pila de leña que a ella le habría costado dos días cortar. Tenía la impresión de que las buenas intenciones de Ford le

habían salido muy caras.

–Hay culpabilidad en tu voz.

–Sí –él volvió a levantar el hacha, pero tenía la mirada perdida en la distancia.

Ella se quedó quieta, afectada por su angustia. Era evidente que había sufrido mucho con la pérdida de su amigo. A pesar de sus diferencias, entendía su dolor.

–Siento la muerte de tu amigo.

Él agarró el hacha con más fuerza.

–Y yo la de tu hermana. Es duro pensar que ya no están aquí.

Rachel tragó saliva con dificultad. La relación con su hermana había sido tan nueva… En cierto modo, eso le dolía todavía más.

–La gente dice que las cosas siempre ocurren por algún motivo.

–Son eternos optimistas. Nunca han visto las atrocidades que he presenciado yo… La muerte no es algo nuevo para mí.

–No, pero parece que el dolor sí –Rachel le quitó el hacha de la mano con cuidado y lo puso a un lado.

Era evidente que acababa de meter el dedo en la llaga.

–Tu trabajo debe de requerir una gran habilidad y mucho coraje, pero imagino que, para ver las cosas que has visto, habrás tenido que hacerte muy duro.

–La imparcialidad es necesaria, sí. Aunque eso no significa que no nos importe nada.

–Sé que hay cosas que te preocupan. Tu trabajo es una cosa y tus amigos, otra diferente. No obstante, no podías haber hecho nada para salvarlos.

–No me gusta sentirme impotente.

El problema de Rachel era que, como solía estar sola, no sabía cómo consolar a los demás. Así que dijo lo que le salió del corazón.

–Ahora tenemos que pensar en los niños, eso es lo que Tony y Cristal querían que hiciésemos.

–Es culpa mía si los niños no tienen padres. ¿Cómo voy a ser capaz de mirarlos a la cara todos los días del resto de nuestras vidas sabiéndolo?

–¿De qué estás hablando? Tony y Crystal murieron en un terremoto en México.

–Sí, fui yo quien los mandó allí. Yo pagué los billetes y los escolté hasta su muerte.

Ford empezó a andar de un lado a otro.

Rachel nunca lo había visto tan nervioso.

–No lo entiendo.

Él la miró angustiado.

–Tony y Crystal estaban constantemente enfrentados. Nunca se ponían de acuerdo en hacer algo con los mellizos. Pensé que si escapaban durante unos días de los problemas de su vida diaria, tal vez arreglasen algunas cosas. Se entendiesen mejor.

–Y, en su lugar, murieron.

–Sí.

Y Ford se culpaba por ello. Lo que era ridículo, pero era evidente que él le había dado tantas vueltas al tema que no podía decírselo.

–Guau. No me extraña que te sientas culpable.

Él parpadeó, sorprendido.

–¿Qué pasa? –preguntó Rachel fingiendo inocencia–. No esperarías mi compasión. Estamos hablando de mi hermana.

–No. Tienes razón –se dejó caer en el bloque para cortar madera y se tapó el rostro con ambas manos–. Tienes razón, merezco la recriminación.

–Pues sí. Todo es culpa tuya.

–Espera un momento –dijo él irguiéndose.

–Tienes una deuda conmigo –añadió ella–. Y tienes una deuda con los mellizos. Por tu culpa, nos hemos quedado sin la única familia que teníamos. Lo más honrado sería que me cedieses la custodia de los niños para que lo que queda de nuestra familia pudiese estar unida.

–Qué dices –Ford se puso en pie, justo delante de ella.

–Sí. Y también podrías darme los números ganadores de la lotería de esta semana.

Él frunció el ceño y sacudió la cabeza, como intentando aclarar su confusión.

–¿De qué estás hablando ahora?

–De que me toque la lotería. A los mellizos y a mí nos vendría bien el dinero. Porque eres vidente, ¿verdad? ¿Cómo si no ibas a haber sabido lo del terremoto en México?

–No, no soy vidente –contestó él en tono más calmado.

–¿No sabes cómo ganar la lotería?

–No.

–¿Entonces tampoco tienes la culpa de la muerte de Tony y Crystal?

–Supongo que no –admitió mirándola a los ojos. Parecía aliviado–. Te crees muy lista, ¿verdad?

–Bastante –dijo ella sonriendo. Luego se puso seria–. Tú no tienes la culpa de lo que pasó, Ford. No te obsesiones con ello.

Él la hizo volver hacia la casa, y le pasó un brazo por encima de

los hombros.

–Deberíamos ir a ver a los mellizos antes de que Cody se despierte y encuentre algo con lo que pintar con los dedos.

–Al menos he tenido la picardía de separarlos para dormir la siesta.

–Buena idea. Sí, ese chico lo toca todo, nada queda fuera de su alcance.

–Te ha conquistado, ¿verdad? –rió ella.

–No pienso admitir nada.

–Cobarde.

–Eh, eso es una provocación para un soldado.

Ella le dio un codazo.

–No me das miedo.

–No. Eres una chica dura –llegaron a la parte delantera de la casa–. Gracias por haberme dicho esas tonterías.

Rachel se detuvo en el primer escalón del porche, que había limpiado de nieve antes de ir en su búsqueda. Miró a Ford a los ojos y vio que todavía había dolor en ellos.

–Aun así te sientes responsable, ¿verdad?

–Digamos que me has dado algo en qué pensar –se echó hacia delante, hacia ella.

Rachel se dio cuenta de que iba a besarla.

–No.

–Eres una mujer especial, Rachel Adams –le levantó la barbilla con cuidado y le dio un tierno beso en la mejilla–. Me gustaría que las cosas fuesen diferentes.

Ford se despertó de repente. Sin moverse, intentó identificar qué era lo que lo había alertado. Lo primero que le sorprendió fue el cálido peso y el dulce aroma de la mujer que tenía entre sus brazos.

Abrió los ojos. Estaba reclinado en el mismo sofá en el que había estado durmiendo, pero la cama no estaba hecha y él estaba vestido. Era una pena que la mujer que estaba acurrucada contra él también lo estuviese.

No le habría importado ver algo más de su sexy lencería.

Un leño cayó en la chimenea, lanzando chispas por la rejilla. Aquél era el sonido que lo había despertado. Debería levantarse, avivar el fuego, echar otro leño.

No tenía intención de moverse.

No mientras Rachel siguiese dormida entre sus brazos.

Habían estado muy ocupados durante del día cortando leña, limpiando el porche y cuidando de los niños. Después de la cena, se habían sentado en el sofá, manteniendo las distancias, y habían observado a Cody y a Jolie jugar en el parque mientras charlaban.

Cody parecía estar mejor de su resfriado y la buena de Jolie soportaba su energía con estoica paciencia. Hablaron de los niños, de libros y películas, de actualidad y de guerras, de los artículos de Rachel y de la posibilidad de escribir un libro..

Habían hablado de muchas cosas, pero no de lo más importante.

Algo poco común en él, que no solía tener paciencia.

Aquella noche había sido distinta.

Nunca había pasado una tarde tan hogareña con una mujer. Nunca había querido hacerlo. Pero esa noche, con Rachel, había disfrutado de aquel paréntesis tranquilo, divertido y estimulante. Rachel tenía un ingenio mordaz que le parecía desafiante y divertido al mismo tiempo. Incluso los silencios habían sido agradables.

Durante uno de esos silencios, debían de haberse quedado dormidos. Y cuando el fuego se había apagado y la habitación se había enfriado, debían de haberse acercado el uno al otro en busca de calor. En esos momentos él estaba con una pierna levantada, un pie en el suelo y Rachel estaba metida entre él y el respaldo del sofá.

Ella estaba a gusto en sus brazos, al respirar, su aliento chocaba contra la piel de Ford, jugando con el vello que quedaba a la vista por el cuello de su camisa. Su sedoso pelo le acariciaba la mejilla y olía a melocotón. Y tenía la mano izquierda sobre la derecha de él, encima de su estómago.

Ford cedió a la tentación y le acarició la palma con el dedo pulgar. Deseaba más de ella, lo deseaba todo. Probar cada centímetro de su cuerpo y tenerla ardiente entre sus brazos, como el día anterior. Su respuesta, tan dulce y fresca, tan genuina, lo había deshecho.

El pequeño movimiento de su dedo pulgar debió de penetrar en el subconsciente de Rachel, que cerró la mano, agarrándolo.

A él le gustó aquello. Seguiría abrazándola y ya pasaría al día siguiente lo que tuviese que pasar.

Rachel suspiró cuando el cuerpo de Ford dejó de estar en tensión. Su respiración constante significaba que se había quedado dormido o que le faltaba poco.

El ruido de la chimenea la había despertado. Le había sorprendido encontrarse en brazos de Ford. Debería haberse movido, haber puesto espacio y sentido común entre ambos. Debería haberse levantado y haberse ido a la cama.

Pero había preferido quedarse allí, beneficiarse de la paz y la seguridad de un hombre fuerte y bueno. Durante unos momentos, fingió que él no quería nada de ella, que no se marcharía en un par de días.

Durante unos maravillosos momentos, se quedó disfrutando del calor de su abrazo.

Cuando él empezó a acariciarle la palma de la mano, Rachel pensó que tal vez intentase ir más lejos, o despertarla, ya que estaba debajo de él.

Su cuerpo se aferró a él con necesidad, y Rachel se imaginó que lo acogía con sus brazos y su cuerpo.

Tomó aire. Le encantaba su olor, a hombre y a jabón, y un toque a madera quemada. La mujer que había en ella deseaba que la hubiese despertado.

Pero no podía ser ella quien diese el primer paso. La madre que había en ella no podía olvidarse de los niños.

Pero la mujer que había en su interior, la que deseaba que un hombre la acariciase, la mujer ablandada por la amabilidad de Ford y por la ternura con que trataba a los mellizos, esa mujer habría sucumbido a aquella tentación de media noche.

Eso no ocurriría.

Suspiró. Cerró los ojos y se contentó con saborear aquellas horas imprevistas.

Enseguida llegaría el día siguiente, y los arrepentimientos.

A la mañana siguiente, Ford anduvo el casi medio kilómetro que separaba la casa de la carretera principal. El sol que había aparecido de modo intermitente el día anterior y esa mañana habían empezado a deshacer la nieve. Había trozos de carretera comarcal sin nieve, y la principal estaba limpia.

Podrían ir a la ciudad a por provisiones. Y tenía el camino abierto hasta San Diego.

–No sé cuánto tiempo más me quedaré –le dijo a su hermano por el teléfono móvil–. Mi comandante me ha dado un permiso de treinta días para solucionar la situación. Ha dejado de nevar. Podré ponerme en camino en cuanto haya solucionado el tema de la custodia.

–¿Qué es lo que te retiene allí? Pensé que habías dicho que a ella no le interesaban los mellizos.

–Crystal me había dado una idea equivocada de su hermana. Muy equivocada. Ella ya está muy unida a los niños y no quiere ceder su custodia.

–Entonces, si ella quiere ocuparse de ellos, ¿por qué no la dejas?

–Tony me responsabilizó a mí de ellos. No puedo cumplir con mi tarea si ellos están en Montana y yo en California.

–Sé que no quieres oír esto, pero tampoco podrás responsabilizarte de ellos si estás viajando por el mundo. Tal vez los niños estén mejor en Montana.

–No recorro el mundo en viajes de placer. Es mi trabajo. Y no opinabas igual cuando le quitaste a Gabe a Samantha. Ella quería la responsabilidad, pero tú luchaste por la custodia.

–Era un caso distinto. Gabe es mi hijo. Los mellizos no son familia tuya.

–Ahora sí lo son. Me siento en deuda con Tony. No puedo rechazar la responsabilidad que me dio, como tampoco lo haría si os pasase algo a Samantha y a ti y dejaseis a los chicos a mi cargo.

–Siempre he admirado tu lealtad, hermanito. Sabes que nosotros te apoyaremos todo lo que podamos.

–Sí, ya lo sé. Con eso contaba Tony –luego, Ford prometió a su hermano que le mantendría informado y colgó.

Suspiró. Era hora de que Rachel y él tuviesen una conversación acerca de la custodia. Ese mismo día conseguiría que le firmase los papeles y al día siguiente se llevaría a los niños.

No habría más excusas.

Al acercarse a la casa oyó el teléfono, aparentemente, volvía a haber línea.

Cuando abrió la puerta principal se encontró a Rachel sacudiendo los brazos en el aire y moviendo las caderas. Entre sus pantalones vaqueros negros y el suéter color azul turquesa, a juego con sus ojos, quedaba al descubierto una línea de cremosa carne. Ella iba y venía por la cocina; haciendo reír a los mellizos, que estaban sentados en sus tronas.

–¿Era el teléfono lo que he oído? –le preguntó él.

Rachel se volvió al oír su voz; una sonrisa iluminaba su rostro.

–Sí, lo era –dijo acercándose a él y echándose en sus brazos–. Funciona el teléfono.

–Es una buena noticia. Y si es por eso por lo que estás tan contenta –él bailó con ella alrededor de la mesa, la hizo girar y

luego la echó hacia atrás–, vas a dar saltos de alegría cuando sepas que la carretera está limpia.

Ella lo miró feliz. Él sonrió, disfrutando de su felicidad. E, incapaz de resistirse a la tentación, la besó cuando la tenía echada hacia atrás.

Rachel se abrió inmediatamente a él. Lo abrazó y le devolvió el beso con tanta pasión como él.

A regañadientes, Ford se echó hacia atrás, la hizo levantarse y le dio otra vuelta.

–¡Uf! –Rachel se balanceó, tenías las mejillas sonrosadas. Se pasó la lengua por los labios y parpadeó para quitar de sus ojos aquella mirada de deseo–. Quieren el libro.

–¿Tu libro acerca de los hábitos de los animales? –preguntó él.

–Sí –estaba entusiasmada–. Me acaba de llamar mi agente. El editor ha hecho una oferta.

–Eh –absurdamente orgulloso de ella, Ford le hizo dar otra vuelta–. Qué estupenda noticia.

Rachel echó la cabeza hacia atrás y rió. Irradiaba felicidad.

Los bebés gritaron de júbilo.

Ford se dio cuenta de que, hasta entonces, había visto poca felicidad en ella. Pasión, determinación, tristeza, ira, dolor. Había visto todo eso y más. Y era evidente que quería a Cody y a Jolie. Pero le había faltado la felicidad y la alegría.

La bajó hacia el suelo muy despacio. Cuando lo miró a los ojos, Rachel se calmó. Él esperó que lo apartase, como hacía siempre que se acercaba demasiado a ella.

Pero Rachel lo sorprendió abrazándolo.

El beso no duró mucho pero le dio fuerte, porque era la primera vez que Rachel se abría a él.

Luego, tomó el rostro de Ford entre sus manos y dijo:

–Haces que este momento sea todavía más especial. Gracias.

–Eh, es una noticia muy importante –comentó él, sintiendo que una emoción que no reconocía le llenaba el pecho.

Le gustaba hacer que ella se sintiese bien, aunque eso significase aplazar su conversación acerca de la custodia. No podía estropearle ese momento.

–De hecho, tenemos que celebrarlo –añadió–. Permíteme que te invite a cenar.

–Oh –nerviosa y claramente contenta, Rachel se ruborizó. Pero se apartó de él, se acercó a los mellizos–. No es necesario.

–Claro que sí. Te mereces una fiesta. Y los mellizos y yo vamos a

organizártela.

Ella dudó otro momento, pero no pudo contener la emoción. Sonrió.

–De acuerdo. Tenemos una cita.

Capítulo 7

Tenemos una cita». Qué excusa tan mala.

Rachel miró su reflejo en la puerta de cristal del restaurante. Miró por encima de la niña que llevaba en brazos y vio a una mujer vestida con una falda marrón de ante que le llegaba a las pantorrillas, botas y una camiseta color marfil debajo de una chaqueta de cuero negro. ¿Iba ella demasiado arreglada?

No para una cita.

Atravesó la puerta que Ford le había abierto e inhaló los especiados aromas a cebolla, ajo y tomates. Decorado con madera oscura y vinilo rojo, con una máquina de videojuegos y otra de discos, el Pizza Pit estaba frecuentado por familias, equipos deportivos y adolescentes aburridos.

Ella había decidido que fuesen allí porque suponía que, después de varios días encerrados, los mellizos estarían muy excitados. Además, tal vez el ruido, la gente escandalosa y los niños corriendo por todas partes hiciesen que aquello pareciese menos una cita.

¿Dónde había tenido la cabeza? Respuesta: en la estratosfera.

Oh, sí, se había mantenido fría mientras hablaba con su agente. Pero cuando Ford había sugerido algo sencillo, como una cena para celebrarlo, se le había ido todo de las manos.

El problema era la proximidad.

La intimidad forzosa de los últimos días le había dado ideas a su subconsciente. Haber trabajado juntos, haber compartido la responsabilidad de los mellizos, haber dormido abrazados, le hacía soñar a Rachel con tener una familia.

Ford, con sus inteligentes ojos azules, su cuerpo musculoso y ese punto peligroso, despertaba todas las partículas femeninas que había en ella. Pero incluso más que a sus diestros dedos y a su pecaminosa boca, Rachel respondía a su capacidad para escuchar, su paciencia y generosidad, su lealtad y preocupación por su amigo y su tenaz sentido del deber.

Era el compañero ideal, o, al menos, eso le hacía creer su subconsciente.

Pero eso era imposible.

Aunque se dejase llevar por la atracción que había entre ellos, había demasiados obstáculos para conseguir el objetivo. Él vivía a miles de kilómetros de distancia. Era un hombre de ciudad, que tenía una gran familia. Ella era de pueblo, no tenía familia y era independiente. Él era un guerrero que viajaba por el mundo; ella, una solitaria a la que le gustaba vivir en aquel lugar apartado de Montana.

Siguió a Ford a un reservado que no estaba lejos de la máquina de videojuegos. Con Jolie anclada en la cadera, Rachel miró a su alrededor en busca de tronas para los bebés. Se las señaló a Ford.

–Yo iré a por ellas. Toma a Cody –dijo él dejando al niño en el regazo de Rachel, al lado de su hermana.

Balanceando a los niños en sus rodillas, Rachel observó a Ford cruzar el local. Le sentaban bien los pantalones vaqueros, la camiseta y las botas, todo negro.

Estaba fuera de su alcance.

Seguro que tenía a un montón de chicas esperándolo en California.

Se había engañado a sí misma al pensar que tenía alguna posibilidad con él.

No sólo no tenían futuro juntos, además él quería destrozarle la vida.

Ford volvió con las tronas e instalaron a los niños. Se acercó una camarera y Ford pidió la pizza. Sonriendo, Rachel intentó mantener la conversación, animar la celebración. Al fin y al cabo, era en su honor.

Y apreciaba el detalle que había tenido Ford. Más de lo que habría querido admitir, pero no podía seguir fingiendo.

–Podemos hablar de la custodia de los mellizos –dijo Rachel después de veinte minutos.

Claramente sorprendido, él apoyó la espalda en la silla y la miró a los ojos.

–No –sacudió la cabeza–. Estamos aquí para celebrar tu libro. No quiero estropearte el momento.

–Muchas gracias, pero no puedo dejar de decirme que estás intentando conseguir que firme esos papeles para poder llevarte a Cody y a Jolie a San Diego.

Él se puso tenso. Parecía casi herido.

–¿Es eso lo que crees que estoy haciendo, conspirar contra ti?

–Sí. No. No lo sé –confundida, ganó tiempo y buscó en su bolso unas galletas para entretener a los mellizos.

Pero ella había empezado esa conversación, así que tenía que continuarla.

–Mira, los dos sabemos que no estarías aquí si no estuvieses interesado en los niños, así que tendremos que hablar del tema.

–Estoy en Montana por los mellizos –admitió él alargando la mano y tomando la de ella–, pero esta noche estoy contigo porque quiero estar contigo.

–No –Rachel retiró la mano–. Por favor, no digas esas cosas. No hace falta. Lo mejor es que decidamos lo que vamos a hacer con los niños para poder continuar con nuestras vidas.

Él puso a un lado su vaso y se echó hacia delante. Parecía preocupado.

–No hasta que no entienda lo que está pasando aquí. ¿Por qué estás decepcionada?

«Porque no puedo permitirme que me importes. Pero me parece que es demasiado tarde», pensó Rachel. No podía darle nuevos argumentos, así que no podía admitirlo en voz alta.

–Quieres quitarme a los mellizos, ¿no te parece suficiente motivo para estar triste?

–No quiero quitártelos –dijo él cuidadosamente–. Quiero que formen parte de mi familia. Hay una diferencia.

–Pueden vivir conmigo y seguir formando parte de tu familia. Podrían ir a verte en vacaciones y en verano.

–Si pensase que eso funcionaría, no lo dudaría dos veces. Pero los dos sabemos que se sentirían como extraños que van de visita. Mi familia los acogería, tendrían tíos, tías y primos. Tendrían una abuela. Estarían rodeados de amor si creciesen en el seno de la familia.

–Yo ya los quiero –argumentó ella con un nudo en el estómago. Todo lo que había dicho Ford tenía demasiado sentido–. Y todas las personas que has mencionado son extraños para ellos. Yo soy su familia.

–Podrías ir a visitarlos siempre que quisieras. Los mellizos también podrían venir aquí. Podrías venir tú a San Diego. Todo saldría bien.

–No veo cómo –Rachel miró a los mellizos, los quería tanto… Tragó saliva–. No voy a cederte mis derechos. No voy a hacerlo. He estado dándole vueltas a cómo hacer que esto funcione, porque es evidente que ninguno de los dos va a ceder su custodia, pero no se me ocurre ninguna solución.

–Vivimos demasiado lejos el uno del otro para compartir la custodia, a no ser que tengamos a los niños seis meses cada uno, pero no creo que eso sea lo mejor para ellos.

–Y cuando fuesen más mayores y empezasen el colegio, tendrían que cambiar de centro cada seis meses –Rachel sacudió la cabeza–. Eso sería una pesadilla.

De pronto, una sombra se cernió sobre la mesa. Rachel levantó la cabeza y vio al sheriff Mitchell.

–Buenas noches, chicos. ¿Va todo bien?

–Sheriff –lo saludó Ford–. Supongo que ha estado muy ocupado durante los últimos días.

–Bastante –respondió él, luego se volvió hacia Rachel–. ¿Qué tal estás?

Ella suspiró. Lo último que le hacía falta era un concurso de machos. Hico acopio de paciencia, tarea nada fácil, y sonrió.

–Estamos bien, Mitch. Espero que nadie resultase herido durante la tormenta.

–No ha habido ningún daño serio, no –contestó el sheriff mirándola con desconfianza.

Tal vez Rachel había sido demasiado simpática.

Cody eligió ese preciso momento para agarrar las esposas de Mitch.

–Cody, no –lo reprendió ella quitándole la mano de allí.

Demasiado tarde. Mitch había notado que alguien le tiraba del cinturón y había bajado la mano con fuerza, dándole en los dedos a Cody, que se puso a llorar.

Ford se puso en pie y empujó a Mitch.

–Retrocede.

–Lo siento –se disculpó el sheriff levantando ambas manos–. Me ha asustado.

Rachel se puso tensa y se preparó a interponerse entre ambos hombres si era necesario, pero Ford se limitó a asentir, tomó a Cody en brazos y lo tranquilizó.

Mitch volvió a disculparse y luego se marchó.

–Voy a echarle a Cody agua fría en los dedos –dijo Ford apoyándose al niño en el hombro–. Volveré en un minuto.

Rachel y Jolie se miraron. La niña comía una galleta.

–Acostúmbrate, nena –le aconsejó Rachel–. Los hombres no cambian.

La pizza llegó justo antes de que Ford y Cody volviesen a la mesa. Comieron en silencio.

Después de un par de minutos, Jolie empezó a moverse inquieta y a lloriquear. Rachel tomó la bolsa de los pañales y fue con ella al cuarto de baño para cambiarla. La niña tenía toda la zona del pañal irritada.

Acababa de volver a la mesa cuando Ford sugirió algo nuevo.

–¿Y una custodia separada?

Ford se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de proponer. Por muchos motivos. En el poco tiempo que había estado con los mellizos, se había dado cuenta de cómo se daban fuerza el uno al otro. Sus hermanos mayores, Rick y Rett, eran mellizos, y le habrían dado una paliza si le hubiesen oído decir aquello.

–¿Separarlos? ¿Que yo me quedase con Jolie y tú con Cody? –Rachel parecía al mismo tiempo horrorizada y fascinada por la idea. Miró a los niños.

–Esa sería probablemente la mejor división de la custodia –¿por qué continuaba Ford con la idea?–. ¿Qué te parece a ti?

Pero ella no lo estaba escuchando.

–Ford –dijo con urgencia, y él se puso tenso. Rachel dejó la pizza en el plato y señaló con la cabeza la máquina de videojuegos.

Él miró en esa dirección y vio a una chica muy guapa, de unos catorce o quince años jugando. A su lado había un joven con el pelo rubio y sucio, con la ropa demasiado grande, que la estaba molestando. La chica intentó marcharse, pero él le bloqueó el paso.

–Yo me ocuparé de eso.

–Espera –dijo Rachel sujetándolo por el brazo–. Mira.

Otro chico, que parecía el hermano mayor de la chica, se metió entre la chica y el gamberro, dijo algo que hizo que ése retrocediese y luego tomó a la muchacha por el brazo y la llevó hasta su mesa.

Ford volvió a sentarse. El incidente sólo había durado unos minutos, pero el impacto emocional había sido enorme. ¿Cómo iban a separar a los mellizos después de haber presenciado aquello?

Miró a Rachel a los ojos y vio que había llegado a la misma conclusión que él.

–Si creyese en las señales, diría que el destino acaba de darnos una lección.

–¿Eso piensas?

–De todos modos, era una mala idea.

–Al menos en eso estamos de acuerdo.

De vuelta en casa, Ford guardó las compras que habían hecho mientras Rachel preparaba a los niños para meterlos en la cuna.

Jolie había estado muy inquieta durante el camino de vuelta, así que Rachel le había dado un biberón mientras le ponía el pijama a Cody.

Cuando hubo dejado a Cody también con su biberón en la cuna, tomó a Jolie.

–¿Qué te pasa, princesa? –la niña no había dejado de lloriquear mientras ella cambiaba a Cody, y Rachel empezaba a preocuparse.

Desnudó a Jolie. Vio que tenía unos puntos rojos por el torso y las nalgas, y se preocupó de verdad.

–Ford –lo llamó–. Oh, pobrecita. Lo siento. Debí imaginarme que te pasaba algo cuando vi que estabas irritada.

–¿Qué pasa? –preguntó Ford desde la puerta del dormitorio.

–Jolie tiene un sarpullido muy feo. Hace un rato estaba un poco roja, pensé que era por el pañal, pero ahora está peor.

–Déjame que lo vea –se puso tenso al ver la piel de la niña llena de marcas rojas–. Debe de ser una reacción alérgica. Pero tiene muy mala pinta.

–Voy a llevarla a urgencias. ¿Puedes quedarte tú con Cody?

Él sacudió la cabeza.

–Iremos juntos.

–No hay motivo para sacar a Cody a estas horas. Es mejor que te quedes en casa con él.

–Olvídalo. No me gusta esperar. Y no voy a dejarte ir sola.

–Bien –Rachel no discutió porque vio en el rostro de Ford que él también estaba preocupado. Además, le vendría bien su compañía–. Vamos.

Prepararon a los niños y Ford los condujo al Daniels Memorial Hospital, donde, a pesar de Ford, tuvieron que esperar un rato. Cody dormía como un tronco en su sillita. Jolie dormitaba, pero era evidente que el sarpullido la hacía estar incómoda y se despertaba a menudo. En esos momentos, quería que la tuviesen en brazos y la paseasen.

El tiempo pasó, cada vez estaban más preocupados, más nerviosos, y Rachel se sentía culpable por no haber actuado antes. Debería haber imaginado que la irritación podía ser algo importante.

Pero no, había estado demasiado ocupada negando la atracción que sentía por Ford y reclamando sus derechos con respecto a los mellizos.

Tal vez aquello fuese otra señal. Tal vez ella no debiese criar a Cody y a Jolie.

Prefería separarse de ellos antes de hacerles daño.

–Deja de torturarte –le susurró Ford abrazándola–. A los niños les salen sarpullidos, les duele el estómago y se resfrían de vez en cuando. Nadie tiene la culpa.

Rachel asintió. No podía hablar porque, si lo hacía, se le saltarían las lágrimas. Las palabras de Ford le reconfortaron. Y, por un momento, se apoyó en él para absorber su fuerza.

Cuando por fin les atendió la médico, una mujer delgada de pelo moreno y gafas, se enteraron de que Ford había estado en lo cierto. Lo que tenía Jolie era una reacción alérgica.

La niña lloró cuando la desvistieron para examinarla. A Rachel se le rompió el corazón al tener que sujetarla con fuerza.

El llanto despertó a Cody. Ford intentó evitar que siguiese el ejemplo de su hermana.

–¿Ha tocado o comido Jolie algo nuevo durante las últimas doce horas? –preguntó la doctora Wilcox.

–Me he devanado el cerebro intentando recordar si le he dado algo diferente –respondió Rachel con voz temblorosa. Respiró hondo para contener las lágrimas–. Hemos estado incomunicados por la nieve, así que hemos comido lo que había en casa. Nada nuevo.

–No tiene por qué ser comida –aclaró la doctora–. Podría ser algo que le hayáis puesto en la piel, o ropa nueva. Jabón, crema o suavizante para la ropa.

Rachel intentó centrarse.

–Lo siento, pero no se me ocurre nada.

–Yo he abierto una botella de detergente nueva para lavar las sábanas esta mañana –dijo Ford–. Jolie ha dormido la siesta sobre esas sábanas por la tarde.

–Sí –Rachel se apartó el pelo de la cara–. Ya había usado ese detergente antes, pero no desde que los mellizos están en casa.

–Probablemente sea la causa de la erupción, pero deberíais llevarla al pediatra para que le hiciese las pruebas de la alergia. Mientras tanto, le pondré una inyección. Las marcas desaparecerán pronto.

–Gracias, doctora –dijo Ford poniéndose a Cody en el hombro–. ¿Puedo llevarme ya a mi familia a casa?

De camino a casa, ocurrió un milagro. Los mellizos se durmieron y permanecieron así hasta que Rachel y Ford los metieron en el parque. Era demasiado tarde para volver a lavar las sábanas de la cuna.

Rachel se quedó al lado del parque observando a los bebés. Menos mal que no había sido nada más que una alergia. No obstante, se encontraba como si la hubiesen metido en la lavadora a centrifugar y luego la hubiesen tendido para que se secase.

Ford salió del cuarto de baño, llevaba ya los pantalones del pijama y una camiseta.

–Gracias por venir conmigo esta noche. Has hecho que las cosas fuesen más fáciles.

Él la miró fijamente mientras le daba la vuelta al sofá. Ella se metió un mechón de pelo detrás de la oreja, sabiendo que todo su glamour había desaparecido hacía tiempo. Ya había entrado al baño y se había desmaquillado. Y los pantalones del pijama, de franela, y la camiseta térmica de manga larga, no eran nada elegantes.

No obstante, él se puso frente a ella, le colocó una mano en la nuca y apoyó la frente contra la suya.

–Yo también me alegro de haber estado ahí –le acarició la nuca con sus largos dedos–. Aunque tú sola te las habrías arreglado bien. Eres una chica dura. Eres sorprendente.

–Dios mío, Ford. No quiero volver a pasar por algo así otra vez –Rachel se sentía demasiado débil como para resistirte a la tentación de apoyarse en él.

–Yo tampoco –le pasó las manos por los brazos y bajó hasta entrelazar sus dedos con los de ella–. Has tenido un día muy duro. Ven a tumbarte. Quiero abrazarte.

–Oh. No debería –lo dejó marchar hasta que sus brazos se tensaron, pero la resistencia de Rachel terminó ahí. Lo siguió. Dormir entre sus brazos sería maravilloso, pero no debía hacerlo–. Tú mismo lo has dicho, soy dura. No necesito apoyarme en nadie.

–Pero yo sí –la llevó hasta el sofá y la tomó entre sus brazos–. Sólo un poco. Abrázame.

Rachel se dejó llevar. Y se sintió muy bien. Apoyó la mejilla en su corazón, suspiró y cerró los ojos.

–Está bien, pero sólo un poco.

Capítulo 8

Por segundo día consecutivo, Rachel se había despertado sola en el sofá. ¿Cómo había conseguido Ford escabullirse sin despertarla? Era un hombre con muchas habilidades.

Una de ellas consistía en burlar sus defensas.

Cuanto más intentaba Rachel poner distancia entre ambos, más cerca parecían estar. Él había dicho que era un buen tipo, y ella estaba de acuerdo. Maldición.

Le habría sido mucho más fácil resistirse si hubiese sido un cerdo egoísta. Desgraciadamente, hacía su parte de las tareas de la casa, y más. Su paciencia y dulzura con los mellizos nunca flaqueaba. Incluso les cambiaba los pañales sin quejarse.

Rachel nunca había visto a nadie tan leal y con tanto sentido de la obligación. Y era cien por cien honrado, tal y como le había dicho su oficial al mando.

La hacía pensar, la hacía reír, la hacía querer.

Pero Rachel no podía cometer la locura de enamorarse de él. De todos los errores que podía cometer, aquél sería el mayor.

Oyó risas en la cocina y se decidió a levantarse y ponerse en marcha. Se dio una ducha, se lavó los dientes, y se vistió con vaqueros, una camiseta azul marino y una camisa de franela.

En la cocina había café recién hecho. Ford leía el periódico y los mellizos estaban pringados de compota de manzana y golpeaban las bandejas de las tronas con sendas cucharas. Cuando más sucios se ponían, más reían.

Rachel sacudió la cabeza y fue a servirse una taza de café.

–¿Os estáis divirtiendo?

Ford bajó el periódico lo suficiente para mirarla a los ojos.

–Buenos días.

Luego la miró de pies a cabeza con aprobación. Allí estaba ella, sin una gota de maquillaje, pero Ford la hacía sentir como la mujer más bella del mundo.

Aquel hombre tenía que marcharse de allí cuanto antes.

Antes de que Rachel hiciese una locura, como hacer algo más que dormir abrazada a él.

Como enamorarse.

–Son peligrosos con esas cucharas –comentó Rachel señalando a los niños con la barbilla–. Todavía no saben comer solos.

Él dobló el periódico, lo dejó en la mesa y miró a Cody y a Jolie.

–Yo lo limpiaré. Pero no aprenderán si no lo intentan.

–Me gusta oírlos reír.

–Sí. El sarpullido de Jolie ha bajado mucho. Está bastante mejor –se levantó y tocó el microondas. Luego puso unas rebanadas de pan en la tostadora–. Siéntate, yo te prepararé el desayuno.

–Me mimas demasiado –dijo ella sentándose. Ford le puso delante un plato con huevos revueltos y salchichas.

–Lo dices como si fuese algo malo –comentó él volviendo a la encimera a por las tostadas.

–Lo es. Estoy acostumbrada a hacerlo todo yo. Lo prefiero así.

–Tal vez sea ésa la razón por la que me gusta hacerte las cosas –se sentó delante de ella y le acercó un plato con tostadas–. Porque no esperas que las haga.

–Esto… –Rachel lo miró exasperada.

–Come. Tengo una sorpresa para ti –anunció él sonriendo.

Ella levantó las cejas.

–¿Todo esto y, además, una sorpresa? ¿Estás seguro de que no quieres dejar el ejército y venirte a vivir a Montana?

Ford se puso serio y pensativo.

–Mi hermano piensa que debería dejar mi trabajo ahora que soy el tutor de los niños.

–¿Pero tú no te sientes preparado?

–¿Sinceramente? No lo sé. Mi misión actual termina dentro de un par de meses, así que no me queda demasiado tiempo para decidirlo. Sé que quiero tomar yo la decisión. No quiero hacerlo forzado por las circunstancias, ni porque me lo haya dicho mi hermano.

–Eso sería lo ideal, ¿verdad? Que las influencias externas y los consejos bien intencionados no interfiriesen en nuestras decisiones. Te molesta tener que pensarlo antes de lo que esperabas. Deja que te haga una pregunta: ¿te ha dicho tu hermano que lo dejes porque es lo que espera que hagas?

–No, él esperaría que hiciese justo lo contrario de lo que me dijese.

–Claro, porque eres el menos de seis hermanos y te has rebelado

contra el sistema desde el día en que aprendiste a decir no.

–¿Cómo lo sabes?

–Por favor, ¿cuánto hace que te conozco, una semana? Y ya sé que Ford es sinónimo de testarudo. No has aceptado un «no» por respuesta desde que llegaste aquí y cuando te comprometes a algo, lo haces poniendo tus propias condiciones –Rachel se echó gelatina de uvas en el último trozo de tostada que le quedaba–. Tus hermanos deben de saber que eres un hombre hecho y derecho.

–Sí, eso lo sabemos todos los unos de los otros –alargó la mano para quitarle la tostada que se estaba comiendo, le dio un mordisco y se la devolvió.

Un trozo de gelatina se le quedó pegado a la comisura de la boca y Rachel se mordió el labio para no echarse hacia delante y lamérselo con la lengua. En su lugar mordió del mismo lado que había mordido él yse dijo que tenía que olvidarse de la atracción física y concentrarse en la conversación.

–Así que eres tú quien debe tomar la decisión. Es asunto tuyo. Que permitas o no a las circunstancias influir en ella.

Él la miró a los ojos sin decir nada durante un buen rato. Su expresión no lo delataba.

–¿No vas a sugerir quedarte tú con la custodia de los niños para que yo pueda seguir en el ejército? Porque los dos sabemos que es lo que quieres.

–¿Quieres decir que eso es lo que para mí tiene más sentido, quedarme a los mellizos mientras tú sigues con tu carrera?

Sí, Rachel lo había pensado. Y sí, quería quedarse con los niños, pero rogar debilitaría su posición. Había aprendido esa lección demasiado bien y demasiado pronto en la vida para olvidarla justo en ese momento.

–No, eso no lo voy a proponer. Tú eres lo suficientemente listo para pensarlo solo.

–Bien. Mi hermano me dijo que el funeral de Tony y Crystal tendrá lugar la semana antes de Acción de Gracias. ¿Vendrás?

–¿Tu familia ha organizado también un funeral para Crystal? –la amabilidad del gesto la dejó estupefacta.

–Pensé que te gustaría. Si prefieres organizarlo tú, se lo diré a mi hermano.

–No. No. A ella le gustaría compartir este último rito con Tony. Por supuesto que iré.

Jolie pidió atención, rompiendo la tensión del momento.

–Buenos días, niña. Te encuentras mejor, ¿verdad? Me alegro –Rachel tomó una servilleta y le limpió la cara–. Desde luego, tío Ford te ha dejado que te pongas hecha un asco, ¿eh?

–Pa pa pa –dijo Cody señalando a Ford con la cuchara y sonriendo.

Rachel miró a Ford, que pareció traumatizado por un segundo, antes de cambiar de expresión.

Ella sabía cómo se sentía. La primera vez que pensó que los bebés la habían llamado mamá se le rompió el corazón y se le volvió arreglar al mismo tiempo. La incongruencia, junto con la aceptación inherente, era horrorosa. Y revivía el dolor de la pérdida una vez más.

–Es sólo una coincidencia –dijo Rachel cruzándose de brazos–. Todavía no saben lo que dicen –aunque sabía que no faltaba mucho para que lo supiesen.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en los niños llamando papá a Ford. Le encantaba la idea que los mellizos estaban empezando a asimilar, que los querían lo suficiente para aceptarlos, a Ford y a ella, como a sus padres. Pero eso significaba que les harían daño decidiesen lo que decidiesen acerca de la custodia.

La vida a veces era injusta.

–Eh, tío, vamos a limpiarte –Ford tomó una toallita y limpió a Cody. Luego miró a Rachel–. ¿Les damos un baño?

Rachel salió al porche con Cody bien abrigado y apoyado en la cadera. Se encontró con el viejo señor Brown, el vecino de la casa de al lado, sentado en un trineo color rojo brillante tirado por un caballo gris y bien alimentado.

–Señorita Adams –la saludó él con una sonrisa de oreja a oreja–. Hace un día precioso para dar un paseo.

–Señor Brown –respondió ella también sonriendo–. Espero que la señora Brown y usted hayan sobrevivido a la tormenta.

–¿Perdone? Es que ya no oigo tan bien como antes.

Rachel se acercó a las escaleras y, levantando la voz, repitió la frase.

–Sí. Pero la señora se ha resfriado. Eh, ese niño quiere venir a saludar a Betsy. Tráelo aquí –muy ágil para un hombre de sesenta años, dio un salto y bajó al suelo. Le quitó a Cody con cuidado y le enseñó al bebé cómo acariciar al caballo.

–He sacado a Betsy a pasear esta mañana. Nos hemos encontrado con tu joven amigo en la carretera. Me ha dicho que tal vez os gustase dar a todos un paseo.

Lo de «joven amigo» era sencillamente diabólico.

–Sí, seguro que a todos nos gusta dar un paseo por la nieve. El trineo es precioso.

–Sí, ¿verdad? Lo saqué ayer para limpiarlo y prepararlo para Papá Noel.

–¿Papá Noel?

–Sí, hace ocho años que llevo el trineo de Papá Noel para el desfile del día de Acción de Gracias. Estoy seguro de que lo has visto.

Rachel sacudió la cabeza.

–No me gustan las multitudes. No suelo ir a los desfiles.

–Hay más personas participando en el desfile que viéndolo. A los niños les gustaría mucho.

Ford apareció y le ahorró una respuesta. Pero el señor Brown tenía cierta razón. A partir de entonces tendría que pensar más allá de su comodidad y adaptarse a los mellizos.

–John, gracias por venir a darnos un paseo –dijo Ford levantando a Jolie para darle la mano al señor Brown–. A los niños les va a encantar.

–Es un placer. Subid.

Los hombres continuaron intercambiándose cumplidos mientras Rachel y Ford se instalaban, con el señor Brown en las riendas, detrás con los mellizos.

Y entonces se pusieron en marcha, deslizándose sobre la nieve al sonido de las campanillas. Metidos debajo de varias mantas.

A los niños se les pusieron las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Y Rachel se imaginó que ella estaría igual. Era un paseo precioso, y divertido. Nunca antes habían hecho algo tan especial por ella. Y por los mellizos, aunque sabía que Ford había hecho aquello sobre todo por ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Eh –Ford le puso la mano en la nuca y le pasó el dedo pulgar por la mejilla–. ¿Estás llorando?

–No, claro que no –dijo ella parpadeando para disipar las lágrimas–. Es sólo el viento.

–Es algo más que el viento –insistió él–. Cuéntamelo, Rachel. Si he hecho esto ha sido para verte contenta, no triste.

–Estoy contenta –le aseguró ella–. Es maravilloso. A los niños les está encantando.

–¿Y a ti? –lo preguntó mirándola con tal intensidad que Rachel supo que la respuesta le importaba de verdad.

–Sí –confirmó. Tenía la voz ronca, así que se aclaró la garganta y lo miró a los ojos–. Gracias por preparar esta aventura. Nadie había hecho nunca algo semejante por mí.

–¿Te refieres a darte una sorpresa? –dijo colocándole un mechón de pelo.

–Sí, y tampoco nada sólo pensando en que yo lo disfrutaría –le costó confesarlo.

Nunca hablaba de su niñez, pero Ford había compartido con ella la culpabilidad que sentía, su pena, y le había organizado aquella sorpresa. Se merecía algo de consideración por su parte.

–Tuve una educación muy estricta –menudo eufemismo.

–¿Por eso te marchaste de casa tan joven?

Ella dudó, miró al señor Brown, que no había intentado participar en la conversación. Dado que oía regular y que las campanas iban sonando, no debía de estar oyéndolos.

–Sí, y porque me enteré de que no era hija de mi padre –había pensado que le costaría más trabajo decir aquello. Pero allí, con Ford, las dijo por primera vez y sintió como si se hubiese quitado un peso de encima.

–Vaya. Qué duro. ¿Cómo te enteraste?

–Me lo dijo mi madre. Con catorce años, tuve que buscarme un trabajo para ayudar con los gastos. Con mis gastos. No me daban paga, pero podía quedarme con parte del dinero que ganaba. Durante mi último año de instituto, quise comprarme un coche. Ahorré dinero, algo que no me costó demasiado, dado que no me dejaban hacer nada. Mi madre me dijo que iba a necesitar el dinero cuando terminase mis estudios, porque ya no podría seguir viviendo con ellos. Aquello me dejó helada. Entonces me contó que se había casado con mi padre ya embarazada. Que le había mentido y le había dicho que el hijo era suyo. Pero él se había enterado de la verdad y que, a pesar de que su matrimonio había sobrevivido, él nunca había llegado a aceptarme, nunca me había querido.

–Tu madre te sacrificó a ti por su propia comodidad –Ford dio directamente en la llaga de su pasado.

–No esperé a terminar el instituto. Hice la maleta y me marché al día siguiente. Compré un billete de ida a Scobey y empecé una nueva vida.

–Debió de ser muy difícil.

La compasión de Ford hizo que Rachel se deshiciese.

–Fue un alivio ser libre. Nunca me había sentido querida en esa

casa. Salvo por Crystal. ¿Por qué crees que mintió a Tony acerca de su relación conmigo?

Él la agarró por la barbilla y la hizo mirarlo. Se echó hacia delante y le dio un beso en la boca, diciéndole con los labios, los dientes y la lengua que la admiraba y que sentía cariño por ella. Luego, se separó.

–Fuesen cuales fuesen sus motivos, no tienes que avergonzarte de nada. Eres una mujer fuerte que ha conseguido tener una buena vida a pesar de los duros comienzos.

–Gracias –ella le acarició la mejilla y demostró su gratitud dándole un dulce beso–. Sé que es verdad, pero es fácil pensar lo peor cuando alguien a quien quieres habla mal de ti.

–Yo sólo puedo hacer especulaciones. Tony no hablaba demasiado de su relación con Crystal, que era un tanto tempestuosa. Se querían, pero no eran compatibles.

Rachel recordó los correos electrónicos en los que su hermana le contaba que temía perder a Tony. No le gustaba su trabajo.

–Sé que odiaba que Tony se marchase del país.

–Sí, eso era muy duro para él. Sus padres eran alcohólicos y le habían hecho mucho daño a su autoestima. Era uno de los mejores hombres que conozco, pero no sabía valorarse, salvo en el trabajo.

–Yo le dije a mi hermana que tenía que hacer las paces con el trabajo de Tony o dejarlo marchar. No era justo que le impusiese a él sus miedos.

Rachel no había tenido demasiadas relaciones, pero había aprendido una lección, y bien aprendida, que no podías obligar a nadie a que te quisiera. Y que si uno no era sincero consigo mismo, no tendría a nada a lo que aferrarse cuando se diese cuenta de la realidad.

–Rompieron durante una temporada antes de que Crystal se enterase de que estaba embarazada.

–¿De verdad? No había tenido noticias suyas durante varios meses. Luego me llamó para decirme que estaba esperando un bebé. Estaba feliz. Yo pensé que estaba bien con Tony. Aunque tal vez sólo hubiese dejado de contarme sus miedos.

–El embarazo los unió. Hasta que Tony hizo testamento. Yo sabía que no quería a sus padres, por eso acepté cuando me pidió que me ocupase de los niños si le pasaba algo a él.

Ford tomó las manos de Rachel.

–Crystal era joven –le dijo–. Sólo tenía veintiún años. Estaba enamorada de un hombre al que no entendía realmente y al que no

podía controlar. He estado pensándolo y creo que en parte fue culpa mía.

–¿Por qué dices eso?

–A ella no le gustó que Tony nombrase un tutor sin consultarla. No le gustó que escogiese a un soltero, odió que fuese otro militar. Yo era su peor pesadilla.

–Mustang, salvaje y libre –comentó Rachel empezando a comprender lo que había motivado las decisiones de su hermana.

–Más o menos. Yo supongo que te nombró a ti tutora en su propio testamento y luego le contó a Tony los aspectos más negativos de tu vida para darle una lección, por no haberla consultado a la hora de elegir él un tutor, y por haber elegido a una persona poco apropiada. Dado que era tan joven, imagino que pensó que tenía tiempo para resolver el problema. Es lo único que se me ocurre.

Rachel le sonrió con tristeza.

–Supongo que no estábamos tan unidas como yo pensaba.

Los mellizos se quejaron porque los estaban apretujando en el medio. Cuando Rachel volvió a su rincón, Jolie tiró de su manga para ponerse de pie. Desde ahí tenía mejores vistas y le daba más el aire en la cara, y la niña sonrió y aplaudió. Cody no tardó en ponerse también de pie.

Rachel se giró para sujetar mejor a Jolie, y Ford hizo lo mismo con Cody, de tal modo que quedaron el uno enfrente del otro. Rachel se sintió como si estuviesen dentro de una enorme bola de nieve, en una burbuja privada, rodeados por la belleza del invierno.

Era una pena que la conversación no igualase el esplendor del paisaje.

Jolie apoyó la cabeza en el hombro de Rachel. Tantas emociones la habían agotado. Aquel gesto, muestra de su aceptación y confianza, hizo que Rachel se emocionase. Colocó a la niña ya dormida en su regazo y deseó que Jolie hubiese podido crecer conociendo a su madre.

–Pobres Crystal y Tony –comentó–, sólo querían cuidar de sus bebés. Pero en vez de ponerse de acuerdo para hacerlo, se enfrentaron el uno al otro y no resolvieron el problema.

–Eso es culpa mía –Ford sujetó a Cody, que quería trepar también al regazo de Rachel para ponerse al lado de su hermana–. Eh, tío. Vamos a taparte –se lo puso en el regazo y lo cubrió con una manta.

–Y aquí estamos nosotros, intentando encontrar una solución. Al menos los padres de Tony no están también en la puja.

–Al menos por el momento.
–¿Qué quieres decir?
–Que si no les damos un hogar estable a los mellizos, tal vez los padres de Tony puedan reclamar la custodia.
–Pero no podrían ganarla –a Rachel se le encogió el corazón al pensar en los mellizos en manos de aquella pareja–. Un tribunal nunca le daría la custodia a unos alcohólicos.

Ford se encogió de hombros, su expresión era más sombría que nunca.
–Son alcohólicos, pero no todo el mundo lo sabe. Y es una pareja que tiene unos buenos ingresos y que vive en un buen barrio. Tal vez a un juez le parezca mejor que los niños vivan con ellos que con dos personas solteras que viven a miles de kilómetros de distancia.
–Oh, Dios mío. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

–Porque no tenía pensado dividir ni compartir la custodia. Pretendía llevarme a los mellizos y rodearlos de la fuerza y el apoyo de mi familia.
–¿Pretendías? ¿Quieres decir que ya no es ésa tu intención?
–Quiero decir que me gustaría que vinieses tú a San Diego.

Capítulo 9

El frío debía de estar afectando a Rachel, porque le había parecido entender que Ford quería que se mudase a California.

Lo miró con recelo y se golpeó la cabeza un par de veces.

–Creo que no te he oído bien. ¿Acabas de decir que me vaya a San Diego?

–Sí, piénsalo. Yo creo que tiene mucho sentido.

–No tiene ningún sentido.

–Estoy hablando en serio.

–No –el frío debía de estar afectándole a él también–. Estás delirando.

–Estás reaccionando de modo visceral. No rechaces la idea antes de haberla reflexionado.

–¿Sobre qué quieres que reflexione? Éste es mi hogar.

–No, aquí es donde está tu casa –le dijo él cariñosamente–. Has construido una vida aquí, pero tú misma has admitido que vives aislada de la comunidad. No te he oído mencionar a ninguna otra mujer aparte de Crystal. ¿Cómo se llama tu mejor amigo?

Vaya. Ford sabía cómo meter el dedo en la llaga.

La respuesta era «tú».

Aquello irritó a Rachel casi tanto como la pregunta. Era curioso que, en tan poco tiempo, se sintiese mucho más cerca de él que de personas a las que conocía desde hacía trece años.

–Que prefiera estar sola no quiere decir que no tenga amigos aquí –le tembló la voz al contestar, y enterró la nariz en los suaves rizos de Jolie.

Ford se acercó más a ella. Rachel volvió a sentir su mano en el cuello. Se lo masajeó con cuidado, haciendo que se tranquilizase.

–No digo que no vayas a tener que hacer sacrificios, pero podría ser una solución para nuestro dilema. De todos modos, tendrás que cambiar de casa. Los tres no podréis vivir mucho tiempo con un solo dormitorio. Puedes escribir desde cualquier lugar, y seguro que tienes muchas más oportunidades para trabajar con animales en San

Diego. No tienes que tomar ahora mismo la decisión. Vas a venir a California para el funeral, ¿verdad? Sólo te pido que lo pienses. Que conozcas la zona cuando vengas y consideres quedarte a vivir allí.

El señor Brown detuvo el trineo enfrente de casa de Rachel, poniendo fin a la conversación. Rachel se mantuvo ocupada dándole las gracias a su vecino, entrando a buscar algo de té para la esposa de ése, metiendo a los niños en casa y preparándolos para dormir la siesta.

Pero a pesar de la actividad, no pudo dejar de pensar en una sola cosa. En la posibilidad de irse a vivir a California.

No eran los aspectos prácticos del cambio los que llamaban su atención. Ni tampoco el miedo a abandonar las comodidades y la seguridad de su vida en un lugar pequeño como Scobey.

Lo que más le preocupaba era estar cerca de Ford. Sólo hacía una semana que lo conocía y sus sentimientos por él eran demasiado reales.

Él también se sentía atraído por ella, pero eso sólo hacía que la situación fuese todavía más peligrosa.

Si hubiese sido otra persona, Rachel se habría planteado seriamente dejarse llevar por esa atracción. Pero no podía tener una aventura con la persona con la que compartía la tutela de los niños. No habría sido inteligente.

Algo así podría dar pie a que su relación se volviese violenta con el tiempo.

Tal vez irse a vivir a la otra punta del país solucionase el problema de la custodia, ¿pero podría ella vivir tan cerca de él siendo sólo amigos? ¿Soportaría verlo salir con otras mujeres y seguir manteniendo una buena relación por el bien de los niños?

Una parte de ella, la que había aprendido a no confiar en las emociones, no veía ningún problema. Pero su instinto femenino le decía que tuviese cuidado.

Además, ¿le habría pedido Ford que fuese a California sólo para facilitar las cosas con los mellizos? ¿O habría alguna otra razón personal? No había insinuado ningún tipo de relación íntima en su propuesta.

Pero tampoco había estado con las manos metidas en los bolsillos.

Después de tener en cuenta todo aquello, Rachel se dijo que lo único que importaba en realidad eran los mellizos. Lo importante era qué era lo mejor para ellos.

Al igual que ella, los niños también habían sucumbido al encanto de Ford. ¿Cómo iba a apartarlos de él?

¿Ford quería que reflexionase acerca de trasladarse a California? Ya le hubiese gustado a ella poder pensar en otra cosa.

El fuego chisporroteó alegremente en la chimenea. Había jazz de música de fondo. Y una botella de vino tinto en la encimera. Habían echado los muebles hacia atrás y Ford había puesto una manta en el suelo, enfrente del fuego. Rachel colocó encima de ella varios cojines.

Habría sido difícil imaginarse un escenario más romántico.

Entonces Rachel dejó un montón de juguetes de plástico en la manta.

Luego colocó a Jolie al lado de su hermano y se apoyó contra uno de los enormes cojines. Estaba muy guapa, con una camiseta color rosa claro y unos vaqueros negros, y muy sexy. Brillaba con el resplandor del fuego.

Era la última noche de Ford en Montana, y habían decidido hacer un picnic delante de la chimenea. A los mellizos les encantó que Rachel y él se tumbasen también en el suelo a jugar. Ford quería que aquella noche fuese divertida y libre de preocupaciones.

Era una pena que él no se sintiese alegre.

Una semana antes había pensado que llegaría, salvaría a los mellizos de Tony de las garras de una malvada tía y volvería a San Diego, donde dejaría a los niños a cargo de su familia. En esos momentos, tenía miedo de salir por esa puerta, de dejar a Rachel y a los niños.

–¿Estás segura de que harás bien el viaje con los dos? Ya sabes que son muy traviesos –dijo echándose al suelo y estirándose.

El pánico se reflejó por un momento en los ojos de Rachel, que eran increíblemente expresivos.

–No me lo recuerdes, no sea que cambie de opinión. Los quiero tanto a pesar de que sólo lleven aquí un par de semanas… Y son sólo dos bebés, pero dan tanto trabajo… Quiero decir…

Él levantó la mano y sacudió la cabeza.

–Yo sólo he estado aquí una semana –Cody le tiró una pelota y él se la devolvió. El niño rió–, pero te comprendo perfectamente.

–La idea de viajar con los dos niños es desalentadota, pero el vuelo dura sólo un par de horas. Y tú estarás esperándonos cuando lleguemos.

–Sí, será pan comido. Estarás en San Diego antes de que te hayas

dado cuenta.

Los ojos de Rachel volvieron a reflejar el pánico que sentía. Para distraerla, Ford se ofreció a ir a por la cena. Habían preparado un estofado. Ella insistió en ir y se levantó inmediatamente.

Ford le guiñó un ojo a Cody, que se levantó y se apoyó contra él.

–Funciona siempre. Pero que quede entre tú y yo.

Le dio una galleta a Cody y otra a Jolie. Los niños habían cenado pasta y melocotones. Las galletas las había sacado Rachel para entretenerlos mientras ellos dos cenaban.

Volvió enseguida con dos platos de humeante estofado, otro con panecillos y dos copas de vino.

Rachel dejó la bandeja en la mesita del café y le tendió a Ford una servilleta.

–Siéntate –le dijo él–. Yo te serviré.

–Muy bien –accedió Rachel sonriendo.

A él le gustaba hacer cosas para ella. Hablar con ella. Mirarla.

Terminaron de comer el estofado, acabaron el vino, los panecillos y tomaron también un par de galletas. Todo ello mientras charlaban y veían cómo jugaban los mellizos.

El tiempo pasaba rápido, y Ford hubiese deseado que cada momento durase para siempre.

La hora de su partida estaba cada vez más cerca.

Jolie gateó hasta él, que la ayudó a ponerse en pie. La niña se acercó y le dio un beso.

–Ah, nena –Ford le dio un abrazo y un beso en la cabeza. Ella apoyó la cabeza en su hombro, rompiéndole el corazón con su amor y confianza.

Un momento después, luchaba por escaparse. Ford se sentó y la sujetó de la mano. La niña fue hacia Rachel, que abrió los brazos para acogerla.

–Dios mío, Ford –exclamó Rachel–. Ha andado. ¿La has visto? Jolie ha andado. Qué lista eres –y cubrió el rostro de la niña con besos.

–Lo he visto –Ford aplaudió; estaba orgulloso de la niña–. Es muy lista.

Cody, que estaba sentado en la manta, entre Ford y la chimenea, aplaudió también. Y gritó. No entendía qué pasaba, pero sentía la excitación.

Orgullosa de sí misma, Jolie volvió hacia Ford.

Sonriendo de oreja a oreja, él abrió los brazos y movió los dedos.

–Ven aquí, nena, ven con Ford.

Jolie dio tres pasos y él la agarró antes de que se cayese. El juego continuó con amor y risas. Cody también quiso intentarlo. No conseguía mantener el equilibrio, pero Ford intercambió una mirada con Rachel; los dos sabían que no tardaría en conseguirlo.

Finalmente, Rachel dijo que era hora de que los niños se fuesen a la cama. Entre los dos, los bañaron, los cambiaron y los metieron en la cuna. Estaban dormidos antes de que a Rachel y Ford les diese tiempo de salir de la habitación.

Volvieron a sentarse frente a la chimenea y se sirvieron una segunda copa de vino. Ford golpeó la suya contra la de Rachel.

–Por Jolie.

–Me alegro de que estuvieras aquí para compartir el momento.

–Yo también.

–Eres maravilloso con los niños –dijo Rachel apoyando la espalda en un cojín–. ¿Cómo es posible que ninguna mujer afortunada te haya llevado todavía al altar?

Él se encogió de hombros.

–He conocido a algunas mujeres especiales, pero no estaba preparado para dejar mi trabajo, y ellas tampoco querían esperar.

–¿No había lugar para el compromiso? Entonces es que no había amor.

–Cualquiera diría que no crees en el amor.

–Es difícil creer en algo que nunca has conocido –comentó Rachel volviendo la mirada hacia la chimenea, pero Ford vio que tenía lágrimas en los ojos.

–Tienes razón. No las quería lo suficiente para romper mi regla.

–¿Qué regla es ésa?

–Mis amigos la llaman «la regla de Mustang». Básicamente, nunca he pensado que fuese justo comprometerme siendo militar. No sólo para la mujer, sino también para mí. No soy de los que dejan a la familia en casa y se olvidan de ella, algo necesario para hacer bien mi trabajo.

–Supongo que es una suerte que te conozcas tan bien. Es evidente que tu trabajo es muy importante para ti.

–Sí, lo es. Significa que soy uno de los mejores.

–No, los entrenamientos hicieron que fueses uno de los mejores. Pero ¿qué significa realmente tu trabajo para ti?

Nadie había hecho semejante distinción hasta entonces. Ford tuvo que pararse a pensarlo.

–Justicia.

–¿Justicia? ¿En qué aspecto?

–Hay muchas injusticias en el mundo. Mucha gente mala, haciendo cosas malas. Yo puedo intervenir.

–Tú luchas por aquéllos que no pueden luchar por ellos mismos. Es digno de elogio. Pero no serás militar toda tu vida. ¿Qué harás después?

La piel de Rachel brillaba a la luz del fuego. Ford pasó un dedo por su mejilla.

–Haces unas preguntas muy difíciles.

–Sólo son difíciles si no sabes las respuestas.

–Vaya.

Rachel se puso de lado para mirarlo frente a frente. Sus manos se entrelazaron sobre la manta. Ella movió los dedos, jugando con los de él, calentándolo.

–¿Has pensando en enseñar? –sugirió–. Seguro que serías un buen instructor.

Su comandante le había hecho la misma pregunta.

–Se supone que los que enseñan son los que ya no son capaces de trabajar.

–Pero tú no crees que eso sea verdad. O sí, ¿por qué? ¿Tan poco respeto sientes por los que te enseñaron a ti?

Lo cierto era que no había dudado de la capacidad de sus instructores cuando lo habían formado a él. ¿Por qué dudaba en esos momentos?

¿Acaso no se sentía preparado para asumir el reto? ¿O era que los demás sabrían que ya no podía seguir en activo?

–Umm –el sonido que hizo Rachel con la garganta advirtió a Ford que iba a hacer un comentario burlón–. Serías el mejor, si has tenido unos profesores tan mediocres. Tal vez te importe más lo que piensen los demás que lo que piensas tú mismo.

¿Cómo era capaz de darle en el centro de sus miedos incluso antes de que él los reconociese?

–Quieres decir que menospreciar el trabajo es un modo de autodefensa, para no considerarlo como una opción en el futuro. El gran subconsciente en funcionamiento.

–Tiene sentido. Tú eres un hombre de acción, que no sabe si establecerse. ¿Qué mejor modo de posponer la decisión que encontrarles defectos a tus opciones?

Ford se dejó caer en un cojín. Examinarse a uno mismo era una lata.

–Así que, básicamente, estoy siendo un pelele.

–En absoluto –Rachel fue a gatas hacia él y lo miró a los ojos–. Eso demuestra que eres un ser humano, como el resto de la gente.

Le pasó un nudillo por la barba. Teniendo en cuenta que era una persona solitaria y distante, Rachel se había aficionado a tocarlo. Y a él le gustaba.

–Estoy segura de que no admiten peleles en el ejército.

Él sonrió.

–Tienes razón acerca de una cosa. No debo faltarle al respeto a mis instructores. Nos hicieron pasar por un infierno, pero estábamos preparados cuando nos pusimos a trabajar.

–Pues recuerda algo si decides hacerte instructor. Cuando estuviste preparado, te dejaron marchar. Lo que ocurriese después en el campo ya no dependía de ellos.

–Dios santo –Rachel estaba hablando de su culpabilidad por haberle regalado el viaje a Tony. En eso, se equivocaba. No era lo mismo. Ellos estaban preparados para todo cuando llegaban al campo de batalla. Los entrenaban para enfrentarse al mejor y al peor de los escenarios.

Tony no había estado preparado. Su entrenamiento no lo había ayudado porque no había sabido que habría un terremoto. No había podido salvarse, ni tampoco a Crystal.

Ford se pasó las manos por la cara, intentando apartar la sensación de impotencia. Tony no podía haber sabido que iba a haber un terremoto. ¿Cómo iba a haberlo sabido Ford?

Ojalá fuese tan fácil dejar de sentirse culpable.

Pasó un brazo alrededor de Rachel y la acercó más a él.

–¿Cómo has llegado a ser tan lista?

–No soy lista –dijo ella poniendo una mano en su pecho, que él cubrió con la suya, y presionándolo encima del corazón–. Admito que soy una persona solitaria. Pero también soy muy observadora. Las personas y los animales no son tan diferentes. Damos amor y lealtad hasta que aprendemos lo que es el dolor de ser rechazados, luchamos cuando estamos acorralados, y rehuimos de las cosas que nos asustan o nos hacen daño.

Tal vez ése fuese el problema de Ford, que nunca huía asustado. Desde el día en que nació, el sexto de una familia de chicos, había estado luchando por ocupar su lugar en el mundo. Por eso no se daba cuenta de cuándo su subconsciente estaba funcionando.

Y por eso seguían encontrando motivos para ponerle las manos encima a Rachel.

Él entendía que mantener su relación platónica tenía sentido. Pero había aprendido a luchar por lo que quería, y a conseguirlo. Y todo su ser pedía algo más que un abrazo.

La deseaba entera, y aquello no tenía nada que ver con los

mellizos.

Cuando fuese a San Diego, sería suya. Y no la dejaría marchar hasta que no hubiese accedido a quedarse.

Capítulo 10

Hubo una nueva tormenta que retrasó el vuelo de Rachel un día y medio. Fue preocupada durante todo el camino a San Diego. Afortunadamente, los niños se portaron estupendamente, porque el resto de las cosas no salieron como estaban planeadas.

A causa del retraso, tendría que ir directa al funeral. No tendría tiempo, ni lugar donde cambiarse cuando llegase, así que Rachel se había puesto un vestido negro nuevo para hacer el viaje. Era mejor llegar arrugada, que no llegar, que era lo que se había temido casi hasta que las ruedas del avión tocaron la pista de aterrizaje.

La semana anterior había sido mucho más dura de lo que ella había imaginado. Los niños habían echado de menos a Ford, en especial, Cody. Los dos se habían unido mucho durante la semana que habían estado juntos. Lo que no había esperado Rachel era que ella también echaría mucho de menos a Ford.

Se había acostumbrado muy pronto a su presencia, a su ayuda, a sus caricias.

Y eso que habían hablado por teléfono todos los días, algunos, más de una vez. Y Ford había hablado con los mellizos. Además, Ford y ella tenían que hablar de los preparativos del viaje. Habían organizado muchas cosas por correo electrónico, pero no era lo mismo.

No era lo mismo que oír su voz, su risa, sus preocupaciones. A Rachel le gustaba que él le contase sus cosas.

Esa semana le había enseñado dos cosas. Una, que quería a Cody y a Jolie demasiado para no formar parte de sus vidas. Costase lo que costase, se quedaría con la custodia. Y dos, que estaba ya demasiado unida a Ford. Si hubiese sido lista, ni siquiera hubiese considerado su propuesta de ir a vivir a California y se habría vuelto inmediatamente a Montana.

Con la ayuda de la compañía aérea, atravesó el aeropuerto de San Diego sin problemas. Un joven soldado con acento sureño y sonrisa tímida la esperaba en la recogida de equipajes. Tenía una

foto de Rachel, y Ford le había mandado un correo electrónico a ella diciéndole que Dawson sería su chófer. El chico tomó las maletas y pronto estaban de camino a Paradise Pines, donde tendría lugar el funeral.

Antes de aterrizar, a Rachel le había parecido ver varios rascacielos. Al salir del aparcamiento, vio esos edificios a lo largo de un puerto enmarcado en palmeras y un cielo completamente azul.

Era la tercera semana de noviembre y el tiempo en San Diego era muy diferente al de Scobey.

–Faltan treinta minutos para que empiece el funeral –dijo Rachel mirándose el reloj–. ¿Cuánto tiempotardaremos en llegar a Paradise Pines, señor Dawson?

–No hace falta que me llame señor, llámeme Dawson –contestó él sonriendo.

–De acuerdo, y tú llámame Rachel. ¿Crees que llegaremos a tiempo?

–Vamos a intentarlo. Es temprano, así que no habrá tráfico, y la iglesia está en Alpine, a unos veinte kilómetros de Paradise Pines hacia aquí. Relájese. La llevaré en un abrir y cerrar de ojos.

–Gracias, Dawson. ¿Tienes un teléfono móvil para que pueda hablar con Ford?

–¿Tú no tienes móvil? –preguntó asombrado.

–No –no lo necesitaba en Scobey. Casi no utilizaba el teléfono–. ¿Puedo utilizar el tuyo?

–Claro, pero cuando llamé a mi amigo Mustang hace veinte minutos para decirle que el avión llegaba a su hora, estaba fuera de servicio. Debe de estar cerca de las montañas.

Rachel recibió el mismo mensaje. Decepcionada, le devolvió el teléfono a Dawson.

Una vez en la carretera, los bebés se durmieron. Rachel aprovechó para retocarse el maquillaje y peinarse. Estaba sudando y se dio cuenta de que su plan de esconder las arrugas del vestido debajo de una chaqueta no sería factible.

–¿Pongo el aire acondicionado? –Dawson apretó un par de botones y aire frío empezó a salir.

–Gracias. Voy demasiado abrigada para este calor.

Cuarenta minutos después de haber salido del aeropuerto, se detuvieron delante de la iglesia.

–Aquí estamos. ¿Quieres que te ayude con los pequeños?

–Sí, por favor –Rachel bajó del todoterreno y sacó a Jolie de su silla. Todavía medio dormida, apoyó la cabeza en el hombro de

Rachel y gimoteó.

Rachel la tranquilizó y Dawson dio la vuelta al coche con Cody. Cuando la vio, Cody estiró los brazos para agarrarse también a Rachel. Ella lo distrajo con un mordedor.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al acercarse a las puertas de la iglesia. La tristeza la invadió. Había estado demasiado ocupada con la logística del viaje para pensar en el propósito del mismo. Además, llegaba demasiado tarde para sentarse al lado de Ford.

También había querido llegar a tiempo para que los niños estuviesen con él. Para apoyarse el uno al otro durante aquel duro momento.

Se emocionó al ver la pequeña iglesia casi llena.

Ford estaba sentado al lado del pasillo, en primera fila. Rachel habría querido ponerse a su lado, pero la ceremonia ya había empezado. Como no quería molestar, le dijo a Dawson que fuese a la última fila, al lado opuesto del pasillo al que estaba Ford. Al menos desde allí podría verlo y saber que estaba cerca.

Malhumorado y menos impresionado que Rachel por la ceremonia, Cody protestó inmediatamente con un grito.

Ford reconoció el grito de Cody. Se dio la vuelta y, al otro lado de la pequeña iglesia, se encontró con la mirada azul verdosa de Rachel.

De pronto, se sintió tranquilo. Estaba allí. Por fin. Le había parecido una eternidad desde la última vez que la había visto.

Y allí, llorando la pérdida de su amigo, reviviendo su participación en la muerte de los dos jóvenes, la necesitaba a su lado.

Nadie lo entendía como Rachel. Nadie era tan cercano a los fallecidos como ellos dos, salvo los mellizos. Y aquel día más que nunca, Rachel estaba allí para los mellizos.

Sin preocuparse por la asamblea, Ford se levantó y fue hacia ella. Cody, que no estaba contento en brazos de Dawson, se había subido al regazo de Rachel, junto a su hermana.

Ford se detuvo delante de ellos. Jolie levantó la mirada, lo vio y saltó a sus brazos. Rachel se puso en pie con Cody en brazos. Sujetando a Jolie contra su corazón, Ford abrazó a los otros dos. Cerró los ojos un momento y apoyó la frente contra la de Rachel, absorbiendo la paz de su presencia. La certeza de que como mejor estaban, era juntos.

Los cuatro formando una familia. Era lo mejor que podían hacer en memoria de Tony y Crystal.

Cuando Ford se dio cuenta de que la iglesia se había quedado en silencio, levantó la mirada y se dio cuenta de que el sacerdote había dejado de hablar por respeto a ellos. Tomó a Rachel del brazo y la llevó hasta la primera fila, donde la familia de Ford se había movido para dejarles sitio.

–Ésta es mi abuela –susurró Ford presentándole a Rachel a una señora menuda, de pelo canoso y vivarachos ojos azules.

–Querida –le dijo la señora a Rachel agarrándola del brazo–. Me alegro de que hayas podido llegar.

Ford sujetó a Cody con un brazo y pasó el otro por encima de los hombros de Rachel, que tenía a Jolie en su regazo. Una vez que toda su familia estuvo unida, Ford hizo un gesto al sacerdote para que continuase.

Después del funeral hubo una recepción en la finca de los Sullivan, en Paradise Pines. Hasta allí fueron muchas de las personas que habían estado en la iglesia, y otras que no habían podido ir. A Rachel pronto se le olvidaron los nombres y los rostros. Hizo un esfuerzo por quedarse con los de los hermanos de Ford, una tarea sencilla, dado el parecido que había entre todos. Conoció a la cuñada de Ford, Samantha, que le cayó muy bien, una mujer de ojos verdes, rubia, que era enfermera en un colegio.

Los mellizos pasaron de brazo en brazo, y todo el mundo les hizo carantoñas.

Rachel, que era solitaria por convicción, se sintió un poco fuera de lugar. Si no hubiese sido por los mellizos, se habría escondido en un rincón. Sintió que alguien le daba la mano y se volvió para ver a Ford.

–Ven a dar un paseo conmigo –le pidió haciéndola salir por la puerta de la cocina–. Samantha cuidará de los niños un rato.

–Oh… –protestó ella dándose la vuelta–. No puedo permitir que lo haga. Tiene sus propios hijos de los que ocuparse. Es demasiado.

–Mira a tu alrededor. Tiene mucha ayuda.

Rachel vio a los mellizos en las rodillas de sus tíos y tuvo que admitir que Ford tenía razón. Los niños estaban en buenas manos. Y a ella le apetecía mucho pasar algo de tiempo con Ford.

–De acuerdo, sólo un poco.

Él sonrió y la llevó hacia fuera.

–La última vez que dijiste eso, dormiste entre mis brazos.

–Fue culpa tuya. Se suponía que ibas a despertarme.

–Y me lo dices ahora –Ford se detuvo en medio de un camino que había en el jardín, la tomó por la cintura y la acercó a él–. Te lo advierto, si esperas que sea yo quien mire por tu virtud, hay un viejo dicho que podría aplicarse a esta situación.

–¿Sí? ¿Cuál es?

–Que todo vale en el amor y en la guerra –Ford bajó la cabeza y le tomó los labios. A diferencia del beso lento y maravilloso que le había dado en el porche antes de marcharse de Montana, aquel beso demandaba una respuesta. Ella contestó poniéndose de puntillas y abriéndose a él.

Ford ladeó la cabeza, le sujetó la nuca con mano segura y profundizó el beso. El calor de su pasión, la desesperación de sus caricias, le demostraron a Rachel lo mucho que la había echado de menos.

Ella saboreó el momento y le transmitió su propia soledad.

Cuando Ford retrocedió, Rachel lo miró desorientada. Los ojos de él estaban dilatados y tenía los lóbulos de las orejas rojos. Miró a lo lejos y Rachel se dio cuenta de que estaban en medio del jardín, a la vista de la casa.

–Ven por aquí –la condujo a través de los jardines hasta llegar a una pequeña casa que había en la parte trasera de la finca.

–¿Qué es esto? –preguntó Rachel mientras él buscaba una llave en la maceta que había al lado de la puerta.

–La casa de invitados –Ford abrió la puerta y la hizo entrar–. Aquí podremos hablar.

A pesar de que la estaba devorando con la mirada, de que su cuerpo emanaba calor y deseaba terminar lo que habían empezado en el jardín, no hizo ningún movimiento en su dirección. Por respeto a ella. Porque Rachel ya le había dejado claro que una relación física entre ambos era una locura, dada su situación.

Rachel avanzó hacia él.

–¿Hablar? –preguntó, Ford la miró con recelo–. Creo que estoy preparada para algo más que palabras.

–Lo nuestro no es tan sencillo –dijo él agarrándola de la mano y llevándose ambas al corazón–. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

–Sí –Rachel volvió la mano para apretarla contra su corazón, que latía con fuerza–. Me siento viva cuando me tocas. Siento una conexión contigo que no había sentido nunca antes –lo empujó hacia el sofá, que estaba justo detrás de él–. Hoy necesito sentirme viva.

Él siguió sin moverse.

–Razón de más para que no me aproveche de ti.

La resistencia de Ford debía haber hecho entrar en razón a Rachel. Al fin y al cabo, había sido ella la que había luchado contra la atracción que sentían el uno por el otro desde el principio. Pero no le había mentido. El funeral había abierto un enorme vacío en su interior.

Sus padres habían muerto. Su hermana pequeña, también. Sí, se había ido de casa siendo muy joven. Había tenido sus motivos, y si pudiese volver atrás, habría vuelto a hacer lo mismo. Pero siempre había sabido que estaban ahí. Que tenía familia en alguna parte. En esos momentos estaba sola, salvo por los dos bebés.

Los hijos de su hermana. Crystal era joven, pero había corrido riesgos. Había vivido, había amado, había creado nuevas vidas.

Aquel día Rachel quería arriesgarse también, quería vivir, y quería hacer el amor con Ford. Si eso implicaba seducirlo, aceptaría el reto.

Y no se arrepentiría de ello.

–No te estarías aprovechando de mí –le aseguró poniéndose detrás de él para que no pudiese detenerla con su fuerza. Abrazándolo por la cintura y apoyando los pechos contra su espalda, la mejilla entre sus omóplatos–. Soy yo la que pretende aprovecharse de ti.

Ford rió y ella sonrió al sentir cómo vibraba su cuerpo. Deseaba a aquel hombre, su cuerpo, lo deseaba más de lo que había deseado a nadie en toda su vida.

–¿Voy a tener que ponerme dura contigo? –lo acarició, disfrutó tocándolo, encantada con el contraste entre su piel suave y los fuertes músculos de él. Ford le agarró las manos cuando éstas estaban a la altura del cinturón.

Se dio la vuelta, tomó su rostro con ambas manos y la besó apasionadamente.

–Sería divertido que te pusieses dura conmigo, pero no será necesario. Siempre y cuando estés segura –susurró contra sus labios entreabiertos.

Rachel sintió satisfacción y ansiedad. Se fundió contra él, lo besó, se hundió en aquel beso. Se sentía más que viva entre sus brazos, se sentía con energía y vitalidad.

–Ford, hoy les hemos dicho adiós a Crystal y a Tony. Si la vida fuese justa, habrían vivido para ver dar sus primeros pasos a los mellizos, para llevarlos a la guardería, para enseñarles a conducir. Tony habría llevado a Jolie al altar y habría enseñado a Tony a

jugar al fútbol. Pero la vida no es justa, ni mucho menos. Es un asco. En vez de a Tony y a Crystal, los mellizos nos tienen a nosotros. Yo los quiero. Ni siquiera recuerdo cómo era mi vida sin ellos, pero los devolvería inmediatamente a su madre si pudiese traerla de vuelta a la vida.

–Sssh –Ford le puso un dedo en los labios y le dio un beso–. No sigas por ahí. No servirá de nada. Y has sido tú la que me has enseñado a no cuestionar las cosas a posteriori.

–Lo sé. Lo siento –Rachel se limpió una lágrima que había jurado no derramar, Ford le agarró el dedo para absorber la lágrima con un beso. Ella se aclaró la garganta–. No quería ponerme sensiblera. Lo que quería decir es que estoy segura de que quiero estar contigo. Y que, además, necesito el consuelo y evasión que encuentro cuando estoy en tus brazos.

Para demostrarle lo segura que estaba llevó los dedos a los botones del vestido negro que llevaba puesto. Había estado deseando quitárselo desde que había llegado a San Diego. No habría mejor motivo que aquél.

–Hazme olvidar que ya no están aquí, Ford. Hazme recordar por qué es bueno seguir vivo.

Se desabrochó el tercer botón, dejando al descubierto la curva de su escote, antes de que Ford le tomase el relevo.

–Dinamita, eso hiciste tú conmigo desde el momento en que me abriste la puerta de tu casa en Scobey –le desabrochó el resto de los botones–. Afortunadamente, soy militar y estoy siempre preparado.

Hablaba de métodos anticonceptivos. Su seguridad reconfortó a Rachel, que se había dejado llevar por las emociones y no había pensado en eso. Menos mal que Ford seguía manteniendo la cabeza fría.

El calor de su respiración acarició la curva del cuello de Rachel al tiempo que el vestido caía al suelo, dejándola sólo con un sujetador negro y un tanga.

La lencería también era nueva. Era evidente que su subconsciente había estado funcionando.

Ford la admiró antes de que su boca empezase a descender por su cuerpo. El tiempo empezó a pasar muy despacio y el deseo fue creciendo.

De pronto, Rachel estaba completamente desnuda y Ford la dejó encima de una cama. Las sensaciones que experimentaron reemplazaron todo lo demás y Rachel sintió un placer hasta entonces desconocido. Ford la hacía sentir querida, tan querida, utilizando la boca, los dedos y el cuerpo para rendir culto a cada

centímetro de su cuerpo.

Ella le devolvió cada caricia, cada beso, y le encantó oírlo gemir de placer. Lo abrazó, se agarró a él con fuerza y lo siguió al explosivo reino de la completa satisfacción.

Ford suspiró, la satisfacción se mezclaba con el olor a melocotón del champú de Rachel. La abrazó con fuerza y hundió la nariz en su pelo.

Olía tan bien, sabía tan bien… Había habido una química increíble entre ambos. Lo que habían compartido era mucho más que físico.

Le importaba Rachel, y eso hacía que el acto tuviese un sentido especial. Ella había hablado de la conexión que había entre ambos. Y Ford acababa de averiguar a qué se refería. No recordaba haberse sentido tan cerca de ningún otro ser humano.

Ella había doblegado sus defensas con esa actitud atrevida y con su vulnerabilidad. No obstante, Ford no se había dado cuenta de lo mucho que la había echado de menos hasta ver que el funeral iba a comenzar y ella no estaba allí.

A pesar de haber estado rodeado de su familia y amigos, se había sentido como si hubiese estado solo. Cuando Rachel había llegado, al verla a ella y a los mellizos, se había sentido preparado para soportar la ceremonia.

En esos momentos más que nunca, quería que Rachel fuese a vivir a San Diego. Con ella allí, no tendría que preocuparse por Cody y Jolie. No le habría importado dejarlos con su familia, pero tal y como Rachel le había dicho, ella era la verdadera familia de los niños. Los mellizos no tendrían que ganarse su amor. Ella se lo daría incondicionalmente.

Y a él le gustaba pensar que ella estaría allí cuando volviese de sus misiones. Tendría lo mejor de los dos mundos.

En esa ocasión, fue Rachel la que se apartó de Ford, que estaba dormido. Casi ni respiró hasta que no hubo encontrado la ropa y se hubo metido en el cuarto de baño.

No iba a arrepentirse de lo que había hecho. Eso era lo que se había prometido a sí misma. Había corrido un riesgo y había conseguido unos resultados fabulosos. Estar con Ford había superado todas sus fantasías. Y aquello revelaba una nueva y temible faceta de su relación.

Lo quería.

Lo quería porque era un hombre de palabra, amable, generoso. Le encantaba que conociese el llanto de Cody, que hubiese llorado la pérdida de su amigo, que quisiese y respetase a su abuela. Adoraba su exterior duro y su dulce interior. Gracias a él, había descubierto que la obligación y la responsabilidad no se utilizaban siempre para humillar, sino que a veces implicaban comprometerse y tomar decisiones difíciles.

Todo aquello la asustaba enormemente. Había sido una tonta confundiendo la pasión que sentía él con algo más que afecto. Conocía demasiado bien lo que era el rechazo cuando el amor no era correspondido, como para arriesgar el futuro equilibrio de los mellizos.

Sin duda, lo mejor sería fingir que aquello no había ocurrido. Salió del cuarto de baño y se dirigió hacia la puerta. Entonces oyó a Ford:

–No te vayas.

Rachel ya estaba agarrando el pomo de la puerta. Dos segundos más y le habría dado tiempo a salir.

–Y no me refiero sólo a ahora, sino en general –Rachel sintió su calor cuando se puso detrás de ella. Ford se apretó contra su espalda y entrelazó los dedos con los de ella–. Por favor, quédate.

Las palabras parecían hacer eco en el silencio. Rachel tuvo que enfrentarse a su dilema.

–Te prometí que pensaría en trasladarme aquí. Sé que es la solución perfecta para el problema de la custodia, pero es una decisión importante. Necesito tiempo.

–No me refiero sólo a que vengas a San Diego –Ford le hizo dar la vuelta y le acarició la curva del cuello con un nudillo–. Me refiero a que vengas a vivir conmigo.

¿Vivir con Ford? La idea la aterró y le encantó al mismo tiempo. Sí, lo quería y deseaba estar con él, pero su vida estaba en Montana, lo que podía ofrecerles a los mellizos estaba en Montana. Podría escribir desde cualquier lugar, pero su hogar estaba en Montana.

¿Se atrevería a dejar la vida que ella sola se había construido, que hasta hacía un mes había sido todo lo que había tenido para definirse a sí misma?

–Me ha alegrado tanto que llegases a tiempo para el funeral… –la voz de Ford era ronca, lo que revelaba que las emociones estaban cerca de la superficie–. Estaba perdido hasta que apareciste.

–Oh, Ford –la inesperada vulnerabilidad del hombre al que amaba la desarmó.

–Para mí era muy importante que los mellizos y tú vinieseis porque nos hemos convertido en una familia –le dio un beso en la oreja, en el cuello, en la comisura de la boca–. Creemos un hogar juntos los mellizos, tú y yo. Podríamos vivir aquí hasta que encontrásemos un lugar más grande.

Ella lo miró a los ojos, intentando descifrar su expresión. Vio en ellos sinceridad mezclada con cariño, determinación y deseo.

Pero ¿y amor? ¿Podría convertirse lo que sentía por ella en algo más fuerte con el tiempo?

Rachel había corrido un gran riesgo al hacer el amor con él, y no iba a arrepentirse. ¿Podía ir todavía más lejos?

–Es demasiado complicado. Tenemos que pensar en el futuro.

–No dejaremos que se complique. Iremos poco a poco. Siempre y cuando seamos sinceros el uno con el otro y pensemos siempre en los mellizos, las cosas serán sencillas.

La mente de Rachel le decía que fuese cauta, pero su corazón quería creer todo aquello. Pasó los dedos por el sedoso pelo moreno de Ford y lo hizo agacharse para darle un beso.

–Me quedaré –le susurró en los labios.

Capítulo 11

Rachel siguió a Ford hasta la cocina de la casa principal. Ya sólo quedaba la familia. Los hermanos estaban sentados alrededor de la enorme mesa mientras la abuela y Samantha vigilaban a los cuatro niños desde unos sillones que había cerca de la chimenea de lo que antiguamente había sido el salón. Mattie, la prima de Ford, estaba preparando café.

Todo el mundo reía y charlaba. Eran sonidos de felicidad, muy distintos a los que habían compartido un rato antes. El rico olor a café añadía un toque hogareño a la habitación.

–Yo quiero una taza –dijo Ford abriendo un armario y sacándola. Miró a Rachel, que asintió, así que sacó una segunda. Mientras esperaba a que el café estuviese listo, miró a su familia.

–Tengo que deciros algo. Rachel ha decidido mudarse a California. Vamos a buscar una casa y a criar a los mellizos juntos.

Se hizo el silencio. Durante cinco segundos. Luego empezó a reinar el caos. Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo, las felicitaciones se mezclaron con preguntas y consejos acerca de las ventajas de comprar en vez de alquilar una casa.

Rachel, que no estaba acostumbrada a tanto alboroto, se dejó llevar hasta que la abuela se acercó a ella y le apretó las manos.

–Bienvenida, querida –le dijo dándole un beso en la mejilla.

Rachel le dio un abrazo.

–Gracias, señora Sullivan. Quería decirle lo mucho que agradezco que usted, y su familia, hayan hecho todos los preparativos del funeral.

–Llámame abuela. Me ha encantado poder hacer eso por Tony y Crystal. Quería mucho a Tony. A Crystal sólo la había visto un par de veces, pero era una muchacha llena de vida, y adoraba a esos niños. Ha sido una terrible pérdida, para ellos, para ti, para todo el mundo.

Aquellas sencillas condolencias pillaron a Rachel por sorpresa.

Las lágrimas llenaron sus ojos, y se desbordaron. Había conseguido mantener la calma durante todo el día, pero, de pronto, no podía más. Habían ocurrido tantas cosas, entre ellas, haber descubierto que amaba a Ford, que las palabras de consuelo de la abuela hicieron quebrarse a Rachel.

–No pasa nada, llora –le dijo la anciana abrazándola y acariciándole la espalda para tranquilizarla.

Inmediatamente, Ford apareció a su lado, pero la abuela lo echó.

–Está conmigo. Sólo necesita llorar un poco, eso es todo. ¿Por qué no le preparas algo de comer para cuando esté mejor? Me he fijado en que no ha comido mucho.

Ford le dio un beso a Rachel en el pelo y le susurró:

–Tómate tu tiempo. Estoy aquí si me necesitas –y fue a hacer lo que le había dicho su abuela.

Era tan cariñoso, tan dulce, que Rachel lloró todavía más.

La abuela la llevó a un sofá del salón, que estaba más tranquilo.

–Estás conmigo –le dijo sin dejar de abrazarla–. Llora.

Incapaz de resistirse al consuelo de aquellos maternales brazos, Rachel se agarró a la anciana y dejó que las lágrimas fluyesen.

Me gusta, dijo Rachel observando la cocina de tamaño mediano de una casa que había en alquiler en Alpine. Ella había insistido en alquilar. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa, todo era tan fácil, que Rachel no se fiaba.

Habían visto casas con cocinas más grandes, pero a Rachel le gustaba el espacio abierto de aquélla. Le recordaba la de su casa de Montana. Una barra separaba la cocina del comedor, que tenía una chimenea, igual que el salón de la abuela.

Rachel, que era prudentemente optimista, podía imaginarse a los cuatro pasando muchos momentos felices en esas dos habitaciones.

–A mí también me gusta –Ford abrió la puerta de la despensa, asintió y volvió a cerrarla–. Sólo tiene tres dormitorios, pero será suficiente hasta que los mellizos se hagan mayores. La habitación principal es enorme, y tiene una estupenda ducha.

–En realidad no necesitamos tres dormitorios. Podríamos encontrar una casa con sólo dos, sería más barata.

Él sacudió la cabeza, le pasó la mano por la cintura y la atrajo hacia él.

–Sólo vamos a tener dos dormitorios y un despacho. Quiero que tengas tu propio espacio para escribir.

–Ford…

–Shhh –la acalló con un beso–. Sé que el alquiler te parece caro en comparación con los precios de Scobey, pero el dinero no es un problema. Podemos permitirnos lo que queramos.

El dinero no era un problema para él. Le había explicado a Rachel que tenía una participación en una joyería de la familia que, aparentemente, funcionaba bastante bien.

Ella tenía unos buenos ahorros, para vivir en Montana, pero no podía evitar pensar que se habría visto en un apuro si hubiese tenido que luchar contra Ford por la custodia de los niños.

–El dinero importa –ella también aportaría algo a la relación. Su independencia había sido demasiado importante durante mucho tiempo como para cambiar eso–. Quiero pagar mi parte.

–Y lo harás –le prometió él–. Ya has pagado mucho con todo lo que has comprado para los bebés. Y te prometo que te dejaré pagar los muebles.

Rachel se relajó al ver que Ford la comprendía.

–Está bien, entonces. ¿Hacemos una oferta para alquilarla?

–Sí, rellenaremos el formulario esta noche y así podrás llevarlo mañana por la mañana.

Ford había vuelto al trabajo el lunes después del funeral. Y Rachel lo echaba mucho de menos. La abuela, Samantha y Mattie le hacían compañía y la ayudaban con los mellizos para que Rachel pudiese tener tiempo de escribir. Aun así, Rachel esperaba cada día que se acabase la jornada y que él volviese a sus brazos.

–Me parece bien. El anuncio decía que estaba disponible inmediatamente. ¿Crees que podríamos mudarnos durante el fin de semana largo?

–En la ciudad, y a excepción del fin de semana de Acción de Gracias, se trabaja todos los fines de semana.

–Estupendo, entonces podemos mudarnos este fin de semana mismo –dijo ella, e hizo un movimiento para alejarse de Ford, pero él la retuvo.

–Con respecto a este fin de semana. Hay algo que tengo que decirte.

A Rachel se le aceleró el corazón, se le quedó la boca seca y se le hizo un nudo en el estómago. Ya sabía lo que era. Lo veía en su expresión tan seria y en su mirada.

–Te vas de misión.

–Sí –admitió él frotándose la frente–. Ya nos han convocado. Cuando vaya mañana, nos iremos de concentración para prepararnos. No sé cuándo volveré a verte.

Rachel sintió miedo por él. Quería protestar, decirle que no podía irse. No podía dejarlos a ella y a los mellizos. Pero ya sabía a lo que se atenía cuando había accedido a quedarse, a ser parte de su vida.

Él apoyaba su independencia, así que ella le debía el mismo respeto, la libertad de que fuese quien era. Aquél era el consejo que le había dado a su hermana, y habría sido muy tonta si no lo hubiese puesto ella en práctica.

Por supuesto, eso no evitaba que se sintiese como se sentía, pero no quería que él viese que estaba preocupada, asustada; en su lugar, decidió aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba antes de que Ford se fuese a la mañana siguiente.

–Vamos a casa –Rachel se puso de puntillas y le dio un beso–. ¿Crees que a Alex y Samantha les importaría cuidar de los niños? Te quiero para mí sola esta noche.

Justo antes de que amaneciese, Ford se quedó en silencio al lado de la cama. Ya había preparado el petate, que lo esperaba al lado de la puerta.

Era el momento de decir adiós.

No quería hacerlo. Y eso le provocaba todo tipo de sentimientos enfrentados en su interior, satisfacción por poder unirse a su equipo, pero renuencia a dejar a Rachel. Y lamentaba perderse ciertos momentos del crecimiento de los mellizos; sabía que Cody empezaría a andar cualquier día.

Se quedó mirando a Rachel. El pelo corto y rubio le enmarcaba la cara, mientras que las pestañas largas y oscuras acariciaban su piel aterciopelada. Parecía un ángel, allí metida, entre las sábanas. Un último rayo de luna se reflejaba en su hombro de alabastro.

Ford sonrió. Un ángel desnudo.

No había dormido demasiado esa noche. Habían pasado horas haciendo el amor. Al principio deprisa, con fuerza, luego con dulzura, de un modo atrevido, para terminar haciéndolo muy despacio.

Sólo cuando los dos se habían quedado exhaustos, la había abrazado para que durmiese en sus brazos. A pesar de que habían gastado mucha energía, Ford había sabido que Rachel dormiría poco. Había fingido que dormía, lo mismo que en esos momentos.

Para evitar la despedida.

Él había hecho aquello en el pasado, porque era más fácil. Más

anónimo, menos intenso, especialmente cuando los sentimientos no eran demasiado profundos.

Pero Rachel se merecía algo más. Allí, a su lado, sabiendo que la muerte era una posibilidad cuando saliese por esa puerta, decirle adiós era la cosa más dura que había hecho nunca.

Por ese motivo, tenía que ser una despedida cara a cara.

Como si ella hubiese llegado a la misma conclusión, abrió aquellos impresionantes ojos color aguamarina. Su mirada reflejaba toda la ansiedad y la incertidumbre que sentía.

–Eh –le dijo en voz baja, sentándose y tapándose los pechos con la sábana.

–Eh –respondió él sentándose a su lado. Necesitaba tocarla, así que le puso la mano en la nuca y le acarició la mejilla con el dedo pulgar.

Como no le salían las palabras, Ford se inclinó y puso todos sus sentimientos en un beso, toda su adoración, pasión y tormento. La respuesta de ella lo igualó en impacto emocional.

Cuando llegó el momento en el que él tenía que elegir entre volver a la cama o retroceder, levantó la cabeza.

–Prométeme que le pedirás a mi familia que te ayude.

–Te lo prometo –dijo ella sonriendo.

Sabiendo que había llegado el momento, Ford se levantó. Le tendió una mano.

–¿Me acompañas a la puerta?

Rachel salió de la cama, se enrolló en la sábana y entrelazó los dedos con los de él. Fueron así hasta la puerta, donde lo esperaba el petate.

La abrazó y apretó la nariz contra sus rizos.

–Dales un beso a los mellizos de mi parte.

–Lo haré –dijo ella enmarcando su rostro con manos temblorosas–. Mustang salvaje, vuelve a mí.

Él estuvo a punto de contestar que lo haría, pero ambos sabían que era una promesa que tal vez no pudiese cumplir. En su lugar, le dio un último beso y se marchó.

–Oh, Dios mío, Cody está andando –gritó Samantha, llamando la atención de todo el mundo hacia el salón, justo enfrente de la chimenea, donde estaba sentada en el suelo con Rachel.

La familia se había reunido para el día de Acción de Gracias en casa de la abuela y Rachel aplaudió junto al resto al ver andar solo a Cody. Estaba orgullosa de él, y sólo le pesaba la ausencia de Ford.

Sabía que le dolería haberse perdido aquel momento.

–Eh, muchacho, ven con el tío Cole.

Los Sullivan era escandalosos y enérgicos. Habían recibido a Rachel y a los mellizos con cariño y generosidad. Los niños estaban encantados con el ambiente, lo que se reflejaba en el ir y venir de Cody por la habitación, de tío a tío.

Rachel se esforzaba por integrarse, pero había vivido demasiados años sola. Afortunadamente, los hermanos de Ford le dejaban su espacio y tenían con ella muestras ocasionales de afecto.

La abuela, Samantha y Mattie, la prima de Ford, intentaban hacerla sentirse una más de la familia. Ellas no le permitían que guardase las distancias. Rachel aceptaba sus bien intencionados consejos con sorprendente tolerancia.

Dejó a los mellizos en manos de la familia y salió al porche. El calor de la semana anterior había dado paso a un frente frío, y el aire le hizo desear haberse puesto un jersey.

En momentos como aquél era cuando más echaba de menos a Ford, no sólo por ella, sino también por él, que se había emocionado tanto como ella al ver dar sus primeros pasos a Jolie. Se sentiría decepcionado por haberse perdido los de Cody.

La puerta se abrió detrás de ella y salió Alex, el hermano mayor de Ford. Alto, ancho, de tez morena, con los ojos azules de los Sullivan, su parecido con Ford era sorprendente. Pero también había diferencias entre ellos. Alex era más robusto y empezaba a tener canas, y no tenía ese punto peligroso de Ford.

–Supongo que en estos momentos echas de menos a Ford –comentó Alex poniéndose a su lado.

–Sí –Rachel apoyó la cadera en la barandilla y se volvió a mirarlo–. Y supongo que tú has salido a interrogarme.

Él se encogió de hombros y apoyó el hombro contra un poste.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Conozco a los animales. Ésta es tu familia. Necesitas conocer mejor al nuevo miembro.

–No pediré disculpas por proteger a mi familia –dijo él sin cambiar de expresión.

–Y yo no espero que las pidas –le aseguró ella–. Ahora que soy responsable de los mellizos, respeto lo que los padres hacen para proteger a sus familias.

–¿Y hasta dónde estás dispuesta a llegar por los mellizos, Rachel?

Ella sonrió de medio lado.

–Me da la sensación de que no te refieres a la distancia entre Montana y San Diego.

–Cuando Ford toma una decisión, hace falta dinamita para hacerlo cambiar de idea. Se marchó de aquí pretendiendo traerse a los niños, para criarlos en el seno de nuestra familia. Y eso es lo que ha hecho. Pero tú, tú nos has pillado por sorpresa.

–¿Y quieres saber si me estoy aprovechando de él?

–Conoces a mi hermano desde hace poco más de un mes, estás viviendo con él, criando a los niños juntos. Todo ha sido muy rápido.

–¿Y piensas que me habría sido fácil convencer a Ford de hacer algo que él no quisiese hacer?

–Eres una mujer guapa. Pero deberías saber que Ford no está preparado para establecerse. Ni para comprometerse. Si lo llaman Mustang es por algo.

–Creo que infravaloras a tu hermano, lo que es una pena, porque a él le importa mucho tu opinión –Rachel se cruzó de brazos–. Ford es el hombre más generoso y bueno que he conocido nunca.

–Es mi hermano, creo que lo conozco mejor que tú.

–Deberías, pero no es así. Deberías saber que no le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Las dos cosas más importantes de su vida son el trabajo y su familia. Y está comprometido con ambos. Tener que elegir entre uno de ellos es algo que le destroza. Le vendría bien un poco de apoyo por tu parte, y no me refiero a que le des consejos, sino a que apoyes la decisión que él tome, independientemente de que te parezca bien o no.

A juzgar por la sombría expresión de Alex, Rachel había metido el dedo en la llaga, le había dado en qué pensar. Rachel inspiró profundamente, y espiró. Necesitaba serenarse. Estar con Ford implicaba formar parte de su familia.

–Es muy duro –dijo una vez más tranquila–. Pero eso es lo que yo le ofrezco, porque eso es lo que quiero de él, y lo respeto demasiado para imponerle mis miedos –se obligó a sonreír–. Supongo que te quedarás más tranquilo si te digo que no nos hemos hecho promesas. No son necesarias.

Pensativo, Alex se había metido las manos en los bolsillos. Fruncía el ceño.

–¿Y eso te parece justo para ti? –le preguntó.

Entonces, ella sonrió de verdad.

–No puedes evitarlo, ¿verdad? Tienes que preocuparte por todo el mundo –se acercó a él, que la miró con recelo, y le dio un beso en la mejilla–. Eres un encanto, pero ésa es la situación entre Ford y yo

ahora mismo. Como tú bien has dicho, sólo hace un mes que nos conocemos. Haremos que las cosas salgan bien.

–¿Y tú te conformas con eso?

–Sí. Los Mustangs son famosos por ser salvajes y libres, pero son estupendos animales de compañía si no les cortas las alas –y como había llegado al límite de lo que podía confiarle, volvió hacia la casa. Al llegar a la puerta, se detuvo y se volvió hacia él–. ¿Alex?

Él la miró por encima del hombro, con una ceja levantada.

–Ford me ha puesto un mote, ¿sabes cuál es?

–¿Cuál? –preguntó él.

–Dinamita –le guiñó un ojo, sonrió y entró en la casa.

Rachel se pasó el viernes y el sábado haciendo las maletas y comprando muebles. Antes de marcharse, Ford había buscado un transportista que llevase los muebles de los bebés desde Montana hasta Alpine. El resto de las cosas podrían esperar a que Rachel tuviese la ocasión de ir a por ellas.

Mientras tanto, Samantha se ofreció a ayudarla, así que dejaron a los niños al cuidado de la niñera habitual de Sami y se pusieron manos a la obra para crear un hogar juntas.

Lo primero que hicieron fue ver que tenía Ford en su casa de San Diego, para decidir con qué se quedarían y qué comprarían nuevo.

–Me gusta el comedor, pero creo que prefiero utilizar los muebles del salón de la casa de invitados a éstos –comentó Rachel.

–Estoy de acuerdo contigo, y la abuela ha dicho que podéis utilizar lo que necesitéis –Sami se metió un mechón de pelo rubio detrás de la oreja–. ¿Qué va a hacer Ford con esta casa?

–Ha hablado de alquilarla. Yo le he propuesto que vivamos aquí, pero él quiere que los niños y yo estemos más cerca de la familia cuando él no esté –Rachel entró en la habitación principal–. Oh, es preciosa.

Una enorme cama de caoba dominaba la habitación. A los lados estaban las mesillas a juego y un enorme escritorio. El edredón era de un rojo intenso, con motivos orientales.

A Rachel le encantaba, pero al mirarlo, sólo se le pasaba una cosa por la cabeza. Sami la miró a los ojos.

–Habrá que comprar un dormitorio nuevo –dijeron las dos al unísono.

Capítulo 12

Gracias a la fuerza de voluntad y a unos instintos afinados después de años de experiencia, Ford consiguió finalizar la misión sin que muriese nadie. Él incluido.

Rachel estaba en su mente cada minuto de cada día. Y los mellizos, no podía evitar preguntarse si estarían todos bien.

Mientras el equipo trabajaba para rescatar a la hija de un político de un secuestro, él se preocupaba por sus propias cosas.

Había echado mucho de menos a Rachel en la semana que había transcurrido entre su vuelta a San Diego y el funeral. Todo le había parecido más triste esa semana.

Y había sabido desde antes de que ella llegase a San Diego que no la dejaría marchar.

Ella lo había sorprendido aceptando a quedarse, sacrificando su independencia. La semana siguiente había vivido literal y figuradamente en un paraíso.

Todo se había aclarado. Él volvería al trabajo. Su abuela ayudaría a Rachel con los mellizos durante el día para que ella pudiese escribir.

–Eh, tío, ¿cómo estás? –le preguntó Hoss, un compañero de confianza, sentándose a su lado.

–Regular –Ford agachó la cabeza y se frotó los ojos–. He sido un desastre.

–Has estado bien ahí afuera.

–No demasiado. Y las distracciones hacen que muera gente.

A diferencia de otras ocasiones, Ford no había podido ser imparcial, no había podido olvidar que había gente en casa esperando que volviese sano y salvo. Personas a las que él estaba deseando ver, abrazar, amar.

–¿Qué vas a hacer entonces? –continuó Hoss.

Ford sonrió, aunque no tenía ganas de hacerlo.

–Tengo una reunión con el oficial al mando, para ver cuáles son

las opciones.

–Ya sabes que en Inteligencia les encantaría tenerte.

Ford se frotó el cuello, estaba muy tenso.

–Sí. Oye, ¿te acuerdas de los entrenamientos?

–Claro que sí. ¿Estás pensando en hacerte instructor? Esos tíos son unos cerdos –Hoss miró a Ford pensativo y luego asintió–. Tú serías estupendo.

–¿Eso piensas? Rachel me lo sugirió. Y le estoy dando vueltas a la idea.

–Esa mujer te conoce bien –Hoss levantó la mano y los dos hombres chocaron los nudillos–. Buena suerte, Mustang.

Al llegar a la base. Ford fue derecho a la oficina del oficial al mando. Llamó a la puerta y entró.

–Señor, estoy aquí para pedir el traslado.

Con la emoción de la mudanza y de haber terminado el día en una casa nueva, los mellizos estaban demasiado excitados para dormir el domingo por la noche. Rachel se miró el reloj. Eran más de las nueve. Quería deshacer las maletas pero, en su lugar, echó unos cojines en el suelo del salón y dejó a los niños que jugasen un rato.

Los dos se pusieron inmediatamente en pie para practicar su nueva ocupación favorita: andar.

–Estáis cansados, así que tened cuidado –les advirtió Rachel mirándolos desde el sofá.

Jolie sonrió y fue hacia ella.

–Eh, preciosa. Cada vez se te da mejor esto, ¿verdad? Y Cody está aprendiendo muy rápido.

Al oír su nombre, Cody se volvió y sacudió los brazos. Perdió el equilibrio y empezó a caerse.

–No –Rachel vio como ocurría, lo vio, pero no pudo evitarlo. Saltó del sofá pero no pudo alcanzar a Cody antes de que éste se golpease contra el pico de la mesa de madera en la frente.

Cody gritó.

Empezó a sangrar.

Jolie se puso a llorar.

–Dios mío, Dios mío –con el corazón en la garganta, Rachel tomó a Cody en un brazo y a Jolie en el otro y corrió hacia el baño. Dejó a Jolie en la bañera vacía y puso a Cody encima del lavabo.

–Ya está, cariño, ya está.

Intentó lavarle la herida, pero el corte era profundo y no dejaba

de sangrar. Pensó rápidamente qué hacer. Rompió una funda de almohada y le vendó la cabeza.

Tenía que llevarlo al hospital.

Volvió a tomar a cada niño en un brazo y los llevó a la cuna. Luego fue a la cocina a llamar a Alex y Samantha. Se habían marchado de allí una hora antes. Odiaba tener que llamarlos, pero no sabía dónde estaba el hospital y tal vez pudiesen quedarse con Jolie…

–Maldición –nadie respondió. Y no tenía tiempo para seguir intentándolo. Intentó localizar a Cole, pero tampoco respondía. Prefirió no dejar ningún mensaje para no preocupar a nadie.

Lo primero que tendría que hacer al día siguiente era comprarse un teléfono móvil.

Eran más de las dos cuando Ford llegó a casa. Había decidido parar en Alpine por si Rachel había conseguido hacer la mudanza, tal y como había sido su intención. Había luces encendidas en varias habitaciones.

No tenía llave, así que llamó a la puerta. Luego llamó más fuerte. Nadie respondió. Utilizando ciertos medios que sólo debían usarse en casos de seguridad nacional, consiguió abrir la puerta y entrar.

Vio la sangre inmediatamente y le dio una subida de adrenalina.

–Rachel –la llamó siguiendo el rastro de sangre. Se le hizo un nudo en el estómago al ver el cuarto de baño hecho un desastre–. ¡Rachel!

Sacó el teléfono y llamó a su abuela. No había tenido noticias suyas desde el final de la tarde. Luego lo intentó con Alex y Sami. Alex le dijo que habían estado con ella y con los mellizos hasta las ocho y media. Todos estaban bien entonces. Tenían una llamada de ella poco después de las nueve, pero no había dejado ningún mensaje.

–El hospital más cercano está en Grossmont –dijo Alex.

–Voy para allá –dijo Ford subiéndose de nuevo al jeep.

–Yo llamaré a ver si averiguo algo. No te preocupes, Ford. Los encontraremos. ¿Está el todoterreno de Rachel aparcado en el camino?

–No. Pero no he mirado en el garaje.

–El coche estaba en el camino cuando nosotros nos marchamos. Eso quiere decir que Rachel ha ido conduciendo a algún sitio. Al menos ya sabemos algo.

–Sí –Ford colgó. El hecho de que Rachel pudiese conducir no lo consolaba demasiado. Sólo quería que todos estuviesen bien.

Llegó al hospital de Grossmont doce minutos más tarde.

–Estoy buscando a Rachel Adams. ¿Está aquí? –preguntó a las enfermeras.

–¿Ford? ¡Ford!

Se volvió y vio a Rachel, que se lanzó a sus brazos.

–Me alegro de que estés aquí.

–Rachel –dijo él abrazándola–. Dime que estáis bien.

Rachel se abrazó a él con fuerza. Por primera vez en varias horas, empezaba a sentirse mejor. Dejó escapar las lágrimas que había estado conteniendo. Se agarró a él; sólo quería resguardarse en la seguridad de sus brazos.

–¡Rachel! –exclamó él separándola, preocupado–. Háblame. ¿Qué ha pasado?

Ella se limpió las lágrimas de la cara y luchó por tranquilizarse.

–Cody… –dijo entre sollozos.

–¿Qué le ha pasado a Cody? –Ford fue hacia la sillita doble. Los dos niños dormían. Cody tenía la frente vendada–. Dios mío –dijo agachándose a su lado–. ¿Qué ha pasado?

–Se cayó. Todo el mundo se había ido. Los niños no querían dormir, así que los dejé andando por el salón.

–¿Ya anda Cody?

Ella asintió, respiró hondo.

–Desde el día de Acción de Gracias. Se ha caído y se ha dado con la mesita del café. Le han dado seis puntos.

Ford sacó fuera la sillita. Se detuvo y se enfrentó a ella.

–Alex me ha dicho que habéis estado todo el fin de semana haciendo la mudanza, y que no se fueron hasta después de las ocho. Debíais de estar todos agotados. ¿Cómo has podido ser tan descuidada?

Sorprendida, Rachel retrocedió un paso.

–¿Qué?

El teléfono de Ford sonó en ese momento. Respondió.

–Hola, Alex. Gracias, ya los he encontrado. Cody se cayó y se hizo un corte en la cabeza. Vamos para casa ya –escuchó lo que le decía su hermano–. Sí, ella está bien. ¿Te importa si te llamo mañana? Gracias.

Colgó y se guardó el teléfono.

–Vamos. Yo conduciré. Podemos dejar aquí mi jeep, ya vendré mañana a recogerlo –tendió la mano–. Dame tus llaves.

Helada por dentro y por fuera por la actitud acusatoria de Ford, Rachel lo siguió hasta su coche, lo ayudó a sentar a los niños y metió la sillita en el maletero, pero cuando fue a sentarse a su lado, no pudo soportar más la tensión.

–No voy a subir hasta que no me expliques por qué me acusas –dijo cruzándose de brazos.

–Eres tú la que tienes que explicarme varias cosas –replicó él dando la vuelta al coche para ponerse frente a Rachel.

Luego volvió a alejarse y gesticuló violentamente.

–¿Sabes lo que es entrar en casa y ver sangre por todas partes? He llamado a mi hermano y no te habías molestado en dejarles un mensaje para decirles lo que había ocurrido ni dónde estabais –Ford se pasó las manos por el pelo y sacudió la cabeza–. Además de haberte comportado de un modo egoísta, me parece que esto podría haberse evitado si hubieses utilizado un poco el sentido común.

–Ya basta.

Desde que lo conocía, Ford nunca había sido tan crítico con ella. Tan frío. Rachel había pasado las últimas horas deseando que estuviese allí para ayudarla, para abrazarla. Para que todo fuese bien.

–Llevo cuatro horas culpándome del accidente de Cody, pero me niego a aceptar tus críticas cuando ni siquiera sabes de lo que estás hablando –Rachel temblaba de ira, de decepción, se sentía traicionada.

Abrió los brazos y le dejó ver su camisa y sus pantalones manchados de sangre.

–Sí, había sangre en casa, mucha sangre. Perdóname si he preferido traer a Cody al hospital antes de intentar localizar a tu familia. Y si no dejé un mensaje fue porque no sabía adónde iba a ir y no quería preocuparlos.

A pesar de estar agotada, Rachel se quedó donde estaba.

Él había permanecido callado y quieto durante su diatriba, pero viendo sus primeros signos de debilidad la agarró por el brazo.

–Vamos a casa, ya hablaremos de esto mañana.

–Yo no voy a ninguna parte contigo –dijo zafándose de él y sentándose al volante. Él la siguió, pero Rachel cerró las puertas desde dentro.

–Rachel, abre la puerta –le pidió, llamando a la ventanilla, frunciendo el ceño. Parecía cansado–. Estás disgustada. Déjame conducir.

Ella volvió a ponerse a llorar. Parpadeó para poder ver y arrancó

el coche. Se marchó de allí sin mirar atrás.

Rachel agradeció que las calles estuviesen vacías, eso compensaba su falta de atención en la carretera. De pronto, se dio cuenta de la realidad. Ford sólo le había pedido que se quedase para poder marcharse él. Y lo único que había conseguido ella era repetir la experiencia de su niñez, vivir en un lugar en el que se la valoraba más por lo que hacía, cuidar de los mellizos, que por quién era, una mujer fuerte e independiente.

Una mujer fuerte e independiente, pero locamente enamorada.

Había sido culpa suya por haber bajado la guardia y haber creído que entre Ford y ella había algo especial.

Había dejado su hogar y lo único que había conseguido había sido que le rompiesen el corazón.

Desilusionada, enfadada con él y consigo misma, se dio cuenta de que no podía quedarse en San Diego. Cuando Cody estuviese lo suficientemente bien para viajar, se llevaría a los niños a Montana.

Llegó a la casa que con tanta ilusión había amueblado en Alpine.

Aparcó en el camino, desató a Jolie y la metió en la cuna, evitando que viese la sangre que había por toda la casa. La limpieza tendría que esperar.

Ford, que la había seguido hasta allí, entró con Cody y lo dejó con cuidado en su cuna. Rachel sintió su mirada clavada en ella mientras cambiaba a Jolie. Ella lo ignoró, no podía seguir hablando con él esa noche.

Respiró con más tranquilidad al ver que iba hacia la puerta sin decirle nada. Habría preferido que se marchase de la habitación, pero él se quedó en la puerta, observándola.

Obligándose a concentrarse en lo que tenía que hacer, despertó a Cody, tal y como le habían dicho en el hospital, y comprobó sus pupilas. Parecía estar bien, así que lo cambió también. Luego lo levantó y señaló a Ford porque, independientemente de que estuviese enfadada con él, sabía que se preocupaba por los mellizos.

–Mira quién está ahí –dijo.

Cody sonrió y estiró los brazos.

Ford lo apretó contra su pecho y volvió a sentirse bien por dentro. Sabía que su corazón se había agrandado para recibir a los dos niños.

Siguió a Rachel a la cocina, donde ésta le preparó un biberón a Cody. Y entonces se dio cuenta de que ella también entraba en el lote. Aun más, que ella estaba en el corazón del lote.

Aquella noche había metido la pata.

Rachel le había contado que se había ido de casa siendo muy

joven porque se sentía fuera de lugar con su propia familia, y él había hecho que se sintiese de nuevo como una extraña dándole más importancia a que no hubiese informado a su familia que a ocuparse del accidente.

–Lo siento –le dijo mientras ella estaba de espaldas, esperando a que el biberón se calentase en el microondas.

Ella se puso tensa, pero no respondió.

–Soy un idiota. No, eso no es lo suficientemente fuerte –se puso justo detrás de ella–. Soy un cerdo insensible.

–Si estás esperando que me justifique, no voy a hacerlo –el microondas sonó. Ella no sacó el biberón. Ni tampoco se volvió a mirar a Ford.

De todos modos, Cody ya estaba dormido en sus brazos.

–He decidido volver a Montana –entonces se volvió a mirarlo a los ojos–. Y me llevo a los niños.

–No –el dolor y la determinación de la mirada de Rachel le destrozaron. Era culpa de él–. No puedes irte. No te dejaré marchar. Te quiero.

Rachel sacudió la cabeza enfadada, se apartó de Ford y se abrazó a sí misma.

–Me da igual lo que opines –dijo ella ignorando su declaración de amor, como si llegase demasiado tarde–. Yo pagaré el alquiler de este mes. Los muebles pueden devolverse. Tienes razón, tu familia es muy especial, y los mellizos son muy afortunados por tenerlos, pero yo me los quedaré hasta que dejes tu trabajo. Y tú no te opondrás, porque sabes que es lo más sensato.

Se le hizo un nudo en la garganta. Estaba a punto de llorar, pero se negaba a derrumbarse delante de él, así que fue hacia la puerta de la cocina.

–Por favor, deja a Cody en su cuna. Tengo que vigilarlo cada hora, pero primero quiero quitarme esta ropa llena de sangre.

–Rachel, espera…

–No. No –se marchó antes de que intentase convencerla.

Tomó ropa limpia de la habitación, se encerró en el baño y se dio una ducha. Había empezado el día tan contenta, tan feliz de ver que su sueño de tener amor y una familia iba a hacerse realidad… Oír a Ford declararle su amor debería haber sido la guinda del pastel y no una devastadora traición de todo lo bueno que había entre ellos.

Como no podía esconderse para siempre, se vistió y abrió la puerta.

Ford estaba esperándola. Le enseñó un montón de papeles.

–¿Qué es eso? –preguntó ella.

–Formularios de traslado. He hablado con mi oficial al mando al llegar a la base. Un instructor jefe se jubila la semana que viene. Yo ocuparé su lugar.

–¿Por qué? –Rachel tomó los papeles y los abrió para leerlos–. Pensé que querías terminar poniendo tú las condiciones.

–Éstas son mis condiciones –la llevó hacia la cama y se sentó a su lado–. He sido un desastre en la misión. No podía dejar de pensar en ti y en los mellizos. Rachel, te quiero. No hay nada más importante para mí que construir una vida contigo, con Jolie y Cody. Y tal vez con un hijo de los dos algún día.

Qué injusto. Rachel sintió ansias y miedo en su interior.

–No puedo. Esta noche…

–Esta noche he reaccionado exageradamente. Estaba muy asustado. Y me he equivocado. Has sido muy inteligente, y valiente, y has hecho lo adecuado.

Rachel sacudió la cabeza. Quería creerlo, pero no se atrevía.

–Sé que tú también me quieres –añadió él llevándose su mano a los labios y besándole la palma.

–¿Qué sabrás tú?

–Mi pequeña dinamita. Sé que podías haber cargado contra mí por no haber estado con vosotros el día de Acción de Gracias, por haber tenido que hacer la mudanza sola, o por no haber estado en casa cuando Cody se cayó, pero no lo has hecho. Y no lo has hecho por dos razones: la primera, que me quieres; la segunda, por tu pasado. Inconscientemente, has creído todas las estupideces que te he dicho. Pero me he equivocado.

Rachel tragó saliva y se dio cuenta de que había vuelto a interpretar el mismo papel que en su familia. Tomó aire y se relajó. Se negaba a que su pasado reinase sobre su futuro.

–¿De verdad piensas que he sido valiente?

–Muy valiente –Ford se agachó y le dio un beso–. Yo soy el soldado, pero tú eres la valiente. Has dejado tu casa para venir aquí, para estar conmigo, para crear un hogar para los mellizos. No estropees lo nuestro ahora.

–Si trabajas de instructor, podrás estar aquí con los niños. No me necesitarás.

–Nunca te necesité para que te quedases con los mellizos. Siempre quise que te quedases por mí.

–¿De verdad?

Él la tumbó en la cama.

–Sí.

–Y yo decidí quedarme por ti.

–Ya lo sé. Hagamos que sea permanente –dijo, y luego la besó apasionadamente.

–Ford, si ni siquiera hemos superado el primer día en nuestra propia casa –comentó ella.

–Porque yo no he respetado lo que tenemos. El amor es simple y complicado al mismo tiempo. Dolor y alegría. Siempre y cuando seamos sinceros con nuestro amor, estaremos juntos. Quiero que sea para siempre. Cásate conmigo.

Rachel quería creerlo. Había cambiado mucho en el último mes. Ford, Cody y Jolie habían traspasado la barrera detrás de la cual solía esconderse del resto del mundo. Y era más fuerte por el amor que habían llevado a su vida.

La mente le decía que escapase de allí, pero el corazón le rogaba que se quedase. Decidió apostar por el amor. Le dio un beso a Ford.

–Sí –le susurró contra los labios–. Me quedaré. Para siempre.